

GUSTAVO ANTONINO BUSTOS

ALL INCLUSIVE

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2015

ÍNDICE

Bustos, Gustavo Antonino
All inclusive.
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2015.
168 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-02-7985-3

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Relatos. I. Título
CDD A863

| | |
|----------------------------------|-----|
| Prólogo | 7 |
| All inclusive | 9 |
| Un abrir y cerrar de ojos | 19 |
| Doble chip | 21 |
| El oso..... | 31 |
| Carapachay..... | 33 |
| Desencuentros | 39 |
| El fin del mundo..... | 47 |
| Burnout | 51 |
| Nasca sideral | 61 |
| El viaje del ego | 65 |
| La manzana podrida | 69 |
| Órgano..... | 77 |
| La viuda | 79 |
| Facundo y las hormigas..... | 87 |
| Melanina | 93 |
| Berghof..... | 99 |
| Criatura | 103 |
| Atacama: mayo de 1914 | 109 |
| Sultán | 113 |
| Feliz cumpleaños..... | 117 |
| Llamador | 123 |
| Luces celestiales..... | 127 |
| Noche negra y sin estrellas..... | 137 |
| El velorio del señor malo..... | 139 |
| Conquistador | 145 |
| El secador de cabello..... | 147 |
| Traetormentas | 153 |

Contenido: Gustavo Antonino Bustos.
Corrección: Marta Rosa Mutti.

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2015 Gustavo Antonino Bustos
e-mail: gusbuspt@hotmail.com
ISBN 978-987-02-7985-3

| | |
|-----------------------------|-----|
| Defensa del consumidor..... | 155 |
| Fin de viaje..... | 163 |
| Bar el infierno..... | 165 |

PRÓLOGO

All inclusive es un libro de cuentos que se desenvuelve dentro de las tres dimensiones que habita el hombre: la real, la simbólica y como es de suponer la imaginaria desde donde el autor intenta reflejar los espacios de la subjetividad de la gente en su deambular cotidiano. Y va más allá aún, puesto que algunos de los relatos rozan las esquinas de la historia, la leyenda y las tradiciones componiendo un mestizaje de voces y paisajes.

Los cuentos y relatos de Gustavo Bustos Ibáñez no emergen de la nada, son un punto de partida que va sumando hechos, acciones y escenarios hasta dar con el centro, con el ojo de la tormenta en el que se exploran obsesiones, fracasos, vicios y momentos de felicidad componiendo la realidad concreta de cada persona por encima de sus deseos.

Con estilo directo y simple recrea un mundo construido a través de la observación de todo y de todos. El desarrollo de los textos se afirma en una voz que narra con lenguaje claro hasta alcanzar una descripción en detalle, vívida. Efecto que arroja la luz que el lector necesita para su comprensión y reconstrucción; siendo las palabras y frases; piezas claves tal como si se estuviera jugando un partido de ajedrez.

Otro tanto sucede con los personajes. Muchos de ellos, provienen de la vida misma por lo que no pocos se perciben perturbados, confusos, en los que se advierte una tensión, una amenaza de que algo va a suceder. Sin embargo no deja de asomar por allí un guiño hacia la poesía, inflexión que es aprovechada para deslizar pensamientos en los que la filosofía del autor nos coloca en la certidumbre de que la vida es un instante...

All inclusive, historias en las que la mirada ilumina momentos susceptibles e involucran al lector, que a partir de ese encuentro casi de

pertenencia, comienza un juego de significados y consecuencias que no puede dejar de leer.

Gustavo Bustos Ibáñez crea y practica la escritura como un oficio y un lugar desde el cual alza la voz para explicar y entender la geografía del ser humano, a veces como la contracara de un sueño.

MARTA ROSA MUTTI

ALL INCLUSIVE

La avioneta aterrizó con suavidad. Lo esperaban con el típico cartelito para identificar viajeros. Tour de tres días, con todo incluido en un paraíso virgen, un islote perdido en la mitad del Océano Índico.

Eran las nueve de la mañana del viernes cuando se instaló en la cabaña asignada. El supervisor brindó explicaciones claras, le servían para manejarse dentro del predio y aprovechar toda la oferta del paquete turístico. Extinto el movimiento de personas que produjo su llegada y posterior hospedaje, Nicola Caver abrió su valija de mano, un equipaje mínimo. El clima tropical lo invitaba a andar ligero de ropas: Remeras, chombas, pantalones cortos, bermudas, y una caja de profilácticos que había quedado de un viaje anterior se desparramaron sobre la cama.

Al decidir por el destino, captó su atención la forma de esta breve vacación. Sin teléfonos, internet, televisión, diarios, ni contacto con otros visitantes, totalmente desconectado.

El territorio era un pedazo de playa limitado y exclusivo, cercado en sus extremos. Allí nadie lo molestaría. Las instalaciones eran sencillas. La cabaña con dormitorio y baño amplio. Cerca de ella estaba la oficina del supervisor, el comedor y la cocina que componían un solo edificio. Más allá un bosquecito y un pequeño jardín escondían la entrada principal.

La intención era descansar, sacarse los problemas de la cabeza, eliminar el stress que le causaba atender negocios complicados.

Almorzó liviano, no tenía hambre. Para no perder tiempo caminó hasta el límite de la playa. El alambre tejido le permitió observar a una pareja que avanzaba del otro lado, venían en su dirección, tomados de la mano. Giró en redondo. No debía saludarlos ni hablarles, eso era lo contractual convenido y era probable que esa condición también se apli-

cara a ellos. No quería comenzar generando controversias. Ni siquiera un saludo lejano. No debía conocerlos, no tenía por qué.

Con una suave colchoneta mullida encima, las reposeras de madera maciza estaban ubicadas cerca del agua, bajo unas palmeras que mostraban en la altura sus amenazadores cocos. Realizó cálculos de modo lógico para el caso de una caída fortuita y dejó fuera cualquier hipótesis de peligro. Arriba de la mesa ratona una bandeja colmada de frutas lustradas servía como decoración. En un sillón de estilo romano se ubicaban toallas y toallones de color blanco.

Se recostó a la sombra mientras lo inundaba la tibieza del sol. Se quedó dormido. Despertó porque un muchacho hizo demasiado ruido al reemplazar los toallones, escuchó que preguntaba, en perfecto inglés, si sabía algo del Big Bang. Una mueca risueña se dibujó en la cara de Nicola. Se enderezó un poquito en la reposera para observar con detenimiento al chico. No tendría más de once años y como todos los habitantes de la isla lucía la piel color pardo. Los ojos, renegridos, brillaban a la luz del día. Iba a responder, a preguntarle cómo se llamaba, pero el chico mostraba sus dientes blancos mientras modulaba su voz en una forma interrogante imperativa, insistiendo:

–Señor, ¿qué es el Big Bang?

Eso fue suficiente para terminar de incorporarse y sentarse sobre el costado de la reposera, pero el chico ya se marchaba. Estaba por hablarle cuando recordó las normas del lugar. No debía interactuar con las personas del servicio. Quedó mirándose niño, cuando él, Nicola Caver, había confundido Big por Bing. Bing Bang, esa voz compuesta que le sonaba a dos disparos de arma de fuego; Primero el tiro que fallaba: Bing; El segundo disparo daba en el blanco: Bang.

No dejaba de sorprenderlo la rapidez y habilidad que demostraban los niños involucrados en el turismo internacional. En cualquier parte del mundo manejaban todos los idiomas. Aprendían hasta los más difíciles, como el japonés o el ruso. Todo por una miserable propina que para ellos se convertía en fortuna. Nunca antes alguien le había preguntado por la primitiva explosión del universo. Su pensamiento lo llevaba a la reflexión: “Quizás haya pasado por aquí algún físico o un astrónomo

dejando algunas nociones sobre esa teoría. Tal vez el muchacho pudo escuchar algo al respecto y ahora quería demostrar su conocimiento o solo agregar información nueva o distinta a la que disponía. Por el tono de voz dejaba entrever que algo sabía del tema. También podría ser, que en la aldea, por internet o televisión, pudo ver algún documental que lo dejó maravillado”. Decidió no darle importancia a esta cuestión intrigante. Diluyó la atención y se acomodó nuevamente en la reposera, pensando que la próxima vez le diría simplemente: “No, no sé nada, no tengo la menor idea qué es el Big Bang”.

La arena blanca, el mar esmeralda y la temperatura ideal lo atrajeron unas horas más en la orilla. De regreso a la cabaña se preparó para ir a cenar pensando en acostarse temprano para levantarse con los primeros rayos de sol.

El servicio hasta aquí era impecable. El pulcro comedor estaba atestado de platos exóticos de todo tipo. Quería disfrutar de la cocina autóctona, pescados, almejas, cangrejos, todo aquello que provenía del mar. Pequeños papeles, en diferentes idiomas identificaban los alimentos, incluso, en una letra más chica, podía leer la forma de elaboración. Eso alentó el deseo de llevarse alguna receta culinaria para practicar en su departamento de New York y sorprender a algún invitado especial.

Era la primera noche y advirtió que el supervisor se mantenía atento, mirando a la mesa en forma constante. Para romper esa especie de hechizo levantó la mano y cuando las orejas del hombre estuvieron al alcance de su voz, lo consultó por alguna mujer joven y la posibilidad de disfrutarla esa misma noche. Le pareció que el supervisor no entendía, porque levantó las cejas o quizás solo abrió un poco más los ojos, como sorprendido. Su boca declamaba que iba a consultar con los coordinadores turísticos, que ese tema no estaba incluido en el paquete, preguntó si precisaba alguna otra cosa y de forma inmediata procedió a retirarse. Cenó lo justo y necesario, luego emprendió el regreso a la cabaña. Sobresalía sobre la mesa escritorio un apuntador de hojas descartables con su respectiva lapicera. La silla era cómoda, se sentó y haciendo gala de su memoria se puso a escribir la fórmula para preparar sopa de tortuga marina. Dudando si en la City conseguiría algún quelonio. Cansado marchó a ducharse. El día había sido demasiado largo.

El sábado a las siete de la mañana ya estaba claro y el calor comenzaba a sentirse. La temperatura media de todo el año promediaba los veintiocho grados, sabía que en ninguna parte del mundo recomiendan quedarse bajo el sol del mediodía.

Desayunó variado, incluyó jugo de frutas y como buen yanqui se dio un atracón con tocino y huevos fritos revueltos con un queso sardo.

El paisaje, era el sueño atractivo de la propaganda, idéntico, convertido en una feliz realidad. Sus pies dejaban huellas en la fina arena y la sensación de ser único. Caminaba de una punta a la otra. A la distancia en la vista panorámica, el bosquecito resaltaba coloridas flores de diferentes tamaños. El verde mutaba en las plantas y se distinguía en los helechos. Los pájaros emitían sus llamados melódicos y todo ese ambiente empezó a relajarlo.

Sintió deseos de tirarse en la playa pero no sobre la arena. Cayerse dirigía, de modo automático, hacia la reposera. Traía un libro en sus manos, por lo que debió regular la posición para apoyar la espalda y facilitar la lectura. Resultaría difícil leer todo en los dos días de estadía que le quedaban. Era muy probable, que al regresar del viaje, volviera al estante de la biblioteca. Se había quedado dormido. Abrió los ojos para descubrir el cielo y escuchar ruidos extraños. La presencia del muchacho que cambiaba las toallas era la causa. Al verlo despierto, como si hubiese cumplido un objetivo, profirió su machacada pregunta:

—¿Usted sabe algo del Big Bang?

Volvió a experimentar lo del día anterior, pero esta vez la asonancia le hizo escuchar Big Bag. A su mente vino la imagen de su esposa anunciando que el divorcio estaba en trámite. La separación traumática, mediante abogados, y la mitad de los bienes pasando a manos de ella. La acción legal estaba justificada. Demostraban su culpabilidad, el abandono y la falta de amor en los últimos años. Él solo pretendía asegurar el futuro de su familia, ahora la Big Bag estaba agujereada y dudaba si su propósito fue conseguido.

El chico seguía ahí, mirándolo fijo, debía actuar de acuerdo a lo planeado y decirle: “No, no sé nada, no tengo la menor idea del Big Bang” Pero quedó desconcertado, no sabía si era bang o bag lo que

había escuchado. Su reacción lo hizo dejar de golpe la reposera, ese movimiento ligero asustó al muchachito que huyó con pasos rápidos cantando en mandarín. Recordó sus primeros viajes comerciales por China. La desconfianza en los traductores. Ignoraba si lo que hablaban era lo que él quería decir y eso lo fastidiaba. Creía que algunos negocios fracasaban por eso. De a poco fue aprendiendo el idioma, las diferentes voces. Comenzó a dialogar. Dejó de depender, de sentir la impotencia y el éxito se instaló en su gestión. El chico ya entraba en el salón comedor, tendría que hablar con el supervisor. El libro estaba caído a un costado y a sus páginas las leía la brisa.

Nicola permaneció en la playa haciendo ejercicios abdominales sin noción del tiempo que transcurría. Descubrió que se acercaba la hora del almuerzo. No se sentía bien. Creyó que le estaba fallando la mente, intentó convencerse que era algo irreal, que lo traicionaba el subconsciente, que se estaba engañando y supuso finalmente que el muchacho no había pronunciado una sola palabra, nunca. Con el estómago lleno, la tarde fue más pesada, intentó inútilmente concentrarse en la lectura, cabeceaba y las letras se volvían borrosas. Para despejarse se metió al agua y nadó con poca energía, comprobando siempre que hacía pie.

Este destino aseguraba y garantizaba privacidad. Aquí no había fiesta de bienvenida ni de despedida, no se relacionaba con otros turistas.

La tarde fue pasando lenta, entre tragos preparados con alcohol que sirvieron para levantarle el ánimo. El sol declinaba cuando decidió volver a la cabaña, bañarse rápido e ir a cenar. Ayudado por un trago de agua, la media pastilla de viagra viajaba a su estómago y de ahí a la sangre. Era una dosis suficiente. Comenzaría a sentir el efecto dentro de dos horas y si el supervisor tenía buenas noticias para darle, estaría asegurando no padecer zozobra. En el baño tarareaba una canción en mandarín, la que habla de la esposa que abandona a su marido y se va con su mejor amigo. Se reía del absurdo imaginario, no estaba enloqueciendo. Se vistió pensando que sería correcto pagar una buena cifra por la isleña.

El pequeño trayecto de la cabaña al salón comedor lo terminó de tranquilizar. La noche era fantástica. La inmensidad del cielo iluminado

de soles le causaba infantil fascinación, era otra vez un niño. Comenzó a llenar el plato, mientras observaba que no había movimiento en la cocina, no veía al supervisor. Sentado y paciente fue comiendo despacio, esperando, como un ritual. Era la segunda noche, tampoco quería mostrar desesperación por acostarse con una nativa, pero ayer una cocinera lo había mirado directo a los ojos, como invitándolo. El supervisor pasaba rápido hacia la cocina, el reflejo de Nicola fue más veloz, su llamado seco lo trajo a la mesa. Con voz grave dijo:

—¿Habrá algo de lo que solicité? Dispongo de una buena suma.

—Lamento decirle que no me respondieron de la agencia, pero mañana voy a la población y tendré una respuesta concreta.

A Nicola se le desdibujó la sonrisa. El supervisor agachó la cabeza de modo oriental, juntando las palmas de las manos, como señal de respeto y disculpa, giró y se introdujo en la cocina. Tomó un cuchillo, le temblaba la mano mientras pensaba en todos los millonarios que venían a este lugar, con el *todo incluido*. Hombres que no se detenían a pensar que las mujeres de la isla eran parte de ellos, hermanas, primas, esposas o hijas. Eran todos iguales, la gran cartera les permitía avasallar. Dinero que pretende comprar cuerpos.

Caver se acostó temprano y empezó a notar la erección, tuvo que levantarse, y estuvo bajo la ducha diez minutos con agua fría, luego, ya sin sueño, salió a caminar buscando recuperar la normalidad física. Se topó con un viejo vestido de niño explorador que tenía colgado en su cintura una especie de aparato de comunicación. Lo supo por la antena que sobresalía hacia un costado. Dedujo que era el sereno o vigilante nocturno, alguien vital ante alguna posible emergencia. Intercambiaron saludos, Nicola pensó en preguntarle por alguna joven nativa pero el efecto del viagra se disipaba. El viejo comenzó a hablar con resuello: —Aquí rara vez llueve, en las otras islas es algo normal. Otra cosa a favor es que no hay serpientes ni manzanos. Puede andar tranquilo. Debería ir a conocer el árbol de la vida, no hay otro. Dicen que es el único sobreviviente del Edén. Nosotros esperamos que algún visitante lo reconozca, deseamos que exista otro semejante en este mundo. Hay casos en que se precisan dos árboles para lograr la polinización y eso

nos preocupa. Aquí la leyenda cuenta que brinda sus frutos cada diez mil años y según los ancianos esta primavera debe florecer. Se ha generado una expectativa muy grande, saber cómo será la flor, el tamaño, su color, el aroma y después lo más trascendental, ¡el fruto! Hay que tener en cuenta que sí es el árbol de la vida, el fruto podría ser una banana, si resultara así, Darwin sería Dios y lo peor acontecería, habríamos perdido la esperanza de eternidad. Acá todos esperamos algo diferente, que aumente el turismo y nos vuelva millonarios a los pocos habitantes de la isla. Sabe, los ancianos creen que el fruto podría tener propiedades mágicas y elaborado o transformado sería buscado con frenesí. Los ancianos temen por el árbol, podría desatarse el apocalipsis. El consejo gubernamental de la isla está deliberando en forma permanente respecto al destino. Hay un fundamentalista en esa junta que pretende quemarlo. Ahora lo tienen preso, después de la primavera lo liberarán. No sé qué irá a pasar. Usted puede volver dentro de unos meses a presenciar este acontecimiento universal.

El hombre se perdió en la oscuridad, Nicola notó que la piel era color durazno y lo relacionó con el trabajo nocturno que cumplía, claro, no se expone al sol fue su justificación. Entró al dormitorio y se tiró sobre la cama. —Mañana—, dijo, —mañana, la nativa—, repitió más lento y se durmió.

Domingo siete horas, aurora del último día de estadía. Los pájaros alborotan con el inicio del amanecer. Es hermoso despertarse así. Nicola mañana a esa misma hora estará subiendo a la avioneta. En estos lugares hoy es ayer. Desayunó relajado dispuesto a la rutina. Más tarde caminó rumbo a la playa divagando sobre poseer una isla. Aunque aquí estaba atendido, además exigían certificados médicos completos, era un requisito imprescindible. El servicio era óptimo, los nativos permanecían casi invisibles.

El mar llegaba manso porque la bahía era muy cerrada, el movimiento de las olas dejaba una leve ondulación en su superficie. Estaba acomodándose en la reposera cuando vio al chico de las toallas, su andar parecía detenido, por un momento confundió su imagen, pero el vuelo de un pájaro delató al muchacho que caminaba como si viniese en cámara lenta, jugando con el espacio tiempo. Cuando llegó, volvió a inquirir

pero esta vez utilizando el idioma español: —¿Señor, sabe algo de la gran explosión? Nicola Caver pensó en su ex esposa mexicana. Pensó que él hablaba y escribía castellano como un segundo idioma. Innumerables cartas después del divorcio lacradas con lágrimas, rogando permiso para ver a su hijo. El chico dejó las toallas, y le pareció escuchar que le decía en francés: “Waterloo Napoleón”. Su mente colapsó iterando; “No, no sé nada del Big Bang, no sé nada del Big Bag, no sé nada del Bing Bang”.

En ese momento la palmera desprendió un coco que al estrellarse contra el piso lo sacó del surménage. Miró al chico caminar ligero, como en una maratón de paso, con desesperación lo siguió. El muchacho rápido se internó en el bosquecito. “Claro, se va a su casa, se va a la aldea”, piensa Nicola antes de perderlo de vista. Continúa siguiendo un sendero en medio del follaje, hasta que encuentra un cartel de advertencia: “No Pasar”. Eso lo detiene, le hace recordar al árbol de la vida y preguntarse: “¿Estará cerca? Debo visitarlo esta tarde sin falta”. Frustrado emprendió el regreso.

Almorzó en silencio, meditando sobre el dinero que produce la actividad turística, en esta isla alguien tenía que poseerlo. Podría estar invertido en educación y confort. Estaba jugado, se acercó a la cocina y preguntó por el árbol de la vida, nadie supo dónde estaba. Explicó que el sereno le había contado una historia, descubrió que no había ninguno. Refirió la descripción del viejo. Desconocían que hubiera alguien así en la isla. —Solo los turistas tienen otro color de piel. —Acá somos todos pardos. —Fue la respuesta.

La tarde fue para fijar la estrategia, tenía que completar el formulario de satisfacción del cliente, en esa planilla se asentaban las quejas sobre el servicio y atención del personal. Debía brindar datos precisos, referencias claras sobre las situaciones de disconformidad vividas. Podía mentir.

Se quedó dormido en la reposera bajo la gran sombrilla. Las moscas no lo dejaron descansar tranquilo. Ahora aparecían, cargosas. Matizó las últimas horas de la tarde con tragos preparados, mezclando bebidas dulces con whisky, vodka, ron, gin. A las siete de la tarde le vinieron ganas de defecar y tambaleante se dirigió a la cabaña. Tomó conciencia,

había bebido en exceso. Dispuesto a recuperarse, aprovechó y se bañó con agua fría. Confabulaba de insatisfacción. Las reglas eran pésimas, no se podía confraternizar, ni dejar propinas, ni tomar relación con otros turistas linderos. Podría sugerir introducir algunos cambios al sistema. Levantar quejas por el chico que cambiaba las toallas y de la cocinera. También estaba el tema del sereno, eso era grave y tenían que aclararlo. Pediría el formulario de atención al cliente y dejaría aclarado que lo completaría después de cenar. A esa hora debería estar resuelto el tema de la nativa.

Habitado a cenar a las nueve, antes de salir del dormitorio ingirió una pastilla azul. Estaba absolutamente convencido que esa noche tendría sexo con una nativa virgen y hermosa. El optimismo lo desbordaba. El color de su piel había absorbido un tono bronceado que hacía resaltar sus ojos claros, su mirada iluminaba.

Ocupó la mesa habitual y con el raballo del ojo observó mayor movimiento. El supervisor iba de un lado hacia otro, gesticulando y haciendo ademanes. Nicola Caver se acercaba a la victoria. La encuesta jugaba a su favor, los tenía en la red, contra la pared, agarrados de las bolas. La siguiente jugada estaba en las manos del supervisor, el reloj, inexorable, lo declararía ganador. No se molestaría en llamarlo. Terminó de comer e inmediatamente pidió un café exprés. Sabía, lo intuía, el supervisor se lo traía en bandeja. Apeló a un gesto sobrador, echando el cuerpo contra el respaldar de la silla, dispuesto a escuchar la buena noticia.

El semblante pálido, las palabras se atragantaron, sintió la arcada estomacal preanunciando el vómito, la transpiración en la frente, el incremento de las pulsaciones. La encuesta de satisfacción al cliente se convirtió en un pedazo de papel higiénico. En su mente el eco de las palabras le taladraba el cráneo. Sintió que estaba adentro de una olla, que los nativos eran el jurado caníbal, el supervisor un testigo acusador y él era la cena. Procesaba con desesperación el mensaje recibido:

—No pudimos conseguir ninguna mujer joven, pero hemos hecho un esfuerzo, una especie de sorteo. Sí usted puede ser amable, esta noche podrá disfrutar al muchachito que alcanza las toallas.

Lunes. Siete de la mañana. La avioneta levanta vuelo suavemente llevando el ataúd.

UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS

Le gustaba el salón de arriba. Subía por la escalera sin sujetarse de la baranda, sus pasos desembocaban con exactitud frente al picaporte y de ahí al sillón.

Aquel día, el canario ingresó por la ventana abierta. De inmediato el pájaro percibió que estaba atrapado. Comenzó a batir sus alas con desesperación en tanto emitía silbidos con angustia, solicitando ayuda.

El ciego escuchó una melodía triste que le inundaba el corazón y pidió un milagro. Quería admirar el ave, así fuera por única vez. Quería distinguir los colores de sus alas. Adivinar cuál era el verde, el amarillo o el rojo. Su mente quebró la resignación en un esfuerzo límite y ocurrió. La oscuridad fue cegada, encandilada por la claridad. Ya no volvería a cerrar los ojos, ni siquiera a pestañear. La vida era eso, luz.

El espejo de la cómoda fue un reflejo engañoso. Chocar, girar y correr en dirección al resplandor, como si quisiera atrapar el canto. Su cintura pegó contra el borde inferior de la ventana. La velocidad lo sorprendió, el envión de su cuerpo lo hizo traspasar el límite del balcón.

No supo cuál era el pájaro, ni el cielo, ni las nubes. No supo cómo era el aire que lo rodeaba. Ni la acuarela del ambiente. Todo era alucinante.

La gente se detiene y murmura... *Suicida, pobrecito, era ciego, se cansó de vivir.* En tanto el asfalto negro se va tiñendo de rojo.

DOBLE CHIP

Programó juntarse con unos amigos el sábado a la noche. Comerían unas pizzas y catarían una cerveza artesanal. La bodega y la despensa estaban semivacías. Se reprochó haber dejado todas las tareas en manos de su compañera. Ella ya no se ocupaba ni siquiera de cocinar. La mayoría de stickers, adheridos a la heladera, pertenecían a rotiserías con delivery.

Daniel era un hombre ordenado pero en poco tiempo su vida se había convertido en un caos. Imaginaba hacer muchas cosas pero no pasaba de eso; De seguir así la casa pronto sería un basural. La invitación a los amigos era también una anticipada cita con la limpieza. Cuando le anunció la noticia del encuentro, ella no movió un dedo, lo miró cómo a un extraterrestre. Desde que vivían juntos había cambiado, ya no era la misma.

Leticia pasaba por una etapa complicada, quería quedar embarazada y mes tras mes, su frustración era un cuadro depresivo que duraba dos semanas y luego volvía al sexo carente de pasión. Ya ni siquiera fingía el gemido que lo había vuelto loco cuando eran novios.

Daniel desestimaba preocuparse por ella, no la había visto llorar desde que vivían en pareja y antes lo hacía por cualquier motivo. Sí, había observado que se estaba convirtiendo en una muchacha gorda y haragana. En el fondo supuso que su comportamiento venía desde la casa paterna y lo del embarazo era una simple excusa para no hacer nada.

El sábado a las tres de la tarde, Daniel salió a comprar víveres, se despidió como queriendo no volver. Pronto encontró el rumbo al supermercado. A pocas cuadras, sus pensamientos se detuvieron al observar una mujer, redujo la velocidad para apreciarla mejor en su descomunal parte trasera, al igualar su marcha bajó el vidrio y sin tapujo arrojó:

—¿Te llevo preciosa?

La mujer, sorprendida, giró buscando la voz y sin dudar se acercó al auto, pasaba por un momento extraño, su marido vivía para el trabajo, *para el porvenir*, era su muletilla. Se quedaba dormido ni bien abría las sabanas. Ya no la deseaba, quizás tuviera alguna amante. Muchas veces se encontró hablando sola en la cama. Una noche, encendida de bronca, salió de la casa y estuvo sentada en el patio reponiéndose de la tristeza, fueron casi dos horas, cuando retornó al dormitorio soñó que un extraño le hacía el amor.

Vio la cara de él cuando le abrió la puerta del auto. Calculó que tenía entre veinte y veintitrés años, ella andaba por los treinta. Escuchó que le preguntaba con temor:

—¿Adónde la acerco?

Ella respondió riendo: —Ah, ¿asustado?, ¿y ahora, qué hacemos?

Daniel quedó perplejo, la mujer lucía un anillo de casada y de frente era muy bella. Por el colgante dorado supo que tenía dos hijos, interiormente se dijo: *¡No! ¿Qué estoy haciendo?*, pero ya era tarde.

—Vamos a mi casa, vivo en Garay cuarenta y uno, ¿conoces?, es en el barrio San Benito.

—Sí—, te llevo, dijo él con voz titubeante.

Ella lanzó su fluida verborragia; expresó que la soledad la estaba matando. Su lengua trabajaba anulando al cerebro, le contó todo, como si él fuese un cura y el auto el confesionario.

Hilda, treinta y dos años, casada a los diecisiete con su primer y único novio, dos hijos, de siete y ocho. Alcanzó a terminar el secundario, nunca trabajó. Su marido ausente, trabajador del volante, de mucho viaje; luego le preguntó quién era. Obtuvo una semblanza mentirosa, menos en la edad. Daniel ahora estaba relajado, parlanchín, hasta recordó su niñez en el corto trayecto.

—Allí, la casa pintada de amarillo—, señaló la mujer.

Daniel no quería bajarse del auto. Había estacionado frente a lo que parecía la puerta principal. Musitó:

—Gusto en conocerte—.

Ella volvió a sonreír, brillaba: —Baja, tomemos unos mates, no te vas a arrepentir.

Él pensaba en los hijos, en el marido que podía estar adentro y quiso decir: —*No, está bien, no debo, gracias Hilda*. Pero ella se adelantó, como si le hubiese leído la mente, le hizo saber que su marido no volvería por dos días y que sus hijos estaban en la escuela hasta las cinco.

Daniel miró el reloj pulsera, tres y media de la tarde. Paró el motor del auto, sacó las llaves, esperó a que ella bajara y luego descendió. Apretó el botón remoto del cierre de puertas y escuchó el chasquido de las cerraduras, no obstante, para asegurarse, volvió a acercarse y comprobó manualmente. Miró a todos lados, como un acto reflejo del temor que lo invadía en oleadas y se sintió culpable; *¿Qué estás haciendo Daniel?*, acosó su conciencia. Observó la espalda de la mujer que abrió la puerta, esa visión despejó todas las dudas y miedos. Su mente daba paso a pensamientos lascivos, deseó un polvo rápido. Ni bien traspasó la puerta, la tomó de la cintura, la hizo girar y la besó. No hubo resistencia, ni palabras. El desvestirse fue con desesperación, el acolchado de la cama matrimonial cayó al piso y los cuerpos se trenzaron en una irrefrenable excitación. Sí, fue veloz, como un arrebato, una eyaculación precoz a dúo. Podrían haber continuado, ya que se siguieron besando y acariciando en silencio hasta que ella dijo: —Gracias Dani.

Él no supo qué decir, estaba anonadado, en su cabeza apareció la imagen de Leticia, eso sucedió cuando ella lo llamó Dani.

Leti y su malestar, Leti y su gordura; apostaba que ella todavía permanecía arrollada en el sillón leyendo la revista Caras mientras comía un sándwich de miga. Esos pensamientos actuaban como una expiación. Daniel comenzó a vestirse. Ella fue al baño. Escuchó que corría agua. A Daniel le vino la preocupación, lo había hecho sin profiláctico: —*Qué bolas triste*— se reprochó. Alejó de su mente el terrorífico miedo al sida, a ella se la veía saludable y además tenía dos hijos. Al ver que demoraba la llamó por su nombre: —Hilda—, pero ella ya volvía para abrazarlo con ganas, besarla en la boca, él respondió el beso diciendo: —Me tengo que ir.

Ella sonrió comentando: —Pájaro que comió voló.

Le pidió el número del celular, para llamarlo, siempre y cuando eso no lo comprometiera. Quería verlo otra vez. Daniel le dijo que él llamaría y memorizó el número de ella, quedó en enviarle un mensaje textual.

Salió tomando una bocanada de aire fresco. Subió al auto sin mirar a los costados y arrancó presuroso. A su cuerpo venía toda la situación vivida, manejaba distraído, estaba como en una nube cuando recordó los comestibles y condujo directo al supermercado.

Tomó un carrito y emprendió el recorrido por las góndolas, cargó lo necesario, suficiente para toda la semana. Se demoró con los vinos, quería impresionar a sus amigos con alguno añejado en roble, resultaban excelentes al paladar. Poca gente, poca cola, un trámite sencillo el salir de la caja. Un stand dentro del supermercado le llamó la atención, ofrecían celulares del proveedor al que era abonado. Pensó en adquirir uno barato, sabía de un amigo que manifestaba tener dos y uno era de uso exclusivo para trampas. Algo igual se le ocurrió en casa de Hilda. Al número de ella se lo había grabado a fuego.

Una señorita de manera amable le enseñó diferentes modelos. Daniel vio un cartelito donde ofrecían chips y consultó por eso, terminó comprando uno para recarga de tarjeta. Era una ventaja, ese gasto no llegaría en el resumen de la cuenta mensual, Leticia no podría verlo.

En el auto, desarmó el celular, con sumo cuidado desprendió el chip para hacer el cambio. El reloj del aparato marcó las dieciséis cuarenta y cinco. Se arriesgó enviando un mensaje de amor para que Hilda agendara el número. Esperó y al minuto tuvo la respuesta: –Gracias, llama mañana a la misma hora del incidente. Un SÍ escrito en mayúscula fue la contestación de Daniel que reemplazó el chip y lo ocultó en el interior de la tapa de cobertura de la batería. Emprendió el regreso sintiéndose aliviado. Estacionó y bajó acomodando las bolsas en sus manos. A un paso de llegar a la puerta gritó: –Leti abrí–. Hubo de esperar pero su impaciencia le ganó, dejó la carga en el piso para poder sacar el llavero que colgaba en su cintura. Abrió la puerta, agarró las bolsas y entró. Leticia seguía en el sillón, musitó melosa: –Ya iba a ir, pero escuché el ruido de tus llaves en la cerradura y me quedé... mi amor–, afinando un poco el

tono de voz, alargando y resaltando las vocales: “m i a m o r”, que a los oídos de Daniel le parecieron burla.

Ese fin de semana resultó ser el último con amigos, todos se dieron cuenta que algo no funcionaba en esa pareja.

Desde entonces, dos caras opuestas comenzaron a manifestarse en él. Poco tiempo tardó Leticia en advertir que estaba en crisis conyugal, la casa se venía abajo. La heladera estaba vacía. Platos sucios estuvieron una semana en la piletta sin que nadie los tocara. Ella lo resolvió fácil, comer en las mismas bandejas plásticas en que traían la comida, no iba a lavar los platos. Ninguno de los dos parecía dispuesto a dejarse vencer. Ella creyó que ya era hora de poner las cosas en claro. No quedaba embarazada y él tampoco intentó acercarse la última semana, justo cuando había estado en su punto máximo de fertilidad. Recordó que él una vez dijo que los hijos llegarían sin necesidad de buscarlos. En ella comenzó a germinar la duda y la preocupación por el enfriamiento de la relación. Esa noche hablaría, no estaba dispuesta a que la siguiera ignorando. Cocinaría para él. Eran la dos de la tarde cuando se puso a limpiar la casa, después saldría a comprar, él siempre dejaba plata en un jarrito, para la rotisería, el taxi o emergencias.

Eran las dos y cuarto cuando Daniel introdujo la llave en la cerradura de Garay cuarenta y uno. Hilda estaba desnuda en la cama. Llevaban un mes de amor clandestino, coordinando por mensajes de texto los encuentros furtivos, cada vez más cargados de lujuria. A Daniel le preocupaba el marido, pero ella había sugerido que dejaran la llave cruzada. Eso le daría tiempo para salir por la puerta de atrás. También le comentó que la vecina del frente corría las cortinas, le parecía que la espiaba. Sí alguna vez le preguntaban algo, podría decir que era un testigo de Jehová que le estaba enseñando a estudiar e interpretar la santa escritura y dicho esto, le puso una Biblia en las manos: –Entré y salí con ella, haciendo que la vean–, dijo.

Daniel estuvo a punto de irrumpir en carcajadas pero solo mostró, risueño, los dientes. –Soy tu pastor y vos mi ovejita, –dijo. Cuando salió con la Biblia en la mano miró para todos los costados y creyó ver un movimiento en la cortina de la vecina del frente, cuestión esta que lo llevó

a levantar el libro a la altura de la cara; *Que absurdo*, pensó. Esta mujer me está volviendo loco y mientras ascendía al automóvil recordó que Leticia también lo estaba enloqueciendo pero de otra manera. Eran las cuatro y media, la tarde mostraba su apogeo.

Leticia estaba en el supermercado cuando lo llamó al celular, quería que le indicara qué vino comprar. No respondía, sonaba a ocupado. Intentó cuatro veces, haciendo pausas. Pensó que no la quería atender; que la había bloqueado o tenía apagado el teléfono. Sintió celos mezclados con odio. Le vinieron ganas de llorar, ganas de agarrar una botella y romperla contra el piso, pero tomó una al azar, cualquiera que sea tinto: Llevo éste, –dijo y lo agregó al carrito. La cajera comenzó a pasar los artículos, las latas, las cebollas, los fideos, el queso rallado, y cuando agarró el vino sonrió. Sacó el ticket de la caja y con voz grave anunció: –Doscientos cincuenta pesos–. Era una enormidad. A Leticia se le frunció la cara y algo más. La plata no le alcanzaba. Roja de vergüenza quedó sin habla, la gente que estaba en la fila se dio cuenta de la situación, también la chica de la caja que mencionó con voz suave: –El Rutini sale ciento ochenta pesos–. Ahí Leticia despertó: –Que tome agua–, expresó en voz alta: –Al vino no lo llevo– y en un paneo contempló los rostros, mostrándose integra. Entregó los setenta pesos por el valor de las otras mercaderías.

Salió apresurada, su estado de ánimo era una bomba encendida con mecha retardante.

Cuando llegó a la casa, Daniel estaba bañándose, había dejado sus ropas en el dormitorio y el celular a la vista. Leticia lo tomó, comprobó que no estaba bloqueado, lo revisó rápidamente y encontró los mensajes de Hilda, buscó en la casilla de enviados y estuvo a punto de desmayarse: –Hijo de puta, gritó.

Daniel escuchó el vozarrón de Leticia pero no entendió lo que decía. Se apresuró a secarse y salió del baño luciendo sus músculos.

La costumbre de pasar desnudo, camino al dormitorio, se vio interrumpida por la patada que impactó en su ojo derecho, lo hizo retroceder y pegar con la espalda en el borde de la puerta, rebotó para recibir un puñetazo entre la boca y la nariz. Sintió el sabor dulce de la sangre.

Vio a Leticia en posición de ataque y recordó cuando la conoció en el gimnasio, en clases de Kung Fu. Ella era una avezada estudiante y él un principiante. –Pará Leti– suplicó intentando agarrarla, pero ella lo había tomado del brazo y lo hacía volar. Cayó de costado, golpeó en el suelo y recibió una patada certera en el estómago, que lo hizo adoptar la posición fetal. Se cubrió esperando otros golpes. Los oídos le zumbaban y las palabras que profería Leticia eran ininteligibles. Permaneció hecho un ovillo durante algunos segundos, le dolía todo. Escuchó como a lo lejos: –Ándate a la mierda, no te quiero ver más, desaparecé de acá–. Advirtió que ella entraba al baño sollozando. Se levantó maltrecho, se cambió, metió todo lo que pudo en un bolso grande y salió a la carrera.

Daniel realizó el trayecto hasta la casa de sus padres en un estado de shock. La golpiza tenía un motivo y él era el único responsable, había olvidado cambiar el chip, lo supo cuando vio el celular sobre la cama. En el fondo estaba feliz, razonaba que todo había terminado con Leticia. Se miró en el espejo del retrovisor el ojo derecho, con un hematoma poniéndose morado. Tenía el labio partido y quizás el tabique quebrado; *Qué mala leche* concluyó resignado. Dudó en ir a la casa de sus padres. No podía permitirse que lo vieran así, además debería brindar explicaciones y no sería creíble. *Para que preocupar a los viejos*, pensó y cambió el rumbo. Miró la hora, dieciocho diez marcaba el reloj. Su amigo todavía no salía del trabajo. Cambió el chip al número habitual y envió un mensaje, no tenía ganas de hablar. Escribió para asegurarse que su amigo estuviese. Se quedó esperando en el auto. El timbre intermitente le avisó que había entrado un mensaje. Identificó, abrió la casilla del correo: *A las diecinueve estaré, amigazo*.

Colocó la primera marcha y el auto echó a andar. Llego temprano y se quedó afuera. Ahora le dolía el costado, se restregó y notó una molestia en las costillas, *quizás haya alguna fisura*, pensó. Le vino a la mente Hilda y se sintió bien, ella tampoco debía verlo en ese estado, era imprudente. Con un dejo de tristeza consideró que pasarían, mínimo, dos semanas para que se le fueran las huellas del suceso. Su amigo llegó puntual, las explicaciones fueron brindadas con algunos detalles. No paraban de reír. Después preparó algo para comer, más tarde trajo un juego de sábanas, almohada y un cubrecama liviano. Le cedió el futón

que oficiaba de sillón cama y el control remoto. Buscó hielo e introduciéndolo en una bolsa plástica se lo apoyó en el ojo: –Amigo tengo que levantarme temprano, hasta mañana, –dijo y se fue a acostar. Daniel quedó pensativo, haciendo zapping encontró una pareja en pleno amarraco: –Hilda–, murmuró y se acomodó apagando el televisor dispuesto a dormir.

El amigo se levantó temprano. Hasta sus oídos llegó el chirrido del despertador. No pudo abrir el ojo golpeado y se sintió mal. Se tapó hasta la cabeza, no se movió, no quería dar lástima. Esperó que se fuera para levantarse. En el espejo del baño terminó aceptando lo que veía. Su amigo le había dejado una nota y encima de ella una llave. Desayunó, apagó el celular y se tiró de nuevo en la cama. A veces se despertaba, tomaba conciencia de dónde estaba y se volvía dormir.

Se levantó a las dos de la tarde, la aplicación del frío hizo efecto y la hinchazón disminuyó, ahora podía abrir un poquito el ojo. Las dos, pensó, esa era la hora del encuentro, sintió necesidad de mandar un mensaje, desarmó el celular, cambió el chip y lo dejó encendido arriba de la mesa. Cinco minutos después el sonido de aviso entrante le llegó directo al corazón, era ella: –Hoy no vengas–. –Perfecto–, y así lo escribió en respuesta.

Al otro día, se sentía inmejorable. Se había hecho la idea de contarle a Hilda lo que realmente había sucedido. Sí bien en ningún momento hicieran un compromiso de la relación, Daniel creía que era posible mantenerla en el tiempo. Ella era una máquina en la cama.

Dos horas, quince minutos y treinta segundos. La impaciencia se había apoderado de él, iba a llamarla cuando llegó el escueto mensaje: Te estoy esperando, –Ahí Voy–, devolvió. Ya estaba listo, salió animado y presuroso.

Introdujo la llave, empujó la puerta y entró. El primer garrotazo dio de refilón en la sien, siguió su trayectoria para impactar en el hombro y le quebró la clavícula. Emitió un grito de dolor, medio atontado trató de defenderse y entender qué estaba pasando. Cuando lo vio, supo que era el marido camionero. Fueron milésimas, porque esa especie de bate de béisbol se le estrellaba en medio de la frente, cayó desmayado.

Se despertó sin noción del tiempo. Descubrió que estaba atado de pies y manos, tirado en el suelo de lo que parecía un cobertizo. Todo era oscuro, una tenue luz a ras del piso lo hizo suponer que en ese lugar había una puerta. El celular vibra insistente en su bolsillo, Daniel amorzado se pregunta, *¿Quién llama?, ¿cuál chip tiene puesto?*

EL OSO

El cazador en su improvisado pero seguro campamento resumía la temporada, el invierno había sido más que bueno. Las pieles de zorro se amontonaban, sus esqueletos despellejados cubrían una zanja, los buitres tuvieron su festín y algunos sirvieron para afinar la mira. Lo deslumbra el paisaje matinal que despunta la primavera y la naturaleza del cambio de estaciones. Lo provoca la caverna ubicada en una parte escarpada de la montaña por donde abajo pasa el río. No está seguro pero intuye que ahí puede dormir algún oso que debe estar flaco con su piel pelechada y aunque no vale la pena, la avaricia lo hace quedarse.

El oso se desperezó en la cueva, su reloj biológico despertaba a la memoria de las temporadas y fue aumentando el ritmo cardíaco. La sangre le devolvía el metabolismo y su instinto.

Afuera el cazador impregnaba los árboles con pequeñas cantidades de miel. Desparramaba algunos trozos de carne podrida cerca de las pesadas y camufladas trampas de hierro. Atraer, si estaba ahí, una última presa. Tenía presente seguir cuidándose de los lobos, la confianza es la peor carga que puede llevar un cazador y el rifle de alto calibre resultaba su mejor protección.

El aroma a humano se filtró en la madriguera. A pesar de la somnolencia que entorpecía sus movimientos, pudo agazaparse y adoptar una posición que le servía de defensa y ataque. La claridad lejana de la entrada le hizo presumir el día, su paladar tenía aun el gusto a miel, el corazón del oso se transformó en el prado verde, en las abejas que danzaban sobre las flores, en el viento del oeste que ayudaba al salmón a remontar el río, en el berrido del alce enamorado, llamando a la vida, dando saltos enérgicos y coces a la nada, ensayando su cornamenta con el aire, pero había algo más; un raro olor a putrefacción. Famélico dio los primeros pasos con dificultad, con su grasa consumida, se sintió

liviano, fue acercándose de a poco, asomando sus ojos y confundiendo su pelaje con el marrón de la roca, estuvo parado un largo rato hasta que sus patas traseras aflojaron y su humanidad volvió a la horizontalidad, esperaría la noche para salir.

El cazador se calentaba al lado de la fogata, el pedazo de ciervo ensartado en una rama iba alcanzando la cocción, *mientras haya fuego ningún animal se acercará*, pensaba en su interior, por eso lo controlaba agregando ramas y manteniendo su lumbre.

El oso bajó a beber al río, aspirando en el aire la carne quemada, se sació de agua. Afloró su dominio del lugar, para cruzar debía recorrer un largo trecho pegado al límite del barranco, todavía quedaba algo de nieve congelada que a luz de la luna resplandecía. Le llevó una hora encontrar el recodo donde se hallaban árboles caídos atravesados que permitían el paso al bosque, del otro lado su olfato tomó sensaciones más fuertes, indicando que estaba en el camino correcto. La llama del fuego se veía en la distancia y se distinguía una silueta en movimiento. Eso lo llevó a cambiar de dirección para buscar las nueces y castañas silvestres que dejara enterradas, las comió despacio y se dispuso a retornar a donde estaba el hombre.

El fogón se mantenía encendido, los rastros decían que los lobos pelearon por los restos del ciervo, sus huellas se alejaban. Ahora la cuestión era, volver a la cueva o intentar atacar, podría acercarse silencioso, los árboles en fila formaban un camino donde la luna no mostraba su ajena luz. Demoró. El fuego se extinguía y la madrugada se acercaba, el hombre dormía sentado con el rifle entre sus piernas, soñaba con el alma del oso, el plantigrado carnívoros ya estaba cerca, casi encima.

La primavera mostró su esplendor, la naturaleza con el giro del mundo volvió a confirmar la existencia de la vida y el fin de un ciclo bajo las estrellas. En un sector inexpugnable del bosque, de noche, fosforecen huesos.

CARAPACHAY

Ellos habían creado su mundo, la servil complicidad de los que la rodeaban. El viejo tratamiento español seguido de su nombre le daba ese aire: Niña Amparo, niña Amparo, se escuchaba en boca de todas las criadas de la Hacienda.

Con el correr de los años fue adquiriendo belleza y altanería. Vanidad. Su vida era un cuento de palacio, de príncipes, de pretendientes, de caballeros, de joyas. Su rubia cabellera larga rizada causaba admiración y envidia.

Luego de la conquista, Carapachay había adoptado el nombre de Manuel. A sus dieciséis años ya estaba desarrollado. Los que lo veían pasar, sí eran nativos se admiraban, si eran españoles o cruzados criollos, disimulaban el verse asombrados. La atracción que ejercía también le empezó a dar autoridad y a obtener cierto grado de respeto.

Lo apodaban “Manucho”. Su altura estaba en el metro ochenta, su pelo lacio se apoyaba sobre los hombros. Su piel canela y sus ojos negros le daban un aire de extranjero entre su propia raza. Los ancianos advirtieron esa rareza desde su nacimiento. Fabularon que en él estaba la sangre del gran Delfín. A temprana edad decidieron formarlo en la cultura, preparándolo para el cacicazgo mayor.

La fiesta del cazón termina cuando alguien de la tribu mata a un tiburón, la dentadura sirve para armar el collar que va a distinguirlo para siempre. Los preparativos comenzaban con tiempo. El desfile multicolor tenía a Manuel con su penacho, sobresaliendo entre los concurrentes. Aún no lo llevaban en andas pero estaba programado hacerlo. Los españoles bailaban al compás de los tambores y reían. La bebida hecha de caña dulce, era aguardiente puro que pasaba de mano en mano. Los indígenas parecían poseídos a la luz de las antorchas, las fogatas se

multiplicaban. Algún realista también catava pero preferían el vino del Guadalquivir que traían en toneles y cuidaban como al oro.

La niña Amparo asistía con su corte de sirvientas cuando lo vio a Manuel y sintió que el aire se encendía, pero él no la miraba. Buscó desesperadamente hacerse notar, cruzó empujando a los que le impedían el paso y ocupaban los primeros lugares del desfile. Se acercó al fuego, para iluminarse mejor. El espectáculo no le interesaba, solo pretendía ser vista por ese joven cacique que resplandecía.

Una indígena que decía ser descendiente de las bravas Amazonas observaba desde el otro lado el despliegue y la llegada de la niña Amparo. En la oscuridad fue la única en seguir esos ojos centellantes, porque ella también buscaba encontrar la mirada de Carapachay.

Manuel es ungido y llevado en una especie de silla, cuatro indígenas a las puntas se lucen en la marcha. Son vitoreados y halagados en su propio idioma que los españoles también entienden y hablan. Lo que no comprenden es el motivo y preguntan para enterarse que Manuel está en condiciones de poseer mujer, de tomar alguna de las nativas, se trata de su llegada a la hombría: –Juntamos las fiestas para darle una sorpresa y no molestar en la hacienda–. Esta noticia corre como un rumor y se propaga entre los colonizadores que festejan sin tener motivo.

Amparo quiere saber porque ese cacique no la mira, necesita saber qué pasa y una lengua servil le comenta, pero ella pregunta cómo hay que hacer para que ese cacique la considere:

–Habrá una selección y competencia mañana, en el claro de la selva. Allí se presentaran las postulantes. Se trata de pequeñas pruebas a superar y aquella que lo haga habrá demostrado que tiene la fortaleza para unirse a Carapachay. No se llama Manuel, ese es nombre español adquirido. –Pero usted niña no puede participar, la sangre no se mezcla en el linaje de nuestros líderes.

Debe existir algo que lo permita, se dijo Amparo y siguió intentando hallar la mirada, sus ojos tenían la carga del sutil embrujo. Su capricho iba en aumento. La playa los recibía en el último recorrido. Las canoas buscaban el mar, las lanzas y cuchillos al tiburón. Carapachay brillaba untado en grasa de escualo. La noche llamaba a la parca y tenía sus

motivos. La luna no asomaba y pocos valientes se introducían al mar buscando su collar. El resto volvía iluminándose con antorchas esperando que la mañana no trajera noticias funestas.

Cerca del mediodía Amparo comenzó a desperezarse, corrió las sabanas de algodón y buscó la ventana que daba a la playa. El día estaba hermoso. Su criada de más confianza la ayudaba a vestirse y la conversación giraba en torno a Carapachay, a ella le daba lo mismo cualquier nombre. Cuándo sería la competencia era su mayor preocupación. –Mañana temprano–, fue la escueta información que brindó la criada mientras la voz interior le susurraba que la niña no tenía habilidad ni para agarrar una aguja.

Esa noche no durmió bien, despertaba sobresaltada creyendo que ya era la hora de levantarse. La aurora la encontró sentada en la cama. Comenzó a vestirse sola, eligió sus ropas con sumo cuidado. Botas negras hasta debajo de las rodillas, pantalón de montar marrón, blusa blanca ajustada destacando sus incipientes senos y un chaleco corto, negro, para usar suelto. Debía acomodar su cabellera, para ello esperaba a su criada, la misma que la llevaría al claro de la selva, al encuentro.

Los rizos dorados colgaban en sus hombros. Se fueron introduciendo en la selva. Quinientos metros separaban la aldea del descampado. La rueda de gente parecía esperarla, sus pasos tenían decisión, su estampa era extraordinaria. Separados de las mujeres mayores estaban los ancianos. Los jóvenes en el alrededor no paraban de hablar. En el centro, veinte muchachas, en la flor de la edad, se acomodaban una al lado de otra.

–Allá, al medio–, dijo la sierva y cambió de posición empujando a la niña Amparo que rompiendo el círculo avanzó sin temor llegando al centro, provocó el silencio de los presentes hasta que volvió el murmullo y este dio paso a la bulla. –No puede, no puede–, eran las voces de censura.

–¿Dónde está Amparo? Rugió la voz del padre.

El temor instalado en los sirvientes trajo la inmediata respuesta: –En la competencia por el corazón de Manuel.

Rápido buscó a sus soldados aguaciles y les encomendó traerla de regreso. Salieron a la carrera, sus pies no tocaban el suelo. El hombre

reflexionaba sobre la crianza de los hijos, sentía haber fracasado con Amparo.

Amparo no tenía miedo, al contrario, estaba acostumbrada a tratar con inferiores: –¿Cómo qué no puedo? ¿Cómo no soy nativa? Nací aquí, soy mujer como cualquiera, gritaba.

No era así, los ancianos deliberaban con negativa unanimidad. Las mujeres mayores reían sin tapujo preguntándose: –¿Qué podrá hacer esta pobrecita de manos delicadas? –Déjenla participar–, sostenían burlonas.

Los ojos de Carapachay ahora miraban como Manuel. No podía más que admirar a esa magnífica joven. Verse fue un instante, cuando la chispa dio inicio a la combustión, el aire era fuego que quemaba.

Conciliaban posiciones. Las manos levantadas estaban parejas. Carapachay no había votado, permanecía callado. Pronto comenzaron a exigirle una definición para romper la paridad. Sus pensamientos se ocupaban de la española, una hembra a la que le resultaría difícil sortear los obstáculos. Era imposible que fuese su mujer, además en la hacienda jamás lo permitirían. Amparo ardía envuelta en llamas, esperaba el voto de Carapachay.

Los soldados llegaron en ese preciso momento, justo cuando Manuel estaba por romper la paridad. Los hombres irrumpieron generando confusión. Amparo discutía con ellos pero las órdenes eran sustanciales. La llevaron por el aire, alzada repartía puntapiés, semejaba a un enojo infantil. No hubo compasión.

La competencia cubrió toda la mañana y parte de la tarde. Manuel estuvo taciturno mientras duró. La fiesta siguió hasta la noche, la comida y el aguardiente de caña circulaba sin control, ahora las mujeres mayores bebían con los ancianos. La música con ritmo de tambores invitaba al baile sensual. La ganadora fue la supuesta descendiente amazónica, arrasó con el resto de oponentes. Ocupaba un asiento pegado a Carapachay, esperando el último ritual. El baño en aguas de rosas y el lecho preparado donde se consagraría la culminación de la pubertad dando inicio a la edad de la procreación. Todo sucedió a la medianoche.

La niña Amparo derramaba lágrimas en todas partes. Su corazón seguía encendido. Supo de los acontecimientos pero en su interior rea-

firmaba que eso había sucedido porque no le permitieron competir. Ella hubiese sido la ganadora. Quiso mentirle a su padre que era solo una espectadora. Los soldados informaron que participaba dentro de la ronda. A partir de ese momento, su padre mandó a vigilarla y una custodia la seguía adónde iba.

Los días y meses siguientes fueron acercándola al mercado del trueque. Allí solía verlo, en los puestos. Cruzaban las miradas y sonreían. Amparo no podía evitar la vigilancia hasta que un día se le ocurrió robarle el collar de dientes de tiburón y pegó un tirón con buena suerte, otro movimiento rápido dejaba en la mano de Carapachay la cadena y el relicario de oro con forma de corazón. La custodia la rodea pero ella escapa rumbo a la hacienda con su tesoro.

Carapachay ha perdido su emblema, su identificación de coraje. El oro no le sirve, tampoco puede lucirlo. A partir de ese día se propone recuperar el collar. La amazona está en su cuarto mes de gestación, no tiene por qué enterarse de lo sucedido en el mercado. Ha pedido a los de su raza que callen y esperen, él arreglará el inconveniente.

Ahora la busca, ella lo sabe y juega sus cartas. Acepta verlo en el jardín de la hacienda. La noche cálida de agosto la encuentra envuelta en una bata liviana transparente, su desnudez se insinúa. Pocas palabras en voz baja, en la quietud. El deseo la impulsa a condicionar la devolución, a prometer que solo será por única vez, ella viaja a España, a Salamanca, en el próximo barco. Manuel se queda con la virginidad; Carapachay con el collar. Amparo con la progenie del comandante Marcos.

DESENCUENTROS

Ana le susurró al oído: –Esto es para que no me extrañes–, y volvió a reactivar el deseo de su pareja.

El pasaje estaba comprando de antemano. Para que la sorpresa sea mayor, llegaría el día veinticuatro de diciembre a la tarde. Su mente enfocada en el ansiado reencuentro con su pequeña familia, su madre, su hermana, sobrinos y el baboso de su cuñado. Llegar para los abrazos, la cena, el brindis y participar de la alegría al abrir los regalos colocados al lado del arbolito navideño.

Ella sabía, en su interior, que Horacio era la persona ideal, el amor de su vida, pero desde hacía algunos meses lo veía raro, atribuyó eso al cansancio lógico del año de trabajo y desechó los celos. Los dos se habían esforzado, la cuenta bancaria común acumulaba el sueño de la casa. Otras reservas escondidas eran para mini vacaciones en la costa. Calcularon que una semana era suficiente para reponerse. Ana veía terrenos sin que él lo supiera, en esa búsqueda clandestina detectó uno de buenas dimensiones ubicado en un barrio tranquilo de la ciudad. Con una pequeña seña avaló la ilusión. Sería el obsequio de fin y mejor principio de año para Horacio, para los dos.

Cuando llegó el momento, él la acompañó a la estación de colectivos. Una Terminal amplia con destinos internacionales que por la proximidad y significado de las fiestas, era un enorme imán atrayendo gente. Un bullicio inaguantable, todos hablando al mismo tiempo. Esperaron mientras llegaba la hora de ese llamado breve anunciando separación temporal. Ella volvería antes del año nuevo. Horacio preparaba otra sorpresa, pedirle que se casaran. Si bien, descreía de las reglas sociales y sacramentos, le agradaban las bodas. Intuía que ella quería formalizar. Había calculado todo, tenía mariachis contratados para ese momento único y mágico. Descartó cualquier impedimento. El sí de ella debía ser

rotundo. Las rosas rojas estaban encargadas. El anillo de oro, con un pequeño diamante incrustado lo había comprado en cómodas cuotas y permanecía oculto adentro del guardarropa. Ella no sospechaba nada y él evitaba descubrirse.

Ella sacó un cigarrillo, en un acto reflejo lo convidó mostrándole el paquete, en forma inmediata lo guardó, él no fumaba. —Hace humo nomás, que en el colectivo no podés fumar—, dijo Horacio. Se mantenían bien cerca. Ella intercambiaba el diálogo y la pitada con besos cortos. A él le molestaba el gusto que le dejaba en la boca. El olor a tabaco impregnado en la ropa. Ella no se daba cuenta, ni se daría cuenta, lo mucho que le fastidiaba el cigarrillo. La quería demasiado y esperaba que cambiara con el tiempo. Creía, de modo firme, que cuando Ana quedara embarazada, dejaría de fumar por la salud del bebé. La imaginaba una madraza. El anuncio por los altoparlantes decretó la partida. La mano en alto acompañó la despedida.

Cuando Ana descendió del colectivo ya tenía decidido tomar un taxi directo a la casa paterna. La emoción de contemplar los lugares conocidos iba acelerando su corazón a medida que el auto se acercaba. El reloj pulsera, sin atrasos, tenía la hora estimada, seis de la tarde. Los regalos iban en una bolsita de mano que no debía olvidar. —Garibaldi cuatro, cuatro, tres—, anunció el chofer mientras frenaba. Ella con la vista en el reloj marcador sacó los billetes y las monedas justas. Le dijo feliz navidad y bajó experimentando la alegría de retornar al hogar después de tres años de ausencia.

El portoncito y la puerta principal estaban abiertos, cómo si la estuviesen esperando. Pasó abriéndose camino con dificultad, los bolsos y equipaje eran livianos pero ampulosos. Ya en el interior de la casa, buscó con ojos grandes encontrar a su hermana o a su madre, las piernas le flaquearon, cayó desvanecida. Desde el piso escuchaba voces como lejanas, *dejen paso, permitan el aire*. Aspiró una fragancia, mezcla de jazmín y magnolia. Tomó conciencia de lo que ocurría, atónita, sentada en un sillón estaba como en una nube. El rostro demacrado de su hermana concordaba con la voz compungida, le informaba que su madre había muerto ayer, algo inmediato e inesperado, que no había sufrido. Qué quisieron avisarle, comunicarse con ella, que enviaron un telegrama

a la anterior dirección, que no pudieron hablar con su novio, y otros *que* hacían cola en la entrada de sus oídos

Las palabras de su hermana resonaban expandiéndose, como si estuviera hueca por dentro. Las imágenes hacían clic en su cabeza, como si sacara fotos con flash. Desconocidos le ofrecían agua, café, tía maría, una copita de coñac, caña quemada, le daban el pésame, la besuqueaban. Alguien le alcanzó una pastilla, escuchó que se trataba de un ansiolítico, la tragó sin saber qué efectos causaba. Lapsos en su mente le mostraban recuerdos como una película. Las lágrimas brotaban solas. Ganas de reír se mezclaban con un dolor intenso que le recorría el cuerpo y la hacía estallar en pequeños sollozos. Una sensación de odio, de frustración y la gata vieja que enrollaba su cuerpo entre sus piernas, restregándose y ronroneando.

Aturdida se dirige al ataúd que tiene la tapa abierta. La cara de su madre experimenta paz. Está con los ojos cerrados, las manos enlazadas por los dedos a la altura del corazón aferran un rosario. Ana no puede hablar, llora con la boca abierta. Alguien se le acerca por la espalda, la abraza, se deja llevar por ese gesto tierno hasta que nota el bulto apoyado a propósito. Piensa en su novio Horacio y gira dispuesta a refugiarse en sus brazos, reconoce a su cuñado, lo aparta con un epíteto descalificador y le grita:

—¿Qué haces?

Él tiene una sonrisa falsa e intenta embrollar a quienes acompañan el velorio. La sujeta mientras profiere en voz alta: —Crisis de nervios— y susurra al oído de Ana: —Por favor, cálmate, no hagas escándalo.

Ella quiere separarse, lucha, con inusitada fuerza consigue liberarse. Su espalda choca en la mitad del féretro y este se vuelca, la madera de poca calidad se rompe con facilidad al tocar el suelo. La cara de la mujer fallecida golpea de costado contra el piso. Salta la dentadura postiza generando caos a su alrededor. Medio cuerpo queda fuera del destruido cajón. Los talones de Ana chocan con el ataúd y ella se desploma al lado de su difunta madre. Pega un grito desgarrador, se arrodilla, se levanta tomándose con las manos mechones de pelo y sostiene el grito que pasa a convertirse en un alarido terrorífico. Desesperada corre hacia la calle.

Nadie se anima a detenerla. Solo su hermana va por detrás. El auto viene despacio, el conductor ve a la mujer, frena pero alcanza a tocarla, baja y en un acto humano, cortés, se ofrece a llevarla al hospital. Ana está en shock cuando sube, el hombre se da cuenta, sabe que el accidente no es la causa del problema que tiene esta mujer que llora desconsoladamente. También advierte que es una muchacha joven y atractiva.

La guardia del nosocomio ratifica que no es nada, ni siquiera un golpe. El magullón de la rodilla ocurrió cuando tropezó con el cajón. Salen juntos, el hombre se presenta: –Julián–, ella corresponde: –Ana.

La toma de la mano y la conduce a una cafetería cercana. La conversación trata y refiere al nefasto acontecimiento. Él también tiene su gran historia, le cuenta de la muerte de sus padres cuando explotó la fábrica de armamentos en Río Tercero. Mirándola a los ojos le confiesa que la noche buena lo encuentra en soledad y la invita a compartir navidad. Una hora después están entrando al departamento. A la mesa van algunas cosas que ya estaban compradas. El pollo comienza a tomar color dentro del horno. La copa tiene ritmo, se llena y se vacía siguiendo las notas y el compás de una suave canción de jazz. La cena se deshace en el paladar. La medianoche se acerca.

El dolor esta embriagado, la locura a punto de ganar una batalla. Julián que dice: –Podés quedarte esta noche y descansar, ¿adónde vas a ir?–. Los fuegos artificiales dibujan figuras en el cielo. Las bengalas van acompañadas de estruendos. Algunos perros dejan oír lastimeros aullidos. El ventanal y el balcón, la noche cálida de Buenos Aires y una feliz navidad no pronunciada. Un beso tierno y las manos apretadas con fuerza. Con pasos lentos y en silencio se dirigen al dormitorio. Las luces se apagan y la música los envuelve.

–Este departamento tiene mucha iluminación– dice Julián mientras trae el desayuno en bandeja. Ella siente vergüenza. Él sabe que se ha aprovechado de un mal momento, pero cree que es el destino y por eso expresa:

–La culpa no es nuestra, Cupido se cruzó en el camino.

–No debí hacerlo–, dice ella.

Él agrega: –Ya fue, déjalo así.

–Ah, pillín, era todo sin compromisos–, remata ella y ambos ríen.

Horacio no había sido su primer hombre. Tampoco hubo demasiados. Julián tenía clase, se notaba. Por lo que veía y escuchaba, calculó que era un profesional pero no atinaba a adivinar la especialidad: *médico no, la hubiese atendido. Ingeniero o contador... mmm, contador de cuentos podría ser*, pensó divertida. Desayunó rápido, los fuegos de artificio habían culminado. Retornaba a la triste realidad, su madre estaba muerta. El servicio fúnebre al cementerio era usual hacerlo a las once de la mañana. –¿Me podés llevar adonde me encontraste? Él rió: –Es acá cerquita, a tres cuadras–. A ella la había confundido la avenida que dividía los barrios. –Me voy caminando, gritó cerrando la puerta.

Volvió a las calles que recorrió de adolescente y la vieron crecer. Pronto llegó a la casa. Las puertas estaban cerradas, afuera no se veía movimiento, miró el reloj, marcaba las diez de la mañana. Golpeó fuerte, le dolieron los nudillos. Con mala cara salió a atender una señora a la que no conocía. Le comunicó que ya se habían marchado y le dio la dirección. Ahora busca un taxi, la ciudad parece muerta. Era el veinticinco de diciembre, feriado de navidad. Luego de quince minutos de espera y veinte de transitar baja en un cementerio y crematorio privado. En el salón velatorio está su hermana que viste de negro. Sus sobrinos con trajecitos. Su cuñado no se acercó. Un hombre con cara seria pone en las manos de su hermana un envase de cerámica. Ana está impactada, otra vez es transportada a una dimensión paralela. Todo parece lejano, fuera de tiempo y lugar, escucha con distorsión que son las cenizas de su madre, que ella había elegido incinerar su cuerpo, que estaba avergonzada, que había peleado con su marido, que no se preocupara por los gastos, que podían vender la casa, que por favor la perdonara. Y unos cuantos más *que aturdiéndola*.

Quería preguntar: –¿Son las cenizas de mi madre o pertenecen a cualquier otro muerto? Su hermana conversa con el hombre y le devuelve el recipiente. Le avisa a Ana que se dividirán las cenizas. Ana inquiere en su interior: *¿Qué puedo hacer con eso?* No encuentra explicación. El tiempo parece acelerado. Camina llevando en sus manos una pequeña vasija de barro con forma de tinaja. La urna dijeron con tono solemne. Se despide de su hermana sin sentimiento alguno. Ella insiste querién-

dola llevar en su Mercedes Benz. Discuten, reniega, y corre rápido por la vereda, se pierde entre otros transeúntes. Busca un taxi, recuerda que su equipaje era solo ropa y decide abandonarlo. Conserva la cartera de mano con sus pertenencias importantes, plata, documentos, remedios, tarjetas, encendedor, cigarrillos. Cree que debería pasar a agradecer, despedirse de Julián y recuperar la bombacha. No sabe si ir directamente a la Terminal, duda. El taxi detiene su marcha y ella asciende.

Horacio acaba de levantarse, el brindis de la nochebuena fue el preámbulo del año nuevo. Una camisa más llega al guardarropa. Al mediodía estará listo el asado, así marca la tradición familiar. Debe apurarse.

Estuvo con amigos hasta la madrugada, visitaron parientes, de copa en copa, dejando deseos de paz y amor. En la recorrida se fueron sumando otros. Todos terminaron recalando en una confitería bailable. Allí se despachó con los proyectos, dio a conocer la sorpresa del año nuevo. Un primo entusiasmado, guiñando el ojo al resto de acompañantes, propuso la necesidad urgente de hacerle la despedida de soltero.

Horacio desayuna mate amargo. Acaba de recordar a Ana, debe llamarla pero no encuentra el papel donde tiene anotado el teléfono de la casa, se perdona ese error convencido que todo está bien. El trasnochar alcohólico le ha bloqueado la memoria. A la tarde seguirá buscando el papel, lo hallará, no tiene dudas.

El despachante le informa que llegará al otro día, a las tres de la tarde, la temperatura estimada en veintisiete grados. La terminal parece vacía comparada al día veintitrés. Los tres días pasaron como un suspiro. Ana está bajando del colectivo, nadie la espera. En la parada de remises le indicaron cuál era el auto que tenía el turno y subió. El chofer se dio cuenta que esa mujer había llorado y sufría, le pareció conocerla de la ciudad, además de preguntarle la dirección adónde iba, estaba dispuesto a brindarle consuelo. Su oficio lo había convertido en un especialista de esa cuestión. El trato diario con todo tipo de personas le había dado un manejo psicológico de situaciones comprometedoras. Deformaba el tono de la voz, hasta él mismo notaba ese cambio y como influenciaba creando un ambiente sensual. Ronroneó, pero Ana tenía metido en la

cabeza un incierto enfado que causó el rechazo del gato, interrogándose a sí misma: *¿y este boludo?* El viaje duró diez minutos. Ana luchaba intentando abrir la puerta del departamento. Dejó el recipiente en el suelo, a un costado, cuidando de no romperlo con el forcejeo. La llave funcionaba de maravillas pero parecía tener puesta la traba interna. Golpeó fuerte y lanzó unos gritos cortos llamándolo por el apodo: –Lacho, Lacho.

La despedida de soltero fue ese veintiséis de diciembre a la noche, tal como había sido planeado. Era la continuación del clima festivo. –Las chicas son buenas pibas–, mencionó el primo de Horacio tomándose los testículos con las dos manos. La casa estaba dada vuelta, había bebida derramada en todos lados. Canilla libre descontrolada. A las tres de la mañana todos andaban desnudos menos él, que era blanco de las bromas. Malena dijo llamarse la chica que lo tocaba, era muy piba, calculó dulces dieciséis. No sabía de dónde las trajeron pero no deseaba problemas en el futuro. Menor de edad, posible denuncia de estupro, cárcel. Su primo le tiraba cajitas de condones. A Horacio le causó gracia, habían comprado cantidades: *¿para qué tanto?*, pensaba. La piba seguía provocadora, atrevida. Horacio evitaba hacerla sentir mal. La llevó al dormitorio para aislarse, solo charlar, creyó que así le daría un corte final a la situación. Todos aplaudían y vitoreaban cuando los vieron marchar. Horacio le quiso explicar su verdad absoluta pero la piba estaba en la teoría de la verdad relativa y en la efectividad de los pesos prometidos. Se desvistió a la velocidad de la luz, tan rápido que Horacio no pudo hacer nada, solo admirarla. Tenía un tatuaje en el hombro, parecía un nenito, *esta es la mía, acá zafo*, pensó Horacio, y preguntó con intención:

–¿Tu nene?

–No, papi, es Justin Biber– y le mostró los pezones turgentes a la vez que le decía: –Vení guacho–, e intentaba sacarle el pantalón.

Horacio resistió firme el avance, pero se daba cuenta que no podía escapar de esa loca hermosa ni del desafío sexual como rito de la despedidas de solteros. Se desnudó tomando la precaución de ponerse doble profiláctico. La piba era una bestia indomable. Apurado cumplió el cometido predispuerto a concluir el festejo y desalojar a los invitados.

La piba quería quedarse a dormir, pero él la convenció que volviera a la noche del otro día y con eso la engañó. Se puso a limpiar la casa sin prisa, a las dos horas, viendo que no terminaba, decidió irse a dormir. –Aquí no ha pasado nada–, proclamó tapándose con la sábana.

Ahora, lagañoso, se refriega los ojos, intenta levantarse, tiene un pequeño dolor de cabeza, escucha una voz llamándolo, es Ana o sería la piba de anoche: ¿se habrá olvidado algo?, ¿Cómo era el nombre? Ah, sí, Malena ¿Cuándo venía?, ¿Qué hora es?

Sin hacer ruido llegó a la puerta para observar por la mirilla, era Ana, su amada, tenía los ojos rojos, se la veía triste y enojada. Sacó la traba, abrió la puerta con los brazos extendidos y con los ojos cerrados esperó el beso. Ella notó el vaho alcohólico, rouge en la mejilla, marcas en el cuello y un olor fuerte a perfume barato. El cachetazo y el portazo dejaron un zumbido permanente en los oídos de Horacio, Ana balbucea: –Feliz Navidad pelotudo–, y corre envuelta en lágrimas. Él sale dispuesto a detenerla pero está desnudo y desde la puerta grita: –Volvé Ana, volvé–. Hacia un costado advierte como un adorno en el piso y lo levanta. Es liviano. Calcula que es el regalo de Navidad.

Ana está llegando a la esquina, busca un taxi, camina encogida, doblada, como abrazándose a sí misma, es un gesto de frío y dolor. El remisero ve la señal, una mano levantada con los dedos apuntando hacia el cielo.

–Un cliente en diagonal Varela y Mitre, –refiere a la central por la radio de comunicación. Luego se da cuenta que es la misma chica que trajo hace unos minutos. Se prepara para el cambio de voz, siente como se dulcifica su garganta, se relame los bigotes y lanza un miau prolongado. Ana asciende, lo mira, exclama súbitamente: –¡Por Dios, Mi Mamá! –y baja.

Hoy Horacio y Ana son felices. El casamiento fue el 28 de diciembre.

EL FIN DEL MUNDO

Sonia siente el impulso de salir a la calle, es algo que no puede explicar, coincide cuando Esteban pasa por el barrio. Es el trastornado de la ciudad que lleva arrastrando un barrilete multicolor que casi no conoce el cielo. Anuncia desde hace algunos años, la llegada del fin del mundo.

Cuando camina tiene un tic nervioso agudo. En cada paso revolea la cabeza dirigiéndola a los hombros, a la izquierda y a la derecha, luego sacude su cuerpo y retoma el andar. A ella la impacta ese movimiento de murga carnavalesca.

Los niños primero se asustaban al verlo, ahora se burlan porque descubrieron que es inofensivo. Los gurruminos se exceden, intentan hacerle daño, le arrojan piedras.

Esteban marcha harapiento. Un saco largo lo cubre, del hombro derecho cuelga una bolsa. Su fisonomía es la del abandono, pelo castaño claro, largo, enmarañado, barba colorada crecida, de ojos azules, un metro ochenta y cinco de estatura, parece un Dios.

Sonia no escucha bien pero toma algunas palabras sueltas y las hilvana en el intento de encontrar coherencia. *¿Qué dice? ¿Que un cometa del tipo centella y un rayo cósmico se acercan, que caerán en la plaza principal un día de febrero cuando todos estén de vacaciones?*

Ella sale con una bolsa en la que van un pedazo de pan, arroz y medio kilo de carne picada.

El loco actúa en sintonía, pasa por ahí únicamente los días martes. Tiene un programa de recolección. Algunos metros antes abandona el centro de la calle para acercarse a la vereda de esa casa donde una mujer sale a darle cosas. No quiere asustarla. Suele persignarse como si estaría

ante una santa mientras repite palabras en latín, que aprendió cuando el padre Luigi Bosca lo cobijaba en el seminario.

Sonia está obsesionada con esta persona que no anuncia en qué año sucederá el fin del mundo y le ha preguntado infinidad de veces. – Pronto, pronto–, responde siempre Esteban. Pero ella no se siente triste, mantiene la esperanza. Fue defraudada muchas veces por agoreros de moda. Por eso, el pronto, pronto, es como agua bendita que la rejuvenece y aplaca su ansiedad por el más allá.

Otras vecinas le contaron que Esteban es hijo de desaparecidos, que se lo habían apropiado pero lo devolvieron al saber que no era epilepsia lo que sufría, que aquellas secuelas eran consecuencia de la picana que le aplicaron a su madre. Ahí fue cuando se lo entregaron al padre Luigi.

Sonia no entiende nada. Cree que Esteban ha hecho un túnel con conexión a todas las casas, que ha logrado perforar la ciudad como un gran queso gruyere.

Dicen que está esparciendo semillas y se hace la que no entiende. El barrio es un conventillo. Las mujeres comentan que damas de la alta sociedad lo buscan a Esteban y que cada día nacen niños rubios con ojos azules.

Los pájaros lo buscan a Esteban, cuando el cielo está plomizo. Son los días en que reparte las migas de pan que se acumularon en los bolsillos de su saco.

Son los mismos días que afectan a Sonia, cuando la soledad la ataca en sus lugares íntimos, causándole un terrible dolor de cabeza.

Son esos días en que aparece la tristeza, cuando Esteban tiene una carga de electricidad estática que le da un brillo particular a sus ojos, como si salieran chispas de su mirada.

El seminario le había dado la existencia e incluso la protección. El padre Luigi creía que Esteban era un manosanta. Cuando se lo entregaron le habían comentando que antes de nacer lloró en el vientre de su madre. Sin embargo, la tortura indirecta le dejaría otras habilidades físicas y mentales.

El martes amaneció nublado. Sonia emprende una lucha contra el tiempo, contra la desgarradora ausencia. Prepara la bolsa y los comestibles. Quiere detener el reloj cuando se acerque la hora. El esfuerzo que ella realiza se ve coronado, llega a la vereda antes que Esteban.

Ahora lo ve diferente, camina como si tuviera un chispotorreo, como si le agarrara corriente. La cabeza se mueve distinta, como asintiendo, su mentón pega con violencia en el esternón.

Sonia escucha: *cometa, centellas, rayo cósmico*. La bolsa hoy está abandonada en el suelo porque ella oculta su corazón y el ansia de abrazarlo, de besarlo.

Esteban se da cuenta que algo le pasa a esa mujer, jamás le preguntó su nombre. La humedad lo está matando, sin pensarlo o pensando en agradecerle, la toca sin proferir una palabra. Sonia se esfuerza en sonreír, lo toma de las manos y lo guía al interior de la casa.

Alguien escucha detrás de la puerta: –Pronto, pronto, rayos, centellas, niños de ojos azules...

BURNOUT

La nube de polvo se levanta en la distancia, es el aviso de posibles visitas. El Negro se preparó dispuesto a salir del ocio de la tarde, pero volvió a quedarse inmóvil. Decidió moverse solo si el vehículo doblaba en la entrada del camino al rancho.

Ramiro, el hijo de Eulogia, no estaba en la casa. La mujer tampoco. Ella había ido al pueblo de Valle Viejo, aprovechando los vehículos mineros que bajan de la montaña, una vez al mes. Luego, para volver, tenía que esperar a la vera de la ruta, cerca de un cruce principal.

El Negro también pensó en la posibilidad que el vehículo no entrara hasta el rancho, que dejaran a Eulogia en la huella que se abría hasta la casa. De ser así, ella llegaría caminando. De todos modos podría ver, si el vehículo giraba o no. La visibilidad se estimaba en ciento veinte metros y desde esa distancia tenía tiempo suficiente para observar quiénes eran los visitantes. Sí venía Eulogia, no era necesario tener que recibirla.

El mediodía marcó cincuenta grados a la sombra. Estaba habituado al clima infernal, al letargo. Aquí no hay movimiento alguno, ni en el aire, ni por tierra. Ningún pájaro deja el nido, ninguna lagartija abandona su escondrijo. El verano es mortal, repetía Eulogia, si no te mata, te vuelve loco. Y confirmaba esa sentencia agregando: “Míralo a Ramiro, lo dejé a la sombra de la roca y para cuando escuché el llanto, ya era tarde. El trapo mojado ya no servía de remedio, no hubo forma de calmarlo, la cabeza le hervía, el sol le quemó los sesos”.

Juanjo Alegre maneja la Ford doble cabina observando el marcador de temperatura, que hace rato bordea el rojo. El vehículo adentro es un horno, afuera un fuego vivo. *Es como estar sobre la parrilla, en cualquier momento estamos asados*, cavila en su interior. Se reprocha el haber aceptado acompañar a Pascual en esta aventura. Conduce nervioso,

teme quedarse tirado en el camino, esa inquietud lo agobia, piensa que la Ford ya tiene su desgaste, lleva muchos años desplazándose con el mantenimiento básico.

Pascual va a su lado, renegando, lanzando maldiciones, de pronto rompe en carcajadas diciendo: –Que frío compadre–, mientras le acerca la botella de agua tibia, agrega: –Aunque sea enjuágate un poco la boca–. Juanjo acepta la sugerencia, después se esparce un poco del líquido sobre la cabeza. La brisa, producida por la baja velocidad, le devuelve una sensación de frescura, solo por unos segundos.

El camino hacia atrás es polvo en suspensión. Viajan con las ventanillas abiertas. La transpiración se convierte en una capa marrón clara que va quedando adherida en los rostros. Están llegando al cruce, por ahí deben doblar. Una persona parada en la orilla del camino hace señas, la ven casi al mismo tiempo.

–Al fin un alma–, dice Pascual.

–Una posibilidad, amigo–, agrega Juanjo mientras aminora la velocidad.

La Ford gasolera deja escuchar el traqueteo del motor y se va deteniendo en forma lenta, casi al lado de la persona, que a pesar del calor, está totalmente cubierta. Solo se le ven los ojos. *¿Tendrá calor?, o ¿estaremos en Arabia?* Se pregunta Pascual. El sujeto comenzó a desenrollar el pañuelo que envolvía la parte inferior de la cara. La voz es de una mujer mayor: –Voy para más adelante, como a cinco leguas, ¿Me pueden acercar?– Pascual ya está abajo, abriendo la puerta trasera, acomodando cosas del viaje. Precisa hacer un lugar para la mujer y los bultos que lleva. Pronto retoman el camino, Pascual abrió el diálogo, ofrece agua que la señora no acepta, prosiguió con su acercamiento, entregándole el pedazo de roca y preguntó: –¿Vio usted, por estos lugares, algo parecido a esa piedra?–, Quedó esperando la respuesta con el corazón y la respiración detenidos. La mujer demoró en responder, mientras la devolvía dijo que era una bonita piedra. No advirtió la desilusión de Juanjo que sigue manejando con un ojo en el marcador de temperatura y el otro en el camino, desesperado por encontrar un pozo o algo que haga sacudir la camioneta y así poder deshacerse del pedo contenido

y de la duda, porque no sabía si lo iba a expulsar con sonoridad y algo de líquido. Mientras tanto, Pascual reflexiona, saca la triste conclusión que a la mujer no le interesaba la piedra, *ni la vio; vieja chota*, pensó—. Como una formalidad le comentó que esa piedra estaba cortada y pulida, por eso su brillo la hacía linda. La persona que se la regaló le mencionó que ese tipo de roca se hallaba por estos parajes. Lo del obsequio era una mentira, pero a la mujer no le importaría saber que la había pagado cara. Volvió a preguntar si no vio alguna piedra parecida, con ese mismo dibujo, la mujer fue contundente: –No señor, por acá las rocas son oscuras–. Juanjo Alegre está al borde del síncope.

La piedra es de una zona cercana a Valle Viejo pero las empresas mineras no la buscan, para ellos no tiene valor comercial. Para Juanjo y Pascual es un filón, cortada y pulida se transforma en una artesanía, carnada perfecta para turistas.

La mujer dijo que ella no conocía los lugares y brindó una esperanza a los hombres al comentar que Don Rosendo podía saber algo. El efecto fue inmediato, el codazo aplicado de improviso en las costillas hizo que Juanjo expulsara el gas sin ruido, por un momento abandonó los ojos del marcador de temperatura. Mutó su semblante normalizando el ritmo cardíaco.

–Don Rosendo– repitió Pascual en voz alta–, –¿y dónde vive?

–Siguiendo este camino, un poco más allá de mi rancho.

El cordón montañoso se veía lejano, no valía la pena preguntar por kilómetros, la mujer se manejaba en leguas y eso también era una medida. Pascual prosiguió con la conversación e inquirió cuantas leguas calculaba. Obtuvo como respuesta un poco más que cinco. El clima pareció cambiar un poco. La altura y la hora de la tarde eran la causa. Ahora se aferraban a don Rosendo, a esa posibilidad y escuchaban sin atención a la mujer que hablaba haciendo referencias de su vida. Se llamaba Eulogia, era viuda, su marido había fallecido en un accidente minero, tenía cincuenta y cinco años pero aparentaba más. *Está hecha hilachas la vieja*, era el pensamiento de Pascual. Nació y vivía por aquí nomás. Los dos se mostraron preocupados cuando la mujer mencionó a

su hijo Ramiro, quiso sollozar cuando narró, la vez que, siendo un bebé, el sol le quemó los sesos. De pronto, levantando el tono de voz, gritó:

—Allí, allí. Pare dónde se ven esas piedras amontonadas.

Juanjo estaba intrigado, no había casa, ni señal de vivienda. Abandonando el marcador de temperatura giró la cabeza para consultarla: —¿Pero, usted, dónde vive?

—Ah, mi casa está entrando por la huella de la izquierda, bordea el cauce del Río Seco. Hay que tener cuidado, no sé si va a poder pasar con este vehículo.

Los ojos volvieron al marcador de temperatura, parecía que la aguja indicaba unos grados menos. Pascual saca la cabeza por la ventanilla y grita, como un desahogo: —A este vehículo no lo para nadie. Juanjo Alegre vira a la izquierda.

El arenal de la planicie finaliza unos quinientos metros antes del la cañada. La destartalada camioneta avanzaba lenta. Ramiro no había regresado a la casa. El Negro podía verlos. Desde el ostracismo, en la soledad del rancho, adivinó que el vehículo no era de la actividad minera, tampoco era un auto, le sería imposible transitar por estos caminos. Pudo visualizarlo en la distancia calculada, en esos ciento veinte metros que los separaban de la huella hasta la vivienda. Era una máquina rara. Un poquito más adelante escuchó el ruido del motor, un traqueteo vibrante penetrando sus oídos, invadiendo su cabeza. El sol lo venía derrotando desde hacía varios años. Seguía con el dilema, moverse o no. No había sorpresas, la estela permanecía en el horizonte. Dudaba en salir a recibirlos, y se quedó esperando. El conductor buscó la única sombra que proyectaba un arbolito sobreviviente a las sequías.

Y el Negro recordó al viejo Barboza, cuando afirmaba que no habría otra seca igual a la del año veintitrés. Fue tan extrema que para beber filtraban la orina de toda cosa viviente. Era como si los animales supieran que debían mear en las ollas. Doña Eduviges Soria, madre de la Eulogia, le daba la razón al viejo y comentaba después que pasó la malaria, a todos, en secreto, que ella pajeaba al burro a diario, y mezclaba el semen con algunos alimentos y reía al decir que el animal colaboraba sin quejarse. “Mijito, el animal se ponía contento cuando me veía venir,

nadie murió en esta comarca, había que sobrevivir, mijito”—, remataba doña Eduviges. Los dos eran mentirosos, cuenteros y cómplices.

Dos hombres descendieron del vehículo, también Eulogia. Los pensamientos del Negro cambian, —¿Qué andarán buscando?—. Porque algo buscan. Sí habrán pasado arriesgados por estos cerros, escalando sin fortuna. Todos se disfrazaban de exploradores. Solo uno se animó a preguntar, de modo inocente, sí no sabíamos dónde había oro, a lo que la Eulogia le contestó alterada: —Si supiéramos eso, hoy estaríamos viviendo en Disneylandia.

Eulogia se encamina para la entrada, los hombres vienen ayudándola con la carga. No saludó, ella era así:

—Córrete vos, dijo y mirando a las personas lo presentó: —Este es el Negro, tiene quince años, y agregó la injuria: —No sirve ni para mirar quien viene.

Luego rompió en gritos, era algo característico en ella, llamaba al Ramiro: —Raaaamirooo, Raaaamirooo—, voceando en dirección a la hondonada que estaba al fondo del rancho.

El chico también vio el polvo del camino. El eco de la quebrada trajo la voz de su madre llamándolo. Volvía apurando el tranco, jadeante, quince minutos lo separaban de la casa. La mujer ofreció asiento señalando un banco largo de madera. Desistieron excusándose por el viaje y como un acto reflejo estiraron las piernas. Ofreció agua fresca; los hombres aceptaron, Eulogia introdujo un jarro en la tinaja ubicada en una oscura esquina del humilde rancho. La tarde avanzaba sin que se dieran cuenta. Eulogia hizo fuego en un brasero, ofreció mate, que admitieron sin dudar. La mujer dijo que tenía unos catres, que podían quedarse a dormir y partir a la mañana, en gratitud al viaje, de cena haría una sopa de cebollas, que ambos consideraron una buena idea.

Ramiro venía en subida con el último esfuerzo, escuchaba voces. Llegó y abrazó fuerte a su madre. El chico se mostró apaciguado, intranquilo cuando escuchó a su madre que lo presentaba: —Este es Ramiro mi hijo, como les conté, le falta un poco, porque el sol le quemó la cabeza cuando era bebé—. Ramiro, ante esa acción maternal debía dar lástima y aprovechando el cansancio que traía, dejó escapar un poco de saliva por

un costado de la boca, a la vez movió un ojo quedando bizco, con el otro observó las reacciones de los visitantes que más tarde se transformaban en samaritanos al dejar cosas para el sustento. La madre le alcanzó el jarro de agua que era una lata con un alambre exterior de manija. El chico tendría aproximadamente dieciocho años, bebió con desesperación. Sabía que cuando andaban visitas no debía hablar y en caso de hacerlo, solo monosílabos saldrían de su boca o palabras sueltas resaltando y alargando las vocales. A Ramiro alguna vez lo confundieron con un opa salteño. Desde entonces también le quedó el sueño de viajar a Salta.

¿No va a la escuela?, preguntó Pascual,

—No, señor ¿adónde va a ir? Aquí no hay escuela. Cuando mi marido murió, él era chico, ya había ocurrido la desgracia, lo poco que sabe se lo enseñó yo señor, todo gracias a Dios.

Llegó la noche. Algunas velas encendidas dieron claridad suficiente a la habitación. La sopa fue consumida sin problemas a pesar de la desconfianza por uno y otro trocito extraño que fueron tragados con dificultad. Tenía sabor a cebolla. La nota la dio el Negro que sorbía con mucho ruido y eso generaba miradas graciosas entre estos seres creando un ambiente fraternal.

Eulogia le avisó a Ramiro que debía acompañar a los señores hasta lo de don Rosendo. A los hombres: —No hace falta traerlo hasta la casa, basta con que lo dejen en la entrada nomás—. Bajo el alero se pusieron los catres y una cobija, por las dudas. Juanjo calculó la temperatura en treinta grados bajo el cielo estrellado. Antes de acostarse se alejaron de la casa, encendieron cigarrillos y conversaban en voz baja. El Negro, él que no servía ni para mirar quien viene, al observar que se alejaban, rompió la quietud, se acercó camuflado en la oscuridad que lo amparaba y escuchó: —Le mostramos la piedra al chico y vemos que dice, lo podemos tentar con unos pesos por cualquier información.

Amaneció, el sol despuntó a las seis treinta. El brasero ardía, arriba de él la pava quemada echaba vapor. El matecocido estaba demasiado caliente. Pascual se quemó la lengua de movida, por eso, ahora, antes de sorber, sopla despacio recordando al Negro y la sopa. Eulogia seguía con recomendaciones, preocupada por Ramiro, decía: —No le hagan caso, él

entiende, anda así, como tonteando, pero es muy bueno, diga que lo cuida Dios—. Esa mañana el Negro estuvo a punto de hablar, *lo cuida Dios*, pensó enojado. Eulogia nunca le había dado crédito ni rédito. El Negro no era Dios, pero siempre estuvo cerca, cuidando del Ramiro, salvándolo de situaciones que pudieron ser un desastre.

A las siete todo estaba listo para la partida, Ramiro ocuparía el lugar en que viajara su madre. El Negro se subió a la caja de carga de un solo salto, no lo habían invitado pero la ocasión exigía estar acompañándolo. Nadie dijo nada. Agitaron las manos en señal de saludo y retomaron el árido camino. Pascual le mostró la piedra en forma inmediata y esperó, Ramiro parecía embobado, abría bien los ojos y la hacía girar en sus manos, —q u e l i n d a e s—, dijo estirando las palabras. Eso le dio pie a Pascual para insistir sobre alguna roca semejante, sin el brillo, —No, e n e, o, no—, exclamó Ramiro mientras seguía sosteniendo la piedra.

A los diez minutos divisaron un vehículo que venía de frente. La ansiedad se apoderó de ellos, otros más para preguntar por la roca. Juanjo intentó hacerlo parar con señas de luces, cambiando la posición de alta y baja de modo continuo. La camioneta minera pasó acelerador a fondo y los dejó envueltos en polvo.

La desilusión ya era parte de Juanjo. Mientras conducía, pensaba en las constantes adversidades de Pascual. Cuando quiso venderle gallaretas a los chinos, afirmaba que los asiáticos con el hambre que estaban pasando se comerían hasta las plumas. Las gallaretas no pesaban mucho, apenas unos cien gramos, pero el costo de envasarlas y exportarlas las volvía caras. La carne sabía a podrido por más aditivos y condimentos que le pusiesen. Carroña incomible. El negocio fue un fracaso rotundo. La inversión anterior fue peor, el gasto que realizó tratando de importar camellos y canguros. Defendía su idea afirmando que esos animales no precisaban mucho para sobrevivir: “Acá, en estas tierras, se volverían gordos, carne barata para la población”.

Ahora Pascual alucinaba con esa piedra, la historia podía cambiar. La roca tenía un dibujo semejante a una rosa con pétalos, pulida su color violáceo la hacía única. Podía tener mil utilidades, hacerlo millonario era una de ellas. Ramiro lo sacó del trance, indicaba tartamudeando que

debía doblar. El paisaje distinto, un llano al pie del cerro, a quinientos metros aparecía una especie de casilla. Desde lejos se veía una silueta, era don Rosendo. Venía caminando, cuando la camioneta se detuvo a su lado. La impresión de ver tantas arrugas juntas los llevó a determinar que el viejo debía tener como cien años, pero se lo veía fuerte. La breve charla terminó cuando los invitó a la casa, lo subieron al vehículo y en unos minutos ya estaban bajando otra vez.

Un tronco seco servía de asiento, otros pedazos chicos completaban la rueda, en uno de esos Don Rosendo se acomodó cruzando las piernas. Le mostraron la piedra, dijo que no la conocía, que ya no veía bien, la creía muy bonita. No, tampoco vio alguna roca parecida. Pero sí decían que era de esta parte, en algún lado estaba la cantera. Como sufría de soledad, se largó a hablar. Les contó que en el cerro había una cueva que no tenía final, que él había entrado y la fue recorriendo durante muchos años, una vez hizo un viaje de tres años por ahí adentro, cuando regresó había perdido treinta kilos. No iba a contar las maravillas que había visto, no podía describir los colores. Juanjo pensaba en estalagmitas, estatalitas y demás yerbas, pero no quería interrumpirlo. El viejo seguía contando, Pascual pensaba: *Si estuvo tres años recorriendo la cueva podría estar otros tres contando historias*. Ramiro lo miraba embobado, su imaginación a full. El Negro tenía ganas de reír fuerte, los demás ignoraban que el viejo era hijo de Barboza y había heredado la mitomanía. Don Rosendo coronó su esfuerzo cuando dijo, que por su edad ya no se aventuraba tanto. Recordó que dos años atrás había salido un hombre de esa cueva, casi desnudo, apenas con un taparrabo y una vincha, él se había escondido detrás de una roca grande, desde ahí lo observaba, parecía japonés, Pascual trae a la memoria a los chinos y las gallaretas. Don Rosendo hace una pausa larga adrede, ese silencio lo lleva a Juanjo a preguntar:

—¿Y qué pasó don Rosendo?, —obteniendo como respuesta:

—Se metió de nuevo en la cueva y no lo volví a ver más.

Juanjo se quiere cortar las bolas y decide no escucharlo.

Pasaron dos horas y media, ahora el viejo cuenta cuando descubrió una veta de oro: —El lugar es un sitio difícil de acceder, los ojos de Pas-

cual brillan como piritita, Don Rosendo continúa: —Solamente un día del año se puede ubicar. Siempre que uno esté en el lugar a la hora exacta, cuando al mineral le llega el rayo de sol y un destello se refleja sobre una pared oscura del cerro. Ese refucilo, la primera vez me tomó de sorpresa y casi caí a un precipicio—. Expresa que él ya es viejo para intentar explotar el filón. Quiere invitarlos a comer, la mirada de los visitantes mayores es fría, la seña de Juanjo, hecha con la mano, es para irse.

Lo llama aparte a Pascual para decirle lo que ya Pascual intuye: —Si este viejo no sabe, no vamos a encontrar a nadie que conozca de la roca, el que te la vendió, te hizo un verso, mejor nos vamos—. Se despidieron del viejo.

El viaje de regreso parece más corto, el camino más áspero. Ramiro saca baba, sí lo miran junta los ojos. La vista de Juanjo esta en el marcador de combustible, se aferra al volante. Pascual, siente el calor como una llamarada, la transpiración le corre por la espalda. El asiento esta empapado. El sol dibuja a lo lejos una engañosa laguna. Espejismos, piensa Pascual, imagina figuras de gallaretas, de camellos y canguros. Espejismos, piensa Juanjo, mirando de reojo a Pascual y a la piedra pulida.

Ramiro vuelve a tartamudear, a efectuar malabarismo con sus manos. Juanjo, en un acto reflejo, pisa de golpe el pedal del freno, da un giro al volante para doblar en la huella de entrada. El Negro, que viaja en la caja, ante la maniobra sorpresiva, sale despedido del vehículo, rodando por el declive de la ladera que baja al río seco, es un remolino horizontal levantando tierra. Veinte, treinta, cuarenta metros y queda inmóvil.

—Que caída—, se escucha decir a Pascual.

Bajan del vehículo para auxiliar. El Negro ya está parado, en apariencia indemne. —Está bien—, grita Juanjo que llegó primero.

Ramiro pega saltos abriendo los brazos y las piernas, como en una foto artística, Pascual advierte la alegría y cree que tiene dos motivos; el retardo mental y porque al Negro no le pasó nada. Ramiro cae de rodillas y ríe a carcajadas. Se olvida del hablar mal. —¡Señores, señores, acá está, acá está!—, reitera con inusitada alegría: —Acá está—. Pascual corre

los pasos que los separan, una grieta bajo el lecho del río seco muestra rosas petrificadas. Lloro, a Juanjo también se le caen algunas lágrimas y piensa: *Ahora hay que sacarla de ahí abajo, ¿la vieja tendrá títulos de propiedad?* Pascual corre hacia el vehículo a buscar una pala de mano, se imagina armando un galpón, trayendo equipos y máquinas.

Ramiro tomó la huella del rancho, va cantando: –Money, Money–. Por detrás marcha maltrecho, por la caída, El Negro, su perro.

NASCA SIDERAL

Cuando Cacho Pichiñanco, el arqueólogo, se encontró en la desértica planicie, advirtió que la huella de sus pasos dejaba ver en la superficie otros matices de areniscas.

Un blanco tiza quedaba al descubierto. Se detuvo y con dificultad se puso en cuclillas mientras sus manos inquietas inspeccionaban el suelo polvoriento.

A la primera impresión le siguió la sorpresa de observar que los colores eran gránulos compactos. Costaba separarlos al tacto. Eran parte de líneas y formas geométricas extendidas en gran longitud.

A medio kilómetro de allí se veían unas lomadas. Se encaminó con la esperanza de contemplar, desde esa altura, la perspectiva de esos extraños trazos, que a su entender, representaban un enigma para develar secretos de la humanidad.

Después de un trabajoso ascenso, desde la cúspide y echando mano a la imaginación, le pareció identificar figuras conocidas. Mientras resolvía, de forma mental, que era imprescindible realizar la observación desde arriba de un avión.

Cacho Pichiñanco sabía del mito oral escuchado por otro colega. Un testimonio que provenía de una cultura más antigua. Relataban la presencia de ocultos habitantes que moraban en ese desierto. Escasos de agua y de recursos, sobrevivían ajenos y lejanos a la cultura del Inca.

No supo en qué momento de la tarde comenzó a desandar la ruta transitada. La satisfacción se podía ver en su mirada absorta, plena de concentración. Divisó el precario campamento donde lo esperaba su escritorio de campaña. Traía apuntes para pasar en limpio. Al proyectar esos trazos geológicos sobre el papel su entusiasmo fue tal que decidió

retornar esa misma noche a la población cercana, seis horas de marcha lo separaban.

Bajo el poncho de estrellas y al fresco nocturno, el cansancio no se notaba, a pesar de sus sesenta y cinco años su estado físico era juvenil. Su profesión así lo demandaba y su actividad, sostenida de modo continuo, lo mantenía en forma.

Quizás este era su último trabajo. Ahora podría retirarse haciendo un descubrimiento de índole mundial, llevarse el crédito y dedicarse a brindar conferencias. Podría recuperar el prestigio y el dinero perdido en búsquedas fallidas. Algunas de un modo estrepitoso.

Su honestidad le impidió quedarse con parte de sus descubrimientos. Supo vencer la tentación que le provocaban las piezas de oro y siempre las entregó a quienes eran sus legítimos dueños.

El sol aun no asoma detrás del cordón andino y Cacho ya está entrando al salón comunal de Arequipa. Son las siete de la mañana. Este el único sitio social. Una especie de despensa de provisiones y despacho de bebidas. Sillas con sus respectivas mesas sirven para conversar y beber. Allí estaba, su bella cabellera pelirroja sobresalía en cualquier lugar, a sus treinta y cinco años tenía la apariencia de una mujer fatal. Al saludo del –Buen día, ¿cómo estás?–, le siguió: –Ya estoy contigo–. Sus pasos ligeros tomaron camino al baño. A despejarse, a intentar derrotar el agotamiento. Mirarse feliz en el espejo, sin poder ocultar su sonrisa, esa alegría de saber que se está delante de algo extraordinario.

Cacho ahora tiene alas en sus manos, está desplegando sus planos, láminas. Aflojando su lengua para confesarle y mostrarle a María Reuque, los hallazgos del día anterior.

Pronto están en Lima buscando alquilar una avioneta para sobrevolar el lugar. Desde arriba comenzarán a tomar forma, una araña, un mono, un colibrí, un pez. También pueden observar otras líneas, como paralelas, que semejan una pista de aterrizaje.

La cercanía de las butacas hizo posible que Cacho y María se besaran con inconsciente deseo. El beso hizo desaparecer la diferencia de años.

La atracción nunca antes se había manifestado de esa forma. Los momentos de trabajo compartido y el afecto que se tenían, solidificaron una amistad, el cariño mutuo. Pero ahora, el cielo, las nubes, el descubrimiento, resultaban testigos de un incipiente amor.

La avioneta comenzó el descenso. El piloto, don Juan Colque, oyente de los sucesos, osó decir: –Me parece que don Cipriano Guagua sabe de esas rayas y dibujos, pueden ir a verlo, él vive en el barrio Miraflores, cerca de la Barranca, allí todo el mundo lo conoce, será fácil ubicarlo.

El viejo Cipriano, apodado Chirino, estaba próximo a los noventa y cinco años. Cacho Pichiñanco lo encontró afuera de una precaria vivienda sentando en un banco largo. El huaquero, viejo saqueador de tumbas, parecía como si lo hubiera estado esperando, pudo comprobarlo porque sin mediar consulta, ni saludo, ni pregunta, el viejo comenzó a narrar: –Mi padre lo escuchó de su padre y este del suyo. Así fue retrocediendo en el tiempo. Relatando como era la vida comunera, hasta el momento en que apareció Viracocha, cuando la noche se volvió día, y el pájaro de las estrellas detuvo su vuelo en medio de la meseta de Nasca.

La charla, interminable, seguía su curso. La atención de los arqueólogos, a medida que transcurrían las horas, era cada vez mayor. Las descripciones querían materializarse en el aire, ocupar el lugar a su alrededor. Sucedió algo mágico, y así continuaron, hasta que la voz de Chirino empezó a tener como un eco, como si comenzara a alejarse. Lo escucharon decir: –Todo está escrito y explicado en la cueva del Suri, allí se conservan las cosas que dejaron, ellos nos enseñaron que en el cielo están dibujados los leones, los peces, las arañas, los toros. Estuvieron poco tiempo, pero dejaron las primeras semillas de maíz y el mensaje que volverían a vivir aquí. Por eso es necesario que esas líneas no desaparezcan de la planicie. ¿Usted dice que las vio? Entonces está todo bien, como ellos querían. Igualmente el cóndor le avisa al viento y éste se encarga de mantener limpia el área–. María quiso preguntar, fue como si Chirino le leyera la mente. –No, no puedo llevarlos a la Cueva–. Cacho alcanzó a decirle gracias. Quiso abrazarlo, pero el viejo en un rápido giro, se perdía en el interior de la morada de adobe.

María extendió su brazo hacia Cacho y lo tomó de la mano, juntos emprendieron el regreso.

La noticia de la desaparición de los dos arqueólogos no fue comentario. Sus vidas eran un interminable viaje al pasado. Hoy aquí, mañana allá. Sin lugar fijo. Los que buscan suelen hallar, pero a ellos nadie salió a buscarlos. Nadie los reclamó.

Cuentan los ancianos amautas que en la planicie se divisan luces. Señales. La espera ancestral está llegando a su fin.

EL VIAJE DEL EGO

José se desprendió del ego con mucho esfuerzo.

Las primeras horas caminó sin rumbo, sintiéndose vacío. Algo le faltaba. El trayecto, en cada paso, se encargaba de recordárselo. Era una voz que le decía: Sin el ego, no hay lugar adónde ir, ni objetivos que soñar.

Vagaba sin destino ni razones, el libre albedrío no lo llevaba a ningún lado. Pensó en recuperarlo y actuó en consecuencia. Volvería al lugar de la resignación. Aceptando que esa acción fue una equivocación. Sin él no podía continuar el viaje. Pero las dudas lo asaltaban, el camino de regreso era un martirio, sus pasos inseguros. *¿Y si el ego, no quería volver con él?* Las ideas que se le ocurrían tampoco servían de mucho, eran estrellas fugaces. Sin el ego, cualquier planificación personal no tenía sentido y carecía de originalidad.

Próximo al lugar, pensó en hacerse perdonar, le parecía lo más lógico. Mentir que lo dejó olvidado, que no supo cuando lo perdió. Que apenas se dio cuenta, solo pensó en recuperarlo, en ese momento ansioso del reencuentro; Abrazarlo y decirle: “Aquí estoy de vuelta”. Pero el ego no le creería, desconfiaría del amor, era una carga muy grande, y por eso resultaba difícil esa falacia. Además *¿Cómo explicar el conocimiento exacto del extravío?* Eso podría ser simple, haber retornado por la misma senda.

La situación se tornaba compleja. Analizar el por qué ocurrió este hecho de abandono comenzó a atormentarlo. Él sabía las razones que lo llevaron a tomar esa decisión. Fue difícil desprenderse de algo que lo acompañaba desde su nacimiento y no morir. Creyó que el ego se había apropiado de su vida y ahora descubría que era también su fortaleza. *¿Era un error?*

Sin ideas establecidas ni argumentos sólidos, se produjo la colisión; El ego lo saludó primero:

–José, José... José, me abandonaste, por eso doy por sabido que yo no tengo que explicar nada. Ser original y único, es ser un bastardo en la naturaleza. Un necio. Un clonado cobayo social con la panza llena. Qué hubiese sido de tu vida sin la soberbia ayuda que te di.

El ego había dado en la tecla. Ahora José tenía la oportunidad de usar su lengua. Ofendido, herido en su orgullo, consideró que no debía hacer de Atlas. Solo despedirse con formalidad. Decirle con buenas palabras que ya no estaban juntos. No intentar otra cosa, ni tratar de convencerlo de nada. Era hora de la separación inteligente y sin ningún acuerdo posible. Usó la dialéctica con la seguridad de ganar la pulseada, *¿que podría saber el ego en su altivez? Sí nunca transitó el llano.*

José quería estar solo en la vida, ser nadie, un insignificante gusano, inservible a la cadena alimenticia. Una sombra transitando lugares oscuros. Pero el ego seguía con su diatriba:

–¿Cómo que no hay horizonte?, ¿Cómo que no existe una luz capaz de encandilar al sol que conocemos?

Qué inmenso era el ego, no podría cargarlo. En esa pequeña ausencia se había desarrollado más y era una paradoja. El converso incauto era él. Revolvía en su interior, alentaba cualquier pasión con una serpenteante e infinita inspiración. Era el ego quién lo cargaba a él. Había cometido un error garrafal al buscarlo. Tendría que haber huido hasta desaparecer. Ahora era al revés, el ego se había desprendido de él y no mostraba su arrepentimiento, jugaba a no poseerlo de nuevo. Omnipotente como un Dios.

José derrotado escapó sin camino, sin preocupaciones. Hoy no tiene identidad, ni circunstancias, ni mundo donde insertarse, Su libertad no es tal, tiene restricciones legales. La dimensión de su pureza está en la ignorancia plena. Ahora anda como un ciego en una ciudad extraña. Sin bastón ni lazarillo, tropezando demasiadas veces, cayendo y levantándose cada vez. Pero al estar de pie y volver a dar un paso, siente que desborda fronteras. Es una pieza perdida en el rompecabezas del sistema. La naturaleza de la imperfección lo cobija, aquí no existe mediocridad ni

excelencia. Aquí no se ve el dedo acusador, la confabulación pecadora. Sin comprensión radica el absurdo de apostar por la quimera. Su medida justa es respirar el día, poder alimentarse, tomar agua. La intemperie deja sus huellas, su ropa raída fue reemplazada por una túnica oscura. –Un mendigo–, dijo un niño que pasó corriendo cuando José entraba a una nueva ciudad. Su aspecto había desmejorado, su barba crecida, su pelo enmarañado, le daban la imagen de suciedad, ni siquiera aparentaba ser un ermitaño. Sus ojos buscaron un lugar donde asentarse y estirar la mano. La plaza convocaba al reconocimiento de los que allí se mostraban. Eran los mismos que presenciaron el vía crucis. Algunos se saludaban con grandilocuencia, otros solo cuchicheaban al observar algún pequeño detalle. Mundanos, ya los había visto en su paso por otras aldeas, pueblos, metrópolis. La cáscara que forman las castas privilegiadas en cualquier parte. Las miles de deidades que veneran olvidando al hombre. Escuchó un murmullo: “Este pide y no ofrece nada, ni siquiera hace cabriolas para entretener”. Y era verdad, José fue desaprendiendo el hacer, ya nada sabía. Era el predicador mudo, conocía el alma humana y la semblanza de las personas cuando obraban. Jamás volvió a decir gracias, dejó de hablar el día que lo venció el ego y ahí supo que igual lo perseguiría hasta la muerte. Vivió temiendo, esperando que le diera alcance, pero eso ya no sucede, a la distancia no es visible.

LA MANZANA PODRIDA

Con pasos rápidos llegó frente al reloj para comprobar que solo estaba quince minutos retrasado respecto al horario de entrada, ocho de la mañana. Sus ojos y sus manos buscaban la tarjeta de asistencia. El segundero del reloj hacía un ruido mecánico. Sonaba a un golpecito metálico constante que se introducía en su mente y lo molestaba. El tiempo era inexorable. Sacó uno por uno los veinte registros de trabajo, cerciorándose que efectivamente el suyo no estaba en el casillero.

Procesó el inconveniente, su conexión cerebral lo llevó a una conclusión certera: El jefe de personal la tenía sobre el escritorio. Alberto cruzó en su camino las diferentes secciones de la empresa rumbo a la oficina donde se desempeñaba. Esperaría la sentencia.

La película del trabajo comenzó a desarrollarse en su memoria. Él no era culpable. La ciudad estaba enloquecida, manifestaciones, piquetes, tránsito. Colectivos fuera de hora y recorrido, eran las batallas cotidianas que debía enfrentar. Desde el lugar donde desarrollaba su tarea no podía advertir si existían otros infractores, pensó que era el único en llegar tarde. Los gabinetes tenían una altura especial y solo estando parado se observaba en general. Con el correr del calendario y por las conversaciones dedujo que todos padecían los mismos inconvenientes. Tardó en descubrir que el trato era preferencial, de acuerdo al criterio del jefe. Eso quedaba demostrado cuando Julieta, la blonda, llegaba tarde. Ese día, a ella le bastaba usar una diminuta minifalda y desprenderse algunos botones de la blusa.

Alberto suponía que siempre la llevaba en la cartera, que más que cartera era un bolso de mano. Imaginaba que se iba poniendo la minifalda en el ascensor, mientras subía al piso más alto del edificio para someterse a la ¿reprimenda? del jefe de personal.

Rebobinó todo el film. La primera vez el jefe lo convocó de forma inmediata al despacho. Allí se encontró disminuido y adoptó la pose lógica de quien está en falta. En su explicación también usó una voz monótona para referirse al accidente del colectivo, al trabajo policial y a su estupidez de novato. Demasiado tarde advirtió que él era el único pasajero, los demás se habían bajado rápido del ómnibus, mezclándose con los transeúntes y curiosos que miraban a la señora atropellada esperando la ambulancia. Respondió el interrogatorio a un oficial de la policía: *Él viajaba al medio, no sabía en qué color estaba la luz del semáforo, reconoció que el chofer había frenado en un intento de evitar la colisión, porque experimentó el movimiento brusco antes del impacto. Confesó no haber escuchado gritos ni saber por qué sucedió el accidente.* El oficial de ojos vivaces, le confirmaba que era un verdadero estúpido. Era tarde para mentir, la idea de brindar datos falsos se esfumó cuando requirió y requisó el documento de identidad mientras le decía que quedaba en condición de testigo para los trámites pertinentes. Es decir; a disposición de la burocracia legal que iba a envolverlo en su red. Alberto pensó que no había llamado al trabajo para avisar del percance, pero en ese momento el oficial le decía que se fuera—. Tomó un taxi. El jefe escuchó sin interrumpirlo, es más, su silencio ayudó a que Alberto pudiera referir la historia con sumo cuidado hasta agotar el relato. No olvidaría la sonrisa ni la contundente ironía cuando expresó lentamente:

—Lindo cuento te mandaste Alberto.

Eso desató la ira. Se escuchó diciendo: —¿Usted me trata de mentiroso?—. A la vez que se levantaba de la silla y en forma desafiante apoyaba las palmas de las manos sobre el escritorio. Le tomó algunos segundos darse cuenta de la agresividad manifestada.

El jefe permanecía inmutable, marcaba números en el teléfono, desviando la mirada, cambió el tono de voz para decir: —Puede retirarse—. Alberto optó por morderse la lengua, ya no tenía recursos para continuar el diálogo. Esa fue la primera vez. Mientras salía del despacho la imagen de Julieta le vino a la mente junto a la necesidad de contar con algo semejante a una minifalda. El jefe llamaba a los que llegaban tarde solo sí superaban los quince minutos. La puntualidad no era un atributo de los empleados y la tolerancia tenía ese límite.

Recordó y reconoció que la segunda ocasión lo encontró nervioso. El jefe lo llamó por su apellido: —¿Qué pasó Sr. Miranda?— Eso lo terminó de descolocar, nunca lo había tratado por el apellido. En la empresa siempre era Alberto, incluso en lugares neutrales, y en la intimidad algunos lo llamaban Tito. El jefe esperaba respuestas, parecía enojado y frío. Alberto se había quedado dormido y perdió el colectivo de las siete de la mañana. Esperó el siguiente. La desesperación real llegó cuando advirtió que estaba diecisiete minutos por encima del horario de entrada. Ahora miraba al jefe con otros ojos. Se le ocurrió mentirle, hacer una parodia semejante a la primera vez y comenzó a narrar con paciencia sobre una mujer embarazada que casi tuvo familia arriba del colectivo. Cuando ella rompió la bolsa asumió el papel de partero, Ayudando a soportar esos momentos de parto, otra pasajera también dio una mano mientras el colectivo desviaba al hospital. La parturienta le preguntó el nombre. Ella juró que bautizaría Alberto a su hijo, por las ecografías sabía que era un varón. Agachando la cabeza, miró al jefe desde esa posición y terminó el relato. Advirtió que el efecto causado era el deseado. Lo vio pararse, escuchó decir:

—¿Usted me ve llegar tarde?

Alberto recuperó la postura, carraspeó antes de hablar, su cabeza le dictaba: *Andate a la mierda, qué me importa si llegas primero, sos una cagada de jefe, boludo,* pero de su boca salió un tímido: —No, jefe, no lo veo llegar tarde—. Y agregó: —Acepto cualquier sanción—. Queriendo y logrando finalizar el tema.

El jefe le puso en las manos un sobre cerrado para entregárselo a Julieta, salió aliviado pero con cierto recelo. Ella estaba parada al lado de un fichero, sus curvas eran un camino peligroso, sus gestos variaban según el interlocutor. No tenía relación con ella, la veía sensual, calculadora, cínica. Una mujer sin escrúpulos que combinaba belleza con metas y objetivos. Al darle el sobre presintió que ella estaba triste y le preguntó:

—¿Te pasa algo?—

Ella, con una mueca de sorpresa y fastidio, dijo: —No, no me pasa nada, ¿por qué?

Alberto observó el detalle, ella se mordía el labio inferior, como rehuía a la charla intrascendente, no soportó la cara de tonta que ponía y alejándose le dijo: –Después te digo.

La tercera vez que superó el límite, el encuentro con el jefe fue dramático, esta vez la excusa era real. Una manifestación espontánea detuvo al colectivo. Por los costados y en la parte de atrás le pegaron carteles con el motivo del reclamo. El transporte pasó a integrar la protesta. El chófer, salido de quicio, profería una sarta de maldiciones y malas palabras que no producían ningún efecto en la muchedumbre. Se hizo imposible encontrar un recoveco para salir. Invitó a los pasajeros al descenso y escuchó que algunos pedían el reintegro del boleto, lo acusaban de contubernio con la marcha. Otros estaban enojados por la ineficacia e incapacidad de la empresa que no prevenía estas situaciones. Un pasajero quería pelear, otros procuraban calmarlo.

Dieciséis minutos tarde, uno sobre el límite de tolerancia, ahora el que parecía divertirse era el jefe, desde su posición dominante con sonrisa sarcástica. Alberto reparó en el papel sobre el escritorio, el dedo y la mirada del jefe hicieron notarlo, lo leyó rápido mientras escuchaba:

–Dos días de suspensión, con el descuento de las horas extras y los viáticos, la próxima vez incrementamos la sanción, firmá, llévate la copia y si estás disconforme hacé una nota de descargo. Lo tuyo puede contagiar al resto como una manzana podrida.

Alberto estaba loco, quería reír, se imaginaba vestido con una minifalda, sus piernas peludas afeitadas, se levantó diciendo: –Está bien, tiene usted razón.

Metió la nota en el bolsillo del saco y en la puerta quiso recuperar la cordura, preguntó: –¿A partir de cuándo es la suspensión?

–Ahí está escrito, mañana y pasado.

La voz le recordó al policía confirmando su estupidez. Los días sin ir a trabajar lo hicieron reflexionar y fantasear venganza. Arrebatarle a Julieta, eso lo fastidiaría.

Desde aquella vez, Alberto retornó con fuerza al trabajo, uso todas las circunstancias mínimas para difundir sus intenciones. Encontró sim-

patía por la forma pensada. Urdió con sus compañeros la estrategia para hacerlos partícipes de la complicidad. Los pequeños obsequios comenzaron a llegar. Caramelos, esquelas, bombones, tarjetas, ositos, libros, cadenas. Iba de menor a mayor. A Julieta le molestaron los primeros regalos después cambió su predisposición. Estuvo emocionadísima el día que Alberto apareció con un ramo de rosas. Tres semanas y todo el viento a su favor. Un viernes, último día laborable de la semana, la invitó al *after hours*. Ella aceptó una cerveza fría en el bar irlandés. Allí Alberto jugó sus cartas, mostró sus armas. Sin embargo el círculo no terminaba de cerrarse, tenía la espina de su teoría sobre la minifalda y el encierro que se producía en el despacho. No eran celos. Obvió el tema de la minifalda, pero se sacó la duda sobre el posible amorío con el jefe. Le pidió sinceridad, ella saboreando la espuma que sobresalía del copón le respondió: –No–, rotundo, categórico. El jefe era un boludo que ella manipulaba para evitar descuentos económicos. Alberto sintió alivio y preocupación, estas dos cualidades eran algo redundante en su estado de ánimo. Por su cabeza cruzaban dos avioncitos mensajeros; Uno, venganza fallida. El otro, con llamativas letras rojas; cuidado con la blonda.

Los días fueron pasando. Entró a una etapa decisiva. El aliento de sus compañeros ya no se justificaba. Alberto sentía cosquillear al remordimiento, no quería perder confianza y su vanidad tampoco le permitía contar que la venganza no tendría efecto. Estaba incómodo, sentía algo por Julieta. No podía dar marcha atrás. Otro fin de semana concluyó el acercamiento. La cama fue la culminación de sus expectativas y por un momento hizo de cuenta que se lo hacía a su jefe. Fue excepcional.

El corredor desemboca en la oficina del Jefe, la puerta está cerrada. Golpeó despacio, con esperanza de no ser atendido. Sabe que el Jefe no tiene secretaria y que desde la antesala no lo escuchará. Quizás podría estar reunido con otra persona. No tuvo suerte, el jefe estaba al acecho, se lo veía enérgico. Atribuyó esa cualidad a su llegada tarde, como si le hubiese dado el motivo para explayar su poder. Utilizando un tono dulce, decía como sorprendido:

–Oh Miranda, pase, pase, tome asiento, ya estoy con usted.

Ni siquiera buen día, pensó Alberto. Abrumado y en silencio se sentó a esperar. Sus ojos recorrían el escritorio descubriendo una tarjeta de asistencia, seguro era la suya. Pensó en tomarla y hacerla desaparecer, comérsela como en las películas. Pero era indiscutible que eso derivaría en otras cuestiones más intensas. Su mente jugaba a adivinar cuantos días de suspensión le aplicarían, escuchó suave:

—Mire Miranda, ya lo habíamos hablado pero vamos a reiterarlo, ¿conoce el cuento de la manzana podrida? Yo debo cuidar mi posición en la empresa, ¿me entiende? Piense que para mí no es ninguna satisfacción anunciarle que está despedido. Ya enviaron el telegrama colacionado a su domicilio y mañana estará disponible su liquidación final con los certificados correspondientes. Suerte Miranda, lo felicito por Julieta—, y cambiando el tono de voz, a una forma pausada, agregó: —Julieta es una buena chica.

Alberto se transformó en una gran manzana, sintió como se reproducía el gusano en su interior. Salió sin despedirse. Se dirigió a su recoveco laboral sin detenerse a saludar. Todos se encontraban ocupados, la actividad estaba en pleno auge. Los gabinetes altos ayudaron para que nadie se diera cuenta que guardaba sus cosas en una caja. Su cabeza era un eco: *Es una buena chica*, cada segundo que pasaba lo estaba trastornando. Imaginaba una escena, donde le pegaba un tiro al jefe, el cañón del arma despidiendo humito azul, la escena parecía una reyerta de amantes.

Terminó de armar la caja y salió como Adán del paraíso. Rogaba no encontrar a Julieta. Pasillo, ascensor para abajo, puerta principal, calle.

Recién a la semana tomó contacto con la blonda. Se encontraron en un café, la vio triste pero esta vez no quiso preguntarle nada. Un beso corto sellaba el reencuentro. Hacía frío y parecía penetrarlos. Él abrió el diálogo. Le contó todo, menos lo de la minifalda y la idea de vengarse del jefe. Ni mencionó la sentencia que no lo dejaba dormir: *Julieta es una buena chica*. Ella quiso ponerlo al día. Habló y habló, su lengua no paraba. Tantas palabras la llevaron a referir que el jefe vivía a dos cuerdas de la oficina. Una vez la había invitado al departamento. Alberto sintió un dolor intenso en el estomago, pero se las arregló. Levantó la

mano para llamar al mozo. Ella dijo: —¿Te querés ir? Vamos, dejá, yo pago—. Él solo quería desaparecer, corrió hasta la puerta con la boca llena de gusanos. Atrás quedaba Julieta, con su voz apagándose a medida que se alejaba: —¿Qué te pasa Alberto? Alberto ¿adónde vas? Volvé... Alberto, Alberto...

ÓRGANO

Nikita recorre el museo de Moscú, admira las pertenencias del último zar. La leyenda de Anastasia la envuelve en fantasía. Partes de la historia la sacuden, pero ella se dirige a observar el recipiente de vidrio, un cosquilleo de placer en sus partes íntimas y la vibración se trasmite a su sangre. Busca salir.

Camina con apuro por la plaza mayor. Su respiración gélida la devuelve al invierno pero aun siente la tibieza instalada en su cuerpo. Directo al monoblock comunista, construido en la mejor época, cuando el régimen albergaba a sus trabajadores. Allí vive, pero no por demasiado tiempo, ahora los departamentos son rentados y no tiene para pagar el alquiler. El estado, su antiguo propietario, vendió el conglomerado a una empresa que prometió la construcción de un centro comercial.

La rusita tiene la cédula del desalojo debajo de la almohada, cree que la mamuska del mundo puede traerle la solución en algún sueño. A todos les busca el significado sin resultado. Solo sueña.

Veinticinco años, vive sola. Carga con la frustración de no poder con su vida en el sistema capitalista. Sus padres al volverse demasiados viejos optaron por retornar a Grusehk, la aldea de donde eran originarios. Ya no le escriben cartas, las estampillas representan diez kilos de pan mensual. El correo es privado y lentamente los conduce a la incomunicación.

Nikita se siente ultrajada, violada por la democracia, por la libertad ganada. Por los ficticios comicios donde siempre se postulan los mismos. Si no están ellos, legan el lugar a sus esposas, hijos, hermanos. Ella no tiene parientes en el poder, si así fuera, no hubiera sido candidata pero tendría asegurada la supervivencia.

Gira la llave en la cerradura, la mano en el picaporte. En el dormitorio Nikita empieza a desvestirse. Aún tiene la sensación. Se arroja en la cama completamente desnuda, la imaginación abre paso al mundo del museo, al frasco de vidrio, al cosquilleo, a la fricción, a Rasputín.

LA VIUDA

Elsa quedó sola cuando murió su marido. Lita volvió a acercarse en el velorio. Nunca supieron porque se habían alejado, la amistad forjada en la infancia y parte de la adolescencia era fuerte pero luego la vida se encargaría de separarlas. A veces se saludaban a la distancia y conocían de sus existencias por comentarios ajenos. Elsa era una mujer recatada, en el sepelio adoptó una forma silenciosa, escondió sus ojos detrás de unas gafas oscuras y desde allí recorrió los rostros del acompañamiento. Lita permaneció a su lado, también silenciosa, entre ellas volvía a convocarse ese algo que las conectaba, a partir de ese momento quedarían unidas para siempre.

Lita estaba separada. Sus hijos, en busca de trabajo habían emigrado a otros pueblos y terminaron arraigándose en ellos, rara vez la visitaban, aunque mantenían comunicación. Elsa en cambio no había tenido hijos, su matrimonio transcurrió en rutinas, en el compañerismo, en apoyarse mutuamente. Ella se encargaba de la casa, su marido aportaba con el salario. Los días de descanso aprovechaban para conocer otros lugares. En la viudez pretendió que Lita hiciera de reemplazo, solo fue un corto tiempo. Pronto notó que su recuperada amiga se aburría a su lado y buscó compensarla. Sabía que desde su separación ella estaba acostumbrada a otro tipo de salidas, le gustaba ir a los bailes y así comenzó a acompañarla los fines de semana. Los años se disimulaban con energía y cosméticos. Elsa la seguía a todos lados como un perrito, la influencia de Lita era cada vez mayor y el espejo le devolvía otra fisonomía. Lita se había propuesto cambiarla, ser dama de compañía era algo secundario, ellas estaban para brillar en la pista de "Gigante". En su interior algo le decía que Elsa se convertiría en una mujer lujuriosa. En una bagatela consiguió algunas prendas llamativas.

La bailanta esa noche hervía, las dos mujeres cruzaron el salón, no ocupaban mesas, una columna de la pared pasó a ser su ubicación preferida. El vestido que cubría a Lita, símil leopardo, dejaba al descubierto su interior de fiera. El exterior bien arreglado, cabello cuidado y no demasiada pintura en sus ojos, labios pintados carmín, lunar en el pómulos y el pañuelo de seda en el cuello le daban un aire de arrabalera.

Luis y Julio eran jóvenes parecidos pero de distinto carácter, uno era entrador y el otro retraído. Luis venía persiguiendo a las dos mujeres desde el sábado anterior, ya había averiguado todo, una era separada, la otra viuda. La separada oficiaba de líder, conocía el paño. Las mujeres no respondían a las señas, sí las veían, las ignoraban. Luis fue a pedirle a Julio que le hiciera pata, juntos encararon, ellas accedieron. Estaban en pleno movimiento de caderas, la música a volumen alto impedía conversar, por eso cuchicheaban. Julio se quedó con la viuda, no entendía cuál era su nombre, optó por sonreír y seguir bailando, fueron solo dos temas musicales, la viuda le hizo señas que se retiraba de la pista, él la acompañó y después fue a la barra.

Luis siguió con la separada, las horas transcurrieron entre cervezas y cumbia. Cuando finalizó el baile fueron invitados a la casa de la viuda a tomar unos mates. Los jóvenes no dudaron, en el fitito de Luis siguieron el auto de la separada. El Fiat seiscientos era una máquina pintada de negro brillante con el número ocho encerrado en un círculo blanco, parecía una bola de pool. El diálogo de Luis era un monólogo insistente para apretar a la viuda que debía estar necesitada. Él se encargaría de la separada y así ocurrió. Ni bien bajaron, en la puerta, la separada tomó a Luis de la mano y lo arrastró al interior. Julio no supo qué hacer e imaginó también el camino al dormitorio pero la viuda se quedó en la cocina, puso la pava y mientras esperaba que se calentara apoyó el traste en la mesada, prendió un cigarrillo y lo hizo sentar a Julio, fumaba nerviosa, la delataba su respiración y la forma de expulsar el humo. El muchacho no encontraba que decir, pudo apreciarla en ese silencio. Fue como si la máscara del sábado se diluyera. En la cara asomaban las arrugas, ojeras pronunciadas hundían los ojos y le daban un aire de misterio. El rictus de su boca un gesto de enojo. Julio pensó que la viuda era muy seria y antipática. El sonido de la pava lo sacó de la reflexión, la mujer apagó el

cigarrillo en una gota intermitente que caía de la canilla, luego arrojó la colilla en el cesto de basura y en forma mecánica comenzó a preparar el mate, mojó la yerba y escupió en la pileta la primera agua verde. Julio la observaba con detalle, el vestido no cuajaba con su físico, distorsionaba su figura. Ella le dio el segundo mate, él hizo una mueca de simpatía.

Ya lo había radiografiado, era eso, un joven que podría ser su hijo, Lita la había inducido a tener relaciones con él, pero ella prefería algún hombre maduro, con cualidades y virtudes, alguien que no tuviese compromisos y pudiese acompañarla, quizás rehacer su vida de pareja. No cabían dudas, el muchacho todavía era un bebé de pecho. No tomaría riesgos, no le haría caso a su amiga, no compartía su forma de ver la vida, pero ella no era quién para juzgarla.

Charlaron de cosas triviales. Julio la miraba fijo como insinuando atracción, levantaba las cejas como si tuviera el macho de espadas, sus ojos eran atrapados por el escote de la mujer. No supo por qué quiso besarla o tal vez creyó que ella no se resistiría. El empujón casi lo hace caer de la silla, los gritos desahogados hicieron acudir a la separada que venía envuelta en una sábana, quería saber que pasó. Su amigo Luis se exponía desnudo, con desparpajo la virilidad colgaba oscilante frente a la viuda. Con actitud de macho interrogaba también a Julio, agregando la palabra boludo, este coincidía en silencio y se repetía, boludo. La viuda calmada miraba el piso, estaba en su casa, no tenía que dar explicaciones pero lanzó un reproche, comentó que la quiso agarrar a la fuerza. Lita los echó a los dos. En el viaje de regreso el váyanse todavía resonaba en el oídos de Julio cuando Luis volvió al monólogo y la palabra boludo era usada con cada frase de reprimenda.

El lunes, a las diez de la mañana, Julio apareció en la casa de la viuda, traía disculpas por su comportamiento inocente y una caja de herramientas. Ella lo atendió en la puerta, lo escuchó respetuosa, luego lo dejó pasar. Mientras arreglaba el cuerito de la canilla, ella le cebó unos mates y le ofreció galletitas. Rápida encontró otras tareas, Julio limpió y acomodó el patio interno. Cerca del mediodía, cuando ya había concluido lo sorprendió invitándolo a comer. El muchacho aceptó sin dudar. No dijo que el guiso le resultaba familiar ni semejante a la mano de su madre. Declaró que estaba muy rico, comió dos platos. Elsa había

cambiado totalmente, estaba alegre, predispuesta, pero Julio optó por despedirse agradecido, ella quiso darle unos pesos pero él rechazó de plano el ofrecimiento. En la puerta, Elsa arriesgó una promesa, pagarle la cerveza el sábado y sintió cómo el remordimiento se disipaba.

Sábado, todo el mundo llega al mismo horario, Luis está enterado de la reparación del cuerito de la canilla, se ríe indirectamente con eso de que ahora Julio le va a cuidar el jardín a la viuda. Lo instruye. La amiga contó que, desde que murió el marido, no se acostó con nadie, dijo que él fue el único hombre que conoció en su vida. Luis le hace la bocha, lo aconseja, le pide que tenga paciencia, afirma que la viuda se encargará sola de llevarlo a la cama y propone que esa noche, al cierre del bailongo, use el fitito para llevarla, él se irá a la casa de la separada. Le da la llave del auto antes de sumergirse en la cumbia, la cerveza y el humo del tabaco.

La morocha está para el infarto, no baila, continuamente hace rebotar a los que se le acercan, Julio la conoce del barrio, Angélica se llama, nunca se atrevió a hablarla, tuvo miedo, la veía muy linda y se sentía minúsculo. Salió para invitar a bailar a la viuda que estaba desocupada en esos momentos, le debía la cerveza y era la ocasión para iniciar el acercamiento y llevarla cuando termine el baile. Se encaminó sin prisa, pidiendo permiso, cuando pasaba cerca de la morocha sus ojos se encontraron, Julio la saludó con un movimiento de cabeza, la morocha se le vino veloz y lo metió a la pista. Era de no creer, pero la vida tiene esas vueltas, el corazón le latía acelerado, la aferró fuerte y ella correspondió, bailaban bien amarrados, con buen ritmo, parecían esas parejas que practican danzas. Él quería hablar, ella también, ahí no se podía, al salir les colocaron una pulserita en la muñeca, ella iba a encender un cigarrillo, él no fumaba, instintivamente le tomó la mano libre, ella se dejó atrapar, se dejó abrazar y lo besó con ansias. Julio seguía sin creer en su suerte, la morocha en sus brazos y no era un sueño, la erección lo obligó a separarse, ella se dio cuenta pero no se asustó. La mano al bolsillo para acomodar la anaconda también rozó la llave del Fiat 600, no pensaba, la sacó y se la mostró adivinando que ella diría vamos y así fue. Transcurrió una hora cuando volvieron al baile, la noche estaba avanzada.

Luis lo vio de lejos con la morocha, tampoco podía creerlo, sintió alegría por su amigo. No quería interrumpir, pero tampoco quedarse a pie. La duda con respecto a lo planeado era que Lita podía irse con la viuda. Cruzó por la pista para acortar camino. Fue abriéndose paso a los empujones. Cuando la morocha lo vio venir, algo le dijo al oído a Julio y se fue. Luis no pudo saludarla, invitó cerveza. Los compinches reían entre dientes por ahí tapándose la boca con la mano. Quedaron en esperar el desenlace hasta el final. La morocha no volvió y el plan encajó a la perfección.

Julio era todo simpatía manejando, cuando llegaron, la viuda insistió en hacerlo bajar, fue algo parecido a la primera vez de Luis, aunque ahora los actores eran ellos. Elsa lo tomó de la mano y lo catapultó al dormitorio. Julio se despertó, miró el reloj, nueve de la mañana se levantó rápido, domingo, su familia lo esperaba. En la cocina con el desayuno servido estaba la felicidad besándolo en la boca.

Ella tomó el teléfono, Lita todavía dormía en los brazos de Luis, se levantó ante el insistente timbre, hablaron de lo fantástico que había sido, la tenía más grande y dura que el finado, incluso era probable que superara la de Luis, aunque no se la vio erguida. Nunca había sentido algo semejante, quería saber del orgasmo, si acaso podía quedar embarazada a pesar de la menopausia, le daba gracias de todo corazón y le decía que la quería mucho, Lita se esforzó por no lanzar una carcajada, prometió ir a la tarde, llevar unas masas para el mate y cortó. Luis se hacía el dormido, su oreja había estado atenta. Igual dejó que ella le contara la suerte de su amiga y la buena racha del amigo. Siguieron acostados.

La tarde del domingo fue placentera, nunca se le ocurrió lo del profiláctico pero al muchacho se veía sano, rozagante. Se sentía joven, sus fibras internas la sacudían como nunca antes. Él no se había comunicado, ya lo haría.

Lunes, consultaba por un turno urgente para el ginecólogo, Julio no la llamó, la tenía en vilo, se preguntaba si le habría pasado algo. Ponía y sacaba de su cabeza la idea de haber sido usada y desechada. Anduvo parte del día descolocada, haciendo un esfuerzo grande por recordar donde estaban las cosas o daba pasos sin saber que quería hacer. La

noche se pobló de ruidos, el fantasma de su marido rondaba la casa, le parecía escuchar voces, durmió poco y nada.

Martes a la mañana. Notó que el médico especialista tenía una mueca risueña permanente y que movía sus manos como si estuviera nervioso, deseoso de penetrarla con sus dedos grandes y largos. Al responder por las razones de su visita se incomodó tanto que se largó a llorar sin poder parar. El médico no pudo consolarla, no pudo examinarla, le recomendó una visita al psicólogo y después solicitar un nuevo turno. Se fue dándole la mano. Apenas respiró el aire fresco, sintió que mejoraba y volvió a llenarse de preguntas respecto a Julio, si habría llamado, si habría ido a la casa.

Miércoles, La psicóloga la atendería la otra semana, dejó de preocuparse. A la tarde seguía sin tener noticias de Julio, la casa la ahogaba y a la vez no quería salir. La inquietud la llevó al teléfono, su amiga tampoco atendía, insistió varias veces hasta que comenzó a tener un dolor de cabeza, eso la llevó directo a la caja donde guardaba los remedios, media pastilla de valium y a la cama. Se despertó sin noción del tiempo, la oscuridad le dijo que era de noche, se levantó embotada a encender las luces. Tomó el teléfono, marcó el número y la voz de Lita actuó como un bálsamo, la reconfortó, cenarían juntas, charlarían. Se comprometió a hablar con Luis y averiguar qué le estaba pasando a Julio.

Jueves, la casa está abandonada, Elsa también. El desánimo se le instaló en la médula, descubrió el televisor y pasa gran parte del día haciendo zapping, no sabe lo que ve ni lo que escucha, parece otro idioma, mira en forma constante el teléfono. Julio no llama ni viene, la viuda no entiende por qué se le caen algunas lágrimas, se reprocha lo tonta que está y continua dopándose. Lita ha pasado por esas situaciones y creó sus propios anticuerpos, sabe que Elsa se recuperará y cambiará de piel como la serpiente, mientras tanto debe acompañarla. Luis nada sabe de Julio aunque sospecha que él influye para conseguir otro objetivo, la plata de la viuda.

Viernes, Elsa está psicótica, desde que amaneció se le ha dado por la limpieza, todo acomodado, brilla. Trabaja tarareando una cumbia clásica, la ventanita del grupo Sombras... “Desde que me dejaste”. Al-

morzó ligero y siguió con otras tareas. Ahora, cuando atardece, plancha. Escoge la ropa para el sábado, tiene sin estrenar una remera atigrada, más linda que la de Lita y le va bien con el pantalón negro, abandona el planchado para buscar los zapatos aguja y lustrarlos, se los prueba, eso le da más altura. Julio no se comunicó, el boludo es él, seguro que va a querer aprovecharse mañana, iluso. Tendrá que arrodillarse.

Sábado, cuida todos los detalles, impecable espera a Lita. Luis pasó con su fitito por lo de Julio, el tema estaba finiquitado, la morocha había ganado la partida, la viuda no podía competir, aunque el amigo narró un encuentro muy explosivo con ella, ese dato le causó intriga. Ahora en la mente de Luis está la viuda como una obsesión, su instinto sexual le dice que solo es cuestión de tiempo, Lita podría darle una mano si prometía algo a cambio, ella era así, estaba buscando un mejor trabajo y él tenía un contacto que servía a ese propósito, todo encajaba perfecto, para su miembro.

Julio salió con la morocha colgada al cuello. Luis al verlo experimentó una alegría enorme, sincera, su amigo era otro, había cambiado el semblante. Siempre quiso avisarlo y hasta creyó que eso era una tarea imposible. El baile estaba en su apogeo, entraron los tres juntos, pidieron cervezas, luego dejaron solo a Luis que desde la barra estudiaba el ambiente y logró verlas, Lita y Elsa se mostraban dispuestas, con pequeños movimientos seguían el compás musical. Luis se había quedado sin ayudante, pero eso no lo complicaba, Lita ya estaba conquistada y probada, el problema era la viuda, había que aguantarla, contenerla. Suponía, con certeza, que las amigas no se separarían en toda la noche, no obstante cruzó la pista de baile como siempre, con espíritu arrollador, en un principio hubo una pequeña resistencia pero sacó a bailar a las dos, pronto demostró su habilidad, una mano para cada una, las hacía girar con gracia, en un lance de baile las envolvía y quedaba apoyando su virilidad atrás de las mujeres, con especial atención en la viuda, Lita ayudaba en la diversión y Elsa se contagió, la música pegadiza la invadía, la obnubilaba, pero bastó que en el amontonamiento, entre el gentío, distinguiera a Julio. La viuda se transformó en un arpía, recorrió la distancia que los separaba sin apartar la vista, la mona Giménez cantaba “beso a beso, me enamoré de ti”. Las puntas aceradas de sus zapatos de taco impactaron

en las piernas, Julio no podía defenderse, la sorpresa lo había paralizado, la viuda lo arañó en la cara con todas las uñas, arrancándole pedazos de piel, rasgó la carne cerca de la carótida tocándole una vena, un chorrito de sangre surcó el aire. Las luces cambiantes, de todos los colores y la mona a full porque el DJ, al ver alboroto, levantó el volumen. Julio se desvanecía y caía lentamente, sintiendo como se iba apagando la voz de la mona, “beso a beso, la noche terminó”. Alrededor de ellos se construyó un espacio, un círculo que ayudó a detener la agresión. Fue Luis el que sujetó de atrás a Elsa, en ese abrazo la levantó en el aire y la fue llevando para afuera. Mientras buscaba la salida se mezclaron entre los curiosos que pugnaban por ver y saber que estaba pasando. Ella le rogó a Luis que la llevara, él se compadeció de la mujer y la cargó en el fitito con entusiasmo, los ratones danzaban en su cabeza, la había tocado por todas partes confirmando la dureza de su carne, estaba dispuesto a consolarla, además, ella ya conocía su desnudez y era posible seducirla.

Los servicios de emergencia de la bailanta funcionaron bien, con primeros auxilios detuvieron el derrame, le aplicaron una pomada cicatrizante en la cara, había perdido sangre y estaba pálido. En la ambulancia la enfermera lo conectó al suero y le colocó la máscara del oxígeno. El chofer tenía sintonizada la radio en un programa de cumbia, cantaba en voz alta el bombón asesino. “ella mueve su cinturita...”.

El servicio de vigilancia y los policías no pudieron detener a nadie, la morocha había desaparecido como por arte de magia, Lita tampoco aportó detalles.

Se despertó en el hospital, vendado y enyesado de una pierna, fisura de peroné. La policía lo presionaba, él no dijo palabra. La morocha fue todos los días, Luis también pero solo hacía comentarios socarrones sobre la viuda que deseaba venir a pedirle perdón. Le dolía la cara cada vez que reía. Nunca más volvió a Gigante, tampoco la morocha le duró. Julio creía ser un sobreviviente, cada vez que se miraba al espejo éste le devolvía las huellas de la uñas y la certeza de que era un boludo recibido con honores. Su amigo Luis siguió yendo a los bailes, acompañando a las dos mujeres, nunca contó cómo le fue con la viuda.

FACUNDO Y LAS HORMIGAS

Facundo, con sus escasos cinco años, juega a Dios. Sus pies aplastan la columna de hormigas que se desplaza por el largo y rectilíneo camino que ellas dibujan. Algunas siguen andando, otras heridas y descolocadas giran en forma circular retorciéndose en agonía, o no se mueven, estas últimas resultan unas pocas. La fuerza del niño no es suficiente y el colchón suave de pasto amortigua los impactos.

Escuchó a su madre quejarse de estos seres diminutos y al hallarlas encontró su poder para combatirlos. Pero son muchas y comienzan a dispersarse. Con el desvío del rumbo parecen estar en todas partes.

Facundo comienza a desesperarse, ya no le resulta fácil atinar los pisotones. Las hormigas ponen su defensa en acción. La comunicación de la dificultad es ahora conocida por todas. Al lugar de las señales acuden en auxilio las primeras guerreras. Algunas hormigas caminan sobre las zapatillas del chico y pronto se introducen bajo el pantalón. La piel de la pierna siente las mandíbulas, el dolor, seguido de la picazón se intensifica en instantes.

Facundo profirió el grito y entró en llanto. Su madre, que estaba tejiendo se levantó como un resorte y salió al patio. Venía corriendo cuando se encontraron.

Angustiada, pretendía conocer lo que le había pasado. El chico sofocaba las palabras. Ella creyó que era un golpe. Palpó por todas partes y preguntó:

—¿Adónde te duele?

No lograba respuesta hasta que Facu alcanzó a pronunciar: —Hormigas.

Su madre lo llevó a upa al interior de la casa, lo depositó sobre una silla mientras le levantaba el pantalón, una hormiga que todavía

daba vueltas en la tela fue desintegrada con los dedos. El niño festejó la muerte.

Se apresuró a buscar la pomada para las picaduras, con suma delicadeza comenzó a pasarla por encima de la piel. Frotando para reconfortarlo y hacerle olvidar el mal momento. Facundo seguía sollozando pero ahora la causa de fondo eran los brazos de su mamá. Ella supo que eran mañas. Las picaduras dejaban ver en su alrededor unas manchas rojizas. Eso motivó a la progenitora a afirmar que ella se encargaría de las hormigas malas, les echaría veneno en la casita donde vivían, bajo la tierra.

El veneno es muy peligroso, no debes tocarlo, fue la seria advertencia. Los ojos del niño tomaron un brillo distinto al conocer que existía una sustancia destructora, su capacidad reflexiva lo llevó al galpón del fondo donde estaban guardadas muchas cosas. Su corta edad le permitía adquirir y almacenar en su memoria aquello que le parecía importante.

A la noche soñó con las hormigas, era una pesadilla, peleaba con ellas, se despertó aterrado, la oscuridad actuó sobre él y prorrumpió en llanto y gritos llamando a su mamá, ella despertó con la preocupación lógica de toda madre, aunque intuía que solo era un mal sueño. Al encender la luz, el chico saltó de la cama bañado en lágrimas, balbuceaba sobre las hormigas. Lo acurrucó y llevó a dormir con ella. En la amplia cama matrimonial su esposo seguía durmiendo y si estaba semidormido o despierto, no daba el menor indicio de inmutarse por la situación. El niño no podía conciliar el sueño, y su mamá con voz bajita, como cantando, inventó un cuento. Una historia de otros insectos, semejantes a las hormigas, que producían una miel amarga, que al comerla, volvía buenos a los gigantes del bosque, esa miel, a algunos niños, los podía hacer volar.

La mañana llegó con todo lo rutinario. En el desayuno el niño comenzó a hacer preguntas recurrentes relacionadas con la vida de las hormigas y las plantas. Su madre siguió sosteniendo lo malas que eran y si bien Facundo la escuchaba desatento lo último quedaría grabado en su cerebro antes de salir hacia el jardín de infantes.

En el primer recreo corto, en ronda de amiguitos contó su aventura. El relato era escuchado con atención. Las hormigas crecían en la

imaginación de todos los oyentes que pronto comenzaron a reclamar su espacio y a sumar testimonios propios de otros bichos, que incluían a arañas, abejas, moscas, mosquitos, garrapatas, cucarachas y piojos. Pequeñas historias que fueron empequeñeciendo la vivencia de Facundo.

A Lorena la había atacado una mariposa de la noche, era marrón y de ojos negros, con antenas. Le entró en un ojo y la tuvieron que llevar al oculista. Facundo se levantó el pantalón para mostrar las picaduras, las ronchas que le dejaron las hormigas, pero el efecto de su relato no precisaba pruebas. Uno de los locuaces mostró en su brazo las huellas de una vacuna que le había dejado estrías formando un dibujo circular parecido a la cara de una moneda. Otro tenía una cicatriz de cuando se cortó con un vidrio.

Facundo llegó a la casa a narrar las fantásticas aventuras ajenas y su madre disimulaba la alegría que sentía al escucharlo.

La tarde con sus rayos de sol lo invitaron al patio, no sin antes recibir la recomendación de su madre:

–Ponete una gorra y no te acerques a las hormigas.

Pero afuera estaba el encanto. Sacó algunos juguetes para llevarlos. Eligió un tractor con pala y el camioncito cargador que al rato ya estaba con su caja colapsada de arena, imitando el sonido bramante de un motor la transportaba de un lugar a otro. El camino bordeaba el césped y las hormigas pasaban por ahí cerca, veía que llevaban algo de color verde, como pedacitos de hojas, y otras pequeñas cosas que no podía distinguir con precisión.

Facundo siguió a prudencial distancia el rumbo de la columna, hasta que las vio introducirse en la tierra. Corrió un trecho para llamar a su mamá, quería avisarle donde estaba la casita de las hormigas pero tropezó con tanta mala suerte que quedó con el mentón apoyado en el suelo, justo al frente de la fila de hormigas. Con sus ojos bien abiertos, la desesperación y el miedo no lo dejaron emitir el grito. Sus reflejos lo hicieron erguirse en un solo intento, de ahí emprendió veloz carrera hasta la casa. Llegó traspirado, pero no le dijo nada a su madre que seguía tejiendo. Ella con solo mirarlo, se dio cuenta que estaba cansado y

rápidamente le ofreció un vaso de agua, tragó el líquido de un solo sorbo y volvió a salir, asegurándose que su madre no lo seguía, ni veía.

Se dirigió al galpón. No había llave ni candado, solo una traba de madera que sus manos corrieron con facilidad. Una ventana chica daba un poco de luz. En un armario se acumulaban envases, frascos y bolsitas de papel. Se subió a una lata de pintura y su mirada abrió un destello en el interior de su cabeza, impresas en unos sobrecitos metalizados figuras de hormigas dadas vueltas, con la patas para arriba. Tomó uno y se bajó de la lata. Pretendió leer, pero era solo eso; una pretensión. Distinguió algunas vocales, el sobre estaba cerrado, pero las imágenes lo decían todo.

Salió del galpón dejando el lugar como estaba. Cerró la puerta y se encaminó hacia donde encontrara la casita de las hormigas. Mientras caminaba intentaba inútilmente abrir el paquete con sus manos. Al acercarse al lugar tuvo una mejor idea, morder el sobrecito en un costado. Con gran trabajo sus dienteillos cortaron el papel de aluminio, sus labios rozaron el polvo tóxico lo cual le causó una reacción molesta, en el afán de limpiarse sacó la lengua mojándose los labios para luego restregarse con el exterior de la mano, luego agrandó el agujero con una ramita y echó todo el producto. Atento esperó y como nada sucedía abandonó la acción. Al envase lo escondió debajo de una maceta. Decidió entrar a la casa. Levantó sus juguetes y los llevó cantando: *—A guardar, a guardar, cada cosa en su lugar.* Su madre lo escuchó entrar y presta le sugirió que se vaya desvistiendo y preparando para el baño. Esa invitación a la tibieza del agua y a su madre acariciándolo eran para Facundo una sensación de éxtasis.

La noche trajo el dolor, la cara hinchada y los ojos rojos. El auto voló hasta el hospital, la guardia de turno los atendió en forma inmediata, los síntomas eran claros, reacción alérgica o intoxicación. “Intoxicado”, se repitió la madre en sus adentros y en su memoria evocó a las hormigas: *—Con hormiguicida—*, dijo segura, al borde de la histeria. Las enfermeras le informaron que el médico venía en camino y dictaminaría los pasos a seguir.

La madrugada los encontró más tranquilos, custodiando el sueño del ángel para evitar que moviera el brazo por donde le inyectaban suero. A la mañana, el marido, que había dormitado de a ratos, decidió ir al trabajo. Prometió estar en contacto permanente. Ella sabía que no llamaría y si lo hacía, sería al mediodía, para preguntar por la comida. Horas más tarde, el doctor confirmó que el chico estaba fuera de peligro, le dio el alta y unos comprimidos.

Facundo está sumido en una pesadilla y no puede moverse. Siente que la hormiga que lo ataca le pinchó el brazo. Entre varias lo aferran y lo van llevando como prisionero al agujero oscuro. Cree que lo van a hacer mil pedacitos, como a las hojas y a todo bicho del patio. Debajo de la tierra hace calor, al fondo de un túnel se ve la luz, pronto llegan al lugar, es una sala grande, blanca, una hormiga vestida de azul lleva una corona amarilla, lo acusa de querer matarlas y le exige, para perdonarlo, la entrega del camión, las figuritas y el pato Donald. Facundo se niega, les dice que ellas son malas, la reina responde entonando una hermosa canción que hace referencia a un acuerdo con los árboles y la tierra, donde existe lugar para todos.

Días más tarde, ya recuperado y en su casa, Facundo narra el sueño hospitalario, recuerda la música y parte de la letra de la canción, se la canta a su mamá: “La hormiguita hippie, wa wa wa, no trabaja más, wa wa wa, y de mochilera, la vieron pasar, wa wa wa, con el pelo largo, y un lindo collar”. En la cabeza de la mujer comienza a germinar la semilla de la duda. *¿Quién le enseñó esa canción? ¿Fue en el jardín?* Ella también recuerda a su Nona, a su madre, a ella misma, cantando. Facundo le corta los pensamientos con una afirmación:

—Mamá, voy a entregar el pato Donald a las hormigas así me dejan tranquilo.

Su mamá lo abraza y le dice que las hormigas no son tan malas y que a partir de ahora, lo mejor será no molestarlas.

Ahora la mujer se pregunta sobre el existir de las hormigas en este mundo.

MELANINA

Álvaro Núñez Cabeza de Vaca avanza en la tupida selva misionera. Sus cristalinos ojos celestes resaltan en el camino. El metro ochenta y cinco de altura lo distingue. Su barba rubia y el bronceado de su piel tienen enamorados a los nativos.

El español es de contextura física robusta y su accionar ha ganado el respeto de los indígenas. La comitiva, con la que viaja a Asunción lleva guías Tupís y Guaraníes, solo uno de ellos habla español. Quieren mostrarle la catarata y ese tramo se hace caminando, ahí no entra el caballo.

Astuto, va aprendiendo el idioma. Desconfiando, cree que pueden matarlo. La armadura le pesa, a veces se saca la parte de abajo para aliviar sus pasos, pero siempre conserva colocado el pectoral que luce el águila negra de San Juan y suscita admiración. Él lo sabe. Ellos ignoran que es un hidalgo, un guerrero que batalló en Europa. Tampoco conocen su aventura americana buscando El Dorado.

Le llama la atención un sendero bien marcado que deja ver la selva, y decide avanzar. El guía Tupí se cruza impidiendo su paso. Álvaro Núñez advierte que el indio tiene cara de susto, gesticula expresando la negativa e indica para otro lado, como diciendo para allá. El sendero se muestra transitado, limpio y ancho. Cabeza de Vaca no quiere ir a otra parte y ahí se queda, esperará al guaraní que habla castellano y también otros dialectos. Viene retrasado, persiguiendo la subsistencia. Se fue tras las huellas de un tapí-i-mboreví. Transcurre una hora, el Tupí sigue bloqueando el sendero. Su cara de miedo cambió por un rostro enojado. No conoce la historia, de cuando salvó al indio centroamericano, cuando le sacó la punta de flecha del corazón y efectuó las curaciones. Él no sabe que allí ganó la fama de curandero. Cuando el indígena se recuperó, agradecido dijo que a partir de ese día le pertenecía, que era parte de su

propiedad y se lo llevó a España, allá era una extravagancia. El Tupí no sabe que una andaluza le robó su posesión.

Los mosquitos no son problema, el jugo machacado de unas hojas sirven de repelente. Danzan a su alrededor, en pequeñas nubes, buscando en la piel un lugar donde alimentarse. La sangre de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca absorbida por un insecto. No puede hablar con el Tupí, preguntar por qué le prohíbe andar ese camino. El sueño de El Dorado se agita en su cerebro. Le señala el crucifijo y la cadena de oro, luego direcciona su dedo índice al sendero. El indígena parece dudar pero vuelve a reiterar la negativa. No sabe si es por el oro o por el camino. *Él no se mueve, yo tampoco*, afirma Álvaro mientras acomoda su cuerpo sobre una gran rama que creció horizontal. Su acero toca el suelo, su mano sostiene la empuñadura. De espaldas al cielo, matices del verde todo lo abarcan. Pájaros de coloridos plumajes penetran el follaje con su canto: *¿Adónde lleva el sendero?, y el guaraní que no llega, lo llaman Kambá Porá*.

Fuertes ruidos los ponen alerta, nunca se sabe en la selva, alguien se acerca abriéndose paso. Son ellos, vienen cargados, un tapir menos en el mundo, solo cazan lo necesario. El Tupí se anticipa, habla en su dialecto, solo el Guaraní entiende. A Álvaro le cuesta, es cómo el idioma holandés, un dolor de garganta. No comprende nada y ellos lo saben. Nota que Kambá Porá está inquieto, son indígenas semejantes pero no iguales. Ahora Kambá explica, el sendero lleva hasta un Ava Paje, un brujo curador, iluminado en el bien y el mal, muy reconocido en la región. Pero Álvaro no cree y quiere andar el sendero, quiere ver como el Tupí que le franquea el paso, se corre y lo deja pasar. Ahora está de pie, con actitud desafiante, encaprichado con el camino y así lo manifiesta. No tiene miedo, menos de un hechicero, él también es brujo pero guerrero.

Kambá Porá sigue la estrategia, primero la catarata, ese es el destino trazado, están cerca, allí podrán hacer noche. Mañana, promete, al volver pasarán por el Ava Paje. El Tupí le habla al Guaraní, ellos no acompañarán, según traduce Kambá Porá y reanuda la marcha. Álvaro Núñez lo sigue detrás. Un kilómetro antes se escucha el fragor del agua. Cuando los ojos de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca se toparon con las

cataratas, el Iguazú lo absorbió, recordó el Mississippi, los océanos, las pirámides mayas, todo lo que habían contemplado sus ojos.

La noche los encontró improvisando el campamento bajo un alero de rocas. El fuego calentaba a los hombres, pedazos del tapir se asaban ensartados en unas varas que iban girando, cambiando de posición cada tanto. Álvaro conoce el peligro, sabe que los pocos hombres que lleva no son suficientes. Ha visto tanta muerte que se siente vacío por dentro, su vida de huérfano marcó su fortaleza. El tapir sabe a cerdo, come hasta saciarse, eso ayuda al humor de los indígenas que celebran la gula y quieren saber, si de donde viene, existen animales parecidos. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca se distiende, comienza a nombrar animales, a describir sus características, la trompa larga del elefante, el cuello de la jirafa. A los nativos les suena a mentira y ríen. El español duerme con un ojo abierto, su sueño es de oro.

Amanece, el fuego sigue vivo. Los nativos en sus cacharros tienen unas hojas que hierven junto al agua, un brebaje que luego enfrían y lo invitan.

–Tereré, dicen.

Álvaro toma agua, se persigna metido en el río. El campamento comienza a levantarse, se apaga el fuego. Una extraña sensación lo envuelve, lo recorre un pequeño temblor por sus miembros, piensa que puede estar enfermándose, lleva consigo algunos fármacos europeos, pero no los toma. La caminata es pareja, dos horas para estar frente al sendero. Los Tupís dialogan con Kamba Porá, Álvaro se impacienta, quiere saber de qué se trata, el Guaraní responde:

–Ellos no vienen, esperarán aquí.

Pero Álvaro sabe que las palabras superaban a la traducción. Su ansiedad y codicia pueden más, la ciudad del Dorado debe estar ahí. El camino se abre, pregunta:

–¿Es lejos?

Kambá contesta: –Es una hora para llegar, por lo que dijeron los Tupís.

Álvaro confirma que se hablaron otras cosas y que los indígenas conocen el lugar. ¿Qué habrá más allá? Cinco españoles de buena proapia lo acompañan, los conoce bien, de las playas de Mexicali, cuando tuvieron que derramar sangre. Son parte de su custodia. Están con él desde que la corte y la corona lo nombraron Adelantado para la región del Paraguay. Debe llegar a Asunción, debe encontrar El Dorado, debe cuidarse de los portugueses. Debe hacer cumplir la parte del Tratado de Las Indias: “El conquistador no debe abusar de los indígenas”.

El claro en medio de la selva destaca una gran choza hecha de troncos y arriba de ella, por el centro, se eleva una fina columna de humo azul. Kambá Porá se adelanta y llama en todos los dialectos que conoce, en guaraní dice:

–Ava Paje, perdóname.

Eso entiende e indispone al español. ¿Perdonarlo?, ¿de qué? De la choza sale un indígena, un hombre idéntico a Álvaro, solo los diferencia el color de piel y ojos. Mide el metro ochenta y cinco, tiene barba y la misma textura física que se refleja mejor en la casi desnudez que lleva, una especie de falda confeccionada en piel de algún animal cubre su intimidad. Álvaro se identifica sorprendido: *Soy Yo, como si me mirara en un espejo*. Le cuesta reaccionar, Al advertir esa situación casi diabólica sus custodios entran en pánico. La piel cobriza dorada del Ava Paje resplandece bajo algunos rayos de sol que se filtran entre la espesura. Los arcabuces entran en la escena. Álvaro empieza a razonar. ¿Qué es esto?, ¿magia? Kamba Porá está hablando otro dialecto que no entiende. Los españoles cargan las armas, apuntan esperando una orden. Álvaro le grita a Kambá que él quiere hablar con ese hombre. El negro lindo ríe por dentro. *Ah, este no es indio*. Pero es el Ava Paje quien responde en un español castizo:

–No hay problema señor, es usted bienvenido a mi humilde vivienda, permítame invitarlo a pasar, a compartir mis alimentos—. Y con un ademán de reverencia le señala la puerta de la choza.

Veinte pasos los separan, Álvaro no siente miedo, solo es recelo. Ahora piensa que el brujo es una cruz de español, algún lejano pariente suyo, un español disfrazado, quizás sepa algo de El Dorado. Él lo

averiguará, si hace falta con tortura, gira haciendo señal de espera a sus hombres y éstos, el descansan armas.

Álvaro entra a la choza asombrado, es como un hermano gemelo. Sus ojos buscan encontrar el peligro, solo ven una especie de camastro hecho con pieles de yaguareté y una mesa donde se encuentran innumerables cacharros de diferentes tamaños, al centro hay un fogón encendido. El brujo toma una vasija de cuello largo y pega un sorbo, luego se lo alcanza a Álvaro *¿Será veneno?, ¿será un desprecio, no tomar un trago?* Rechaza la invitación y va directo al grano:

–¿Usted quién es?

Oye su propia voz: –Ni yo mismo lo sé.

–¿Por qué habla español?, y no me diga ni yo mismo lo sé.

El Ava Paje ahora cuenta sobre el sacerdote jesuita que venía a visitarlo porque precisaba aprender sobre hojas, hierbas y todo aquello que la selva provee, así aprendió el idioma español.

¿Por qué es igual a mí, de distinto color?

–No lo sé. Quizás alguna cepa genética, no olvide que todos venimos del mismo lugar.

Eso lo intrigó, no entendía el significado, pero no desvió el rumbo:

–¿De qué tribu o raza es? ¿Conoce una ciudad que llaman El Dorado?

–Sí, ya no existe, era la Atlántida que se hundió, lo sé, todo es memoria oral, así vamos transmitiendo nuestra historia—. Luego caminó hasta el camastro y sacó de abajo, con gran esfuerzo, un envoltorio, era un inmenso libro conteniendo miles de hojas. Esto lo escribió el sacerdote, aquí volcó todo lo que le narré, todo lo que me enseñaron, pero puede que en algunos momentos de los millones de años que pasaron, alguien le haya agregado o quitado alguna parte.

Se lo entregó como un regalo. Los brazos de Álvaro lo sostuvieron porque tenía la fuerza idéntica del brujo que seguía hablando: –Ahí está Pangea, El Dorado, Abya Yala, el verdadero Popol Vuh y el futuro que nos espera.

La extraña concepción, cepa genética, le había quedado dando vueltas en la cabeza, Alvaro preguntó sobre eso:

—Ah, el pellejo. Todos éramos de color durazno, no había blancos, ni negros, ni azules, ni grises, ni amarillos, ni rojos, ni marrones. Por nuestras venas corría la misma sangre. Pero eso cambió cuando nuestra esfera se detuvo por un impacto que separó el continente, en el aire quedaron cenizas y polvo. Hubo zonas del norte en completa oscuridad y todos los seres vivientes que allí moraban se volvieron blancos y de ojos claros. Otra franja permaneció en penumbras, allí el pellejo se volvió amarillento y los ojos de esos seres, después de miles de años de forzar la mirada, se volvieron rasgados y oblicuos. Otros quedaron bajo el sol, para cuando la tierra volvió a girar se habían vuelto totalmente negros, y los que estaban cerca del mar se tornaron violáceos casi azulados. El día, la penumbra y la noche duraron millones de años.

Álvaro Núñez Cabeza de Vaca tiene en sus manos un tesoro, quiere llevar al brujo a Asunción, hacerlo su propiedad, llevarlo a España, le ruega que lo acompañe, le promete que lo respetará como a un Rey.

Kambá Porá no entiende, creía que venía por el oro.

El Ava Paje, sonriente dice: —No puedo, aquí me necesitan.

Álvaro escucha como Kambá vuelve a hablar el raro dialecto y el brujo se acerca para tocarlo, hace la imposición de manos que él también uso en Mexicali. Debe despedirse, precisa a los Tupís para llegar a Asunción, el Ava Paje le gana de mano y al estrecharlo le susurra al oído:

—Adiós hermano, la raza es una sola. A mí también me conocen por El Dorado.

BERGHOF

Las personas que respiran silencio exhalan paciencia.

Víctor era uno más del montón donde sobresalía una rubia exuberante. La sala majestuosa los recibe. Una mesa de caoba ocupaba estratégicamente el centro del lugar, el brillo de su superficie distinguía las vetas de la madera, parecía plastificada o barnizada pero solo era un pulido natural reforzado con un mínimo de aceite de nuez. Los laterales trabajados en doble hendidura, dejaban ver un grosor de diez centímetros en su tapa superior y arriba de ella, justo al medio, se destacaba un ánfora griega, por la que asomaba una pareja desnuda, entrelazados sus cuerpos, con sus brazos separados y las manos unidas, simulando danzar. Era una pequeña escultura de mármol, imponente. La mesa parecía hecha de una sola pieza porque costaba encontrar las uniones, sus patas torneadas tenían una redondez que era separada por un tramo en el que resaltaba un relieve, terminaban en una curva con forma de jota que se apoyaba en el piso.

Las trece sillas, también de caoba, resplandecían. Su asiento estaba cubierto de terciopelo rojo ajustado en sus bordes por tachuelas de oro cuya cabeza tenían forma romboidal y brillaban como pequeños soles. Sus respaldares estaban grabados con flores de pétalos hexagonales. Era un trabajo sublime, donde la mano del artesano, para poder repetir la simetría, fue infalible en cada una de las sillas que talló. La madera era fácil de trabajar, eso fue una ventaja. Si existió desperdicio este fue menor, además, el ojo inflexible del edecán controlaba, con extremado celo, la calidad de los muebles.

Víctor quería preguntar si podía sentarse. La rubia poseía una mirada dura, lo acalla solo con mirarlo de reojo.

Todo eso era posible de admirar, porque la araña de cristal que colgaba del techo, iluminaba de forma esplendorosa la habitación. La biblioteca cubría toda una pared, en apariencia construida del mismo material pero pasaba desapercibida, allí solo se destacaban los volúmenes encuadernados, diversas y fastuosas colecciones. En los lomos de los libros se notaba el color dorado de sus letras bordadas con hilos de oro, los distintos tamaños los diferenciaban.

El piso, de listones marrón claro, estaba encerado para poder conservarlo. Alrededor de la mesa, una fina y angosta alfombra persa indicaba por donde se debía transitar, era un camino que tenía imágenes contando la epopeya de Ciro el grande. La trama de las batallas libradas y figuras de los animales utilizados en las guerras médicas, su derrota. El techo estaba constituido por tabloncillos ensamblados, sostenido por tirantes que lo atravesaban en forma perpendicular y recta. La laca que lo cubría, devolvía la maravillosa vista de la disposición del mobiliario y reflejaba la lujosa luminaria, pequeñas luces destellando como un cielo nocturno. El efecto espejo se debía al procedimiento previo de calentar la laca.

Sobre otra pared estaba empotrado el hogar que servía de calefacción. Camuflado a un costado costaba ver el baúl que guardaba los leños. La chimenea se elevaba de forma cónica, hecha de piedras graníticas de un color rosa, traídas especialmente desde Noruega. A sus costados, las repisas, cortadas con proporción, contenían la urna con las cenizas de Miguel Servet. Víctor quiere preguntar: ¿Cómo y quién pudo recuperarlas? Le parece todo tan frívolo, como la rubia lacia que porta grandes ojos azules y lo tiene acobardado.

También sobre esa pared se podía observar el lacrimal de Cleopatra y las ullutas de Atahualpa, ambas de oro puro. Aunque el metal peruano era pobre, no llegaba a los dieciocho quilates. Los orfebres estaban sometidos a la excéntrica solicitud del poderoso. Había una flauta guardada en un recipiente de cristal. Vino de Hamelín, la trajeron como un regalo y fue tocada por primera vez, sin éxito, en una cervecería de Múnich. Luego funcionaría de maravillas.

Una única puerta de madera, sólida y lisa, ubicada en la mitad de la pared sur de tamaño doble, posibilitaba el ingreso y salida. A los

costados, cuadros de pinturas, entre ellos sobresalía uno en especial, la luz se apagaba y un reflector tenía el propósito de resaltarlo. Se exponía soberbio, “La noche estrellada”, del que no escucha y pinta en silencio.

Sobre la última pared, la del fondo, estaban repartidos, armoniosamente, cientos de objetos pequeños, adosados, colgados, apoyados. Provenían de diversas partes de la tierra, de pueblos extinguidos, de tribus y sectas. Una cabeza reducida por los jibaros colgaba su hirsuta cabellera de un clavo, sus ojos y boca estaban cerrados por una costura burda que le daba un aspecto tétrico. Un facón de alpaca dejaba ver labrado en su cabo unas letras mayúsculas, eme y efe, las iniciales de un gaucho de la pampa. El ojo de vidrio de Ruperta te devolvía la mirada; Y así fueron observadas con detenimiento y curiosidad una a una, todas las cosas reunidas.

De esa pared emanaba un poder sobrenatural, en el centro mismo se podía observar un rectángulo, como la boca de una alcancía. Servía para pedir cualquier deseo introduciendo un papel o murmurando la solicitud a los ídolos antiguos que rodeaban ese acceso.

Por esta sala de reuniones pasaron hombres de ciencia, de las artes. Allí se guardaron secretos, palabras de encantamientos. Toda la habitación fue absorbiendo la energía, siendo testigo del paso de las épocas. Los artesanos aportaron su toque anónimo, en el fingido mecenazgo que solo daba de sustento pan y agua. En esta sala se tomaron decisiones importantes del estado feudal y de la república.

Víctor levantó la vista, ya no soportaba más. Admiró el bosque de pinos, el cielo claro, las colinas y se dijo:

–Nunca más hago turismo de ruinas.

La destruida residencia de Berghof sigue atrayendo reliquias.

CRIATURA

Romina tiene dieciséis años, está en su último año del secundario, es una muchachita centrada, sabe lo que quiere, mentalmente se prepara para dar el salto a la universidad, busca una beca, por eso tiene notas altas, un lindo promedio le permitirá estar entre las aspirantes. Vive en un barrio marginal, su madre sostenía la casa con lo justo hasta que se volvió a juntar, antes de ello, discutieron mucho, ella resistía esa decisión, no quería un padrastro. Su madre nunca había querido revelar quién era su padre biológico, Romina usó esa circunstancia y exigió el dato a cambio de permitir la convivencia, atesoró en un papel el nombre, el lugar, datos de la familia paterna. Su madre confesó que nunca le había dicho lo del embarazo, él era un hombre casado y de buena posición, ella, en esos tiempos, una simple empleada doméstica.

La nueva pareja ya estaba instalada en la casa, no pusieron reglas, Romina lo evitaba, él tipo buscaba romper esa coraza, pequeños regalos y satisfacer necesidades alertadas por su madre fueron llegando a sus manos, pero ella permaneció inmutable, algo le decía que no debía confiarse y tenía razón.

El hombre de cuarenta años, marcado por la vida, había borrado los códigos. Aprovechó una mañana, cuando la madre fue a trabajar, él había salido más temprano y estuvo acechando, esperando el momento para volver a entrar. Romina seguía en la cama, semidormida, le pareció escuchar la puerta pero la confundió el ruido que provenía de afuera. El ataque fue furibundo, la violó quitándole la virginidad, no pudo gritar, le mordió la mano, alcanzó a arañarlo. Él se fue amenazando para que nada dijese, la mataría, mataría a su madre. Romina lloró amargamente, le dolía todo. Mientras se bañaba tomó la decisión, no le contaría a nadie, lo asesinaría, no merecía vivir.

La madre la encuentra cambiada, cree que es la adolescencia, accede con agrado a su pedido de poner cerraduras en el baño y en el dormitorio, en su pensamiento solo se trata de un capricho de la nena para tener privacidad, jamás sospechó del horror, inclusive se alegraba de verla comer poco, creía que cuidaba su figura.

Ahora Romina duerme con un cuchillo bajo la almohada, espera el momento. Aquel ataque vil la dejó embarazada, sabe que es cuestión de meses, odia al feto que engendra y se desarrolla en su vientre. Cuida todos los detalles, la faja ciñe y disimula su gravidez. El almanaque marca los días, buscó libros para saber, las náuseas le dejan una sensación de asco, piensa que es el odio manifestándose, vive espantada, aunque el monstruo no la molesta desde aquella aberración. Cada vez que lo ve, recuerda su juramento y planea cómo matarlo, cuando este dormido.

Sueña que Dios es un enano arrodillado pidiéndole perdón, su vida es un infierno, alejó a sus amigas, cambió su fisonomía, cabello desgredado, ojeras naturales del mal dormir. La confunden con una gótica, con una dark, se percató de ello y agregó algunos artificios metálicos, en la ceja, la nariz y al costado de la boca. También usa rímel negro y holgadas ropas oscuras. El colegio entero la encuentra transformada, no ven que se asfixia, algunos profesores la miran retraída, sospechan que está enferma, discuten como ayudarla, aflojó en todas las materias, no deja que nadie se le aproxime, la profesora de educación física quiso usar sutileza para penetrar su alma, la invitó a su casa pero Romina le respondió que ella no era lesbiana, dejándola anonadada.

Siente que es el día de alumbrar el odio, le rogó mucho al diablo para que suceda de mañana, cuando este sola. La idea de matar al recién nacido, sin misericordia, tenía su final a la hora del almuerzo, cuando el monstruo y su madre estuvieran sentados, ella arrojaría sobre la mesa el cadáver del bebé con el cuchillo clavado en el corazón y reiría a carcajadas diciendo: *¡Ahí está tu hijo!*

Ahora siente dolores, aguanta las lágrimas que igual escapan, con esfuerzo busca todo lo que necesita, el líquido corre por su pierna, junto a las ganas de defecar, sentada en el inodoro transpira, la cara mojada, los ojos desorbitados, no puede detener las punzadas intermitentes que

llegan como puñaladas, agotada siente desfallecer, se debilita, y algo escapa de su cuerpo, se levanta sosteniéndolo, ahora debe cortar y anudar el cordón umbilical, lo hace y mete al demonio en un balde plástico, piensa en ahogarlo, se asusta cuando comienza llorar, lo alza, lo mece, lo envuelve en una toalla y lo deja en el piso mientras limpia enloquecida todos los rastros.

Afuera la cuadrilla hizo un alto, un refrigerio liviano, mates y galletitas con picadillo. El ceibo en la vereda da algo de sombra, el muchacho apoyado en el tapial ve salir a Romina y tirar un balde en la única parte que falta cubrir. Piensa que la obra del entubamiento y tapado del zanjón de desagüe será un paso para el desarrollo de ese barrio, y se pregunta si la gente dejará de ser sucia.

A Romina le temblaban las piernas, no pudo vaciar el balde y lo arrojó. Le pareció que uno de los obreros la miraba, ahora, desde la ventana, por una hendidura de la cortina vigila con miedo, pero nadie se acerca. El balde plástico navega inclinado por el conducto subterráneo.

La semana fue normal, nadie se dio cuenta. Romina tiene fiebre, los restos de placenta le produjeron una infección, desvaría. A las dos de la mañana, agarra el cuchillo y se dirige al dormitorio donde la bestia ronca. Un leve reflejo de luna sobre la hoja metálica resplandece en la oscuridad, la mano aprieta el cabo del cuchillo, no calcula la acción, lo degüella sin asco. El alarido ahogado en sangre es un quejido sobrenatural, su madre grita, ella se queda sorda, paralizada.

Abrió los ojos en una habitación blanca, en soledad, jamás volvería a ver a su madre, del hospital al reformatorio por ser menor, luego a la cárcel.

La perra había construido su guarida bajo el puente, con ramas atravesadas que tenían restos de pasto seco. El animal parió ocho cachorros, cinco murieron, los otros comenzaban a moverse, su instinto le decía que podían caer al agua, se las arregló para acomodar otros palos y dejar a los sobrevivientes como encajados en un pozo. El viejo Rulfo, sereno del basural, se apiadaba de estos animales abandonados, le había tomado cariño a la perra, para él era cruce de ovejero, le guardaba sobras y la esperaba. La apodó "Flaca" Hoy tenía tiempo para seguirla, juntó

unos trapos viejos, las tetas cargadas le revelaban que tenía cachorros, quizás podría quedarse con alguno de ellos, un machito, pensaba. Creía que pudo haberse abotonado con “el Falucho” que era un perro bravo. Después de darle de comer, la observó cómo se metía debajo del puente, demoró poco en llegar, la perra estaba en el agua, en la boca tenía un cachorro muerto, se le habían ahogado todos, la ayudó a salir, la perra le mostraba los dientes, gruñía desesperada, pero no había nada para hacer, le acomodó los trapos y regresó a su puesto de trabajo.

El balde rojo estaba atascado a unos cincuenta metros del puente, la criatura emitía un llanto débil, la perra, refinando el oído, captó el sonido. La visión no la ayudaba, buscaba en el aire con el olfato. Trabado en un montículo estaba el balde, logró asirlo y hacerlo flotar hasta la madriguera, con mucho trabajo lo sacó y arrastró hasta los trapos, arrimó sus tetas a la boca y lo rodeó dándole calor.

Pasaron siete años, la criatura aprendió rápido a ocultarse, la perra le enseñó a sobrevivir, a buscar comida en el basural y cazar de noche, lo que encontrarán, sapos, ratas. La naturaleza física de la criatura lo cubrió entero de un vello claro con tintes dorados, sus ojos miel dominaban la oscuridad del territorio, se movía en un radio grande, donde pudiese estar cubierto, sus sitios preferidos eran los pajonales al lado del zanjón y los sembradíos cercanos. Tenía la destreza y el tamaño de un canino, de dientes puntiagudos y filosos, sus uñas desgarraban. Un día, la perra no volvió, la esperó presintiendo que algo había ocurrido. La noche siguiente salió a buscarla, de vez en cuando emitía un gemido, un llamado lastimero, olfateaba sin encontrar un indicio. Comenzó a sentir como una angustia pero no podía definirla, luego vino un aroma a tristeza desde el costado del canal que lo fue llevando a las luces lejanas.

El pajonal alto lo protege, Llega hasta un punto donde la zanja está cubierta, abajo un hueco oscuro despide olor a podrido y le hace perder el rastro. No sabe si continuar pero adelanta unos metros por arriba y el aroma vuelve a ser nítido, apura el tranco, acorta la distancia. La casa tiene un pequeño cerco que no resulta un obstáculo, salta, se estremece, la rodea y luego se echa frente a una puerta en posición fetal.

Pasaron siete años. Romina dejó la cárcel acompañada de una tía que vino a buscarla. La condena fue atenuada por la muerte de su madre, la cirrosis la consumió.

El encierro la fortaleció, es una mujer dura, centrada, sabe lo que quiere, mentalmente se prepara para dar el salto a la universidad. Su tía cuidó la casa pero ella piensa en venderla, irse de ese lugar. El barrio está cambiado, se respira aire limpio, el zanjón ya no existe, luminarias, arbolitos y bancos le dan un aspecto de parque jardín. Cuando atraviesa la puerta del hogar los recuerdos la sacuden, no acepta que su tía se quede a dormir, no quiere estar sola pero se aguantará esa noche, mañana planificará que hacer.

Sus sueños la atormentan, son los mismos desde hace siete años, parecen reales. Se levanta temprano, como siempre, asustada, en la cocina recobra sus movimientos, antes de poner la pava mira por la ventana y sorprendida se pregunta: ¿De quién será ese perro?

ATACAMA: MAYO DE 1914

Por el camino de la historia llegaba a Iquique, pero antes me extrañaría en los pasillos y corredores del Liceo llamado Domingo Santa María, en reconocimiento a un presidente chileno que trae a la memoria otras vicisitudes.

¿Conocías la historia? Puede ser... Hay tantos fantasmas en este norte despoblado por muerte cruenta... Todo venía de lejos, del desencuentro, de las idas y vueltas, de los vericuetos legales, de las distancias infinitas que fueron conduciendo a la lucha, primero por causa de las aves y después por la sal.

Me senté en un banco de hierro colonial, cerca de unas altas palmeras y bajo el tibio sol la somnolencia me venció.

Cuentos de guerra, de cañones, de héroes y territorio. Cuentos de mar y leyenda. El peñón de Arica y la inmensa bandera tricolor que flamea sublime.

Sueño. Una mujer parece pasear por la playa. Lleva una sombrilla para cuidar su blanca piel que la distingue. Es Elizabeth Wattson, nacida en Gales, hija de Charles, el responsable de la compañía inglesa que explota el salitre en Atacama. Es una dama a la que la brisa marina le quiere hacer volar su capellina. El aire juega con ella, agita su largo vestido de algodón traído de la India. El ritmo del oleaje sigue sus pasos.

¿Adónde va lady Liz? Trata de cortar camino, de acercarse al Liceo. Sabe por las noticias que allí se amontonan obreros y ella es curiosa. Conoce los relatos narrados por los sirvientes que trabajan en la mansión de su padre. Son bolivianos y peruanos, de sangre indígena, son los cabizbajos derrotados.

Chilenos entrando victoriosos en las barriadas de Lima. ¿Conocías la historia? Puede ser... Fue cuando Bolivia perdió el mar y parte de

su gran territorio en el Pacífico. Mejillones, Caracoles, Antofagasta. ¿Cuántas muertes dejó la guerra del año mil ochocientos ochenta y uno? Calculan veinte mil, entre combatientes y civiles.

Este día otoñal es raro, hace calor. A la brisa le sucede un viento molesto que levanta arenisca. La playa pierde encanto. Remolinea el aire caliente y recorta en el horizonte formas que fluctúan en la distancia. Espejismos, como si fuesen fantasmas viniendo desde el sur.

El sol toma el derrotero del oeste y desde allá, siguiendo la fina costa, los barcos trajeron el ejército para apaciguar la situación conflictiva. Los obreros se confunden, creen que las autoridades de gobierno pueden mediar. En su resistencia, rechazan las invitaciones al desalojo. Temen la traición, temen el plomo. La huelga continúa.

Ellos no los ven, pero ya están rodeados. Siguen sin verlos, los fantasmas han olfateado la muerte.

La primera munición da comienzo a una sinfonía. Se desencadena en la tarde y la muerte llega como agridulce canción. Los labios de los caídos la tararean en su último suspiro. Es una cantata que se alarga a medida que la masacre avanza.

El general Roberto Silva Renard sabe perfectamente que la mayoría de los caídos son de sangre nativa. No entiende la melodía porque no habla el camanchaco de los Changos. No entiende el quechua. Siendo chileno ignora el idioma mapuche. Sí sabe, el general, que está en una ciudad otrora peruana, una ciudad que conservó su nombre original de una voz aymará. Iquique, “lugar de sueños”.

El militar solo conoce el idioma de las armas, para él, el olor a pólvora es oxígeno en la sangre. Se justifica mientras piensa: *Defendemos el territorio ganado, el guano, el salitre y al explotador que organiza el trabajo.*

La sombrilla y la capellina parecen bailar una danza al compás de la melodía funesta, son arrastradas por el viento. Elizabeth creyó ver fantasmas en la playa, escuchar una música. Pierde la noción del tiempo mientras yace en la arena, su mano cerca de la cabeza embadurnada con sangre. Sus ojos abiertos no pueden ver el agujero de entrada que dejó la bala perdida, justo en la sien.

Un soldado, que no quiere asesinar obreros, apuntó hacia arriba, al cielo. Ya todo pasa, tarde noche se serena el estertor de los caídos. Termina el estampido de los rifles. Disminuye el lamento. Se apaga el llanto, cesan las lágrimas de los que quedaron vivos. Nadie entiende nada y la tierra espera los cuerpos de los desgraciados. Ya preparan una fosa común, no hace falta identificarlos.

Todos reclamaban diez peniques y unas pocas mejoras a su humanidad. Llega la noche, los fantasmas comienzan a retirarse de Tarapacá. Ahora son más. A los veinte mil anteriores, el general Roberto Silva Renard le ha sumado otros tres mil. Entre ellos sobresale una mujer de fino porte, que parece llevar una sombrilla en una mano y con la otra hace como si sujetara un sombrero. Su hermosa silueta se dibuja bajo la luna que ilumina el camino del desierto.

Los fantasmas marchan cantando por todo Atacama, el canto de venganza. *Pido venganza para el valiente que la metralla pulverizó, pido venganza por el doliente, huérfano triste, que allí quedó...*

Siete de Mayo de mil novecientos catorce, Antonio Ramón, anarquista español, hiere, pero no mata al General Roberto Silva.

Escucho una voz: “Señor, señor”, alguien me sacude los hombros y despierto. Sonrío.

Sonrío triste, estoy en Iquique, lugar de sueños.

SULTÁN

La mascota llegó a mediados de la primavera. Las promesas se cumplen, sentenció su madre cuando se lo entregó. El chico saltaba contento abrazando al perrito. Lo habían comprado en “El Tosco”, la única veterinaria del pueblo. Era de raza ovejero belga y tenía dos precios, con papeles resultaba más oneroso, optaron por ahorrar unos pesos con la justificación de brindarle una igual atención, todas las vacunas que hicieran falta y la alimentación adecuada. –Estos perros no comen cualquier alimento, –les dijo el veterinario y recomendó un balanceado caro.

Fue así como la familia se agrandó. Bautizado como correspondía recibió el nombre de Sultán. Como todo cachorro era una dulzura, juguetón e inquieto. El padre sospechaba que muy manoseado no sería un perro bravo. Era el primero que tendría Horacio, la compañía ideal para sus aventuras y desventuras. Esa especie de compinche y amigo de día. A la noche lo imaginaban guardián protector del hogar. El animal reconocía la bondad, se identificaba con los cinco años de inocencia y ternura, se volvieron inseparables.

La perra camina en línea recta y los perros que la siguen se van encolumnado en orden a su tamaño. Era raro verlos, algunos canes son puros y aparentan estar cuidados. Un dogo argentino, con su característico color blanco marcha detrás de la hembra, luego viene un bóxer barcino. El resto son de diferentes cruzas pero se distinguen por el predominio de una raza sobre la otra, cuestión esta que permite identificar a un pekinés de ojos saltones, al chihuahua orejudo y a un dálmata mediano. El total de la jauría llega a ocho. Seguramente con el correr del día habrá más. El olor del celo viaja y permanece en el aire, puede olfatearse a kilómetros de distancia y provoca el frenesí en los machos, sin diferenciar tamaño ni cualidades. El más chiquito, es un ratonero marrón oscuro con algunas manchas blancas redondeadas, varias a los costados y una

pequeña en la frente con forma de estrella, su lengua cuelga larga y sus ojos mantienen una actitud de extravío, es el único que tiene un collar. Los demás, se nota, no poseen cucha, son de esos perros a los que se les tira un trapo en cualquier lado y crean su morada. Algunos muestran sus costillas dibujadas bajo el delgado cuero. Cuando la perra se detiene, todos se amontonan a su alrededor, si permanece un rato en esa posición, algunos de ellos se echan a la espera. Cuando la perra vuelve a levantarse, todos se levantan y enfilan como si respetaran alguna invisible jerarquía, como si existiera una especie de pacto entre ellos. La perra cruzó la calle y originó un problema de tránsito, sin embargo, los conductores están prevenidos, vienen observando la jauría que no pasa desapercibida y como resultado lógico, los automóviles esperan que pase la caravana de canes.

Horacio estaba preocupado, su perro no había vuelto, llevaba tres días desaparecido, su madre no mostraba ningún interés y le repetía que ya regresaría, solo, sin necesidad de buscarlo, pero el niño lo suponía perdido. El laberinto de su mente le reclamaba una salida, quizás fuese necesario poner un aviso en la radio, él había escuchado que en estos casos se ofrecía recompensa, eso sucedió con un gato extraviado, pero él tenía poco para ofrecer, la alcancía solo contenía unas monedas. El único camino que le quedaba era su padre, tenía que encontrar la forma de pedirle plata.

Lachito poseía una foto del perro, era vieja pero no se notaban diferencias. Imaginó hacer carteles para pegarlos en los postes del alumbrado. Sus diez años y la velocidad de la tecnología le permitían estar en internet. Su primo José le armó la página y le enseñó cómo manejarla, como subir imágenes, había adulterado la edad para tener su propio perfil en facebook, todos sus amigos lo hacían y se comunicaban con ese sistema de red social. El domingo se juntó la familia, José lo ayudó con la búsqueda, en poco tiempo estaba impresa la foto de Sultán con todos los datos. Internet también mostraría igual noticia. Quien lo hubiera visto le podría avisar por mensaje. Los días siguientes se sucedieron sin éxito porque sus contactos eran muy pocos y ya todos conocían el tema. La desilusión avanzaba.

Ese día en el aula estaba distraído, la maestra en la clase de matemáticas ladraba, pero dejó de hacerlo para realizarle una pregunta. Él estuvo a punto de responderle con un guag pero agachó las orejas, su silencio lo decía todo.

—¿Te pasa algo, estás bien Horacio? —Lo interrogó pensando que estaba enfermo, Laura que se sentaba atrás respondió concisa: —Perdió el perro, —eso produjo una charla colectiva donde las conclusiones arrojaban la certeza de que iba a aparecer, en realidad se trataba de levantarle el ánimo porque a la mayoría no le interesaba el tema.

La madre escucha el ladrido y los rasguños en la puerta principal, corre a recibirlo pensando en la alegría de su hijo. El perro pasa como una exhalación, no acepta caricias. Debe tener hambre, piensa la mujer y cierra la puerta. La oscuridad se apodera del pasillo, el perro gira, ve la figura que se mueve en las sombras y ataca. Sin reaccionar recibe la dentellada en el brazo, llevada por el dolor grita el nombre del perro y este parece reconocerla frenando el ataque. La sangre corre hasta su mano y ensucia el piso, de modo reflejo, adhiere el brazo a la blusa y toma el camino del baño para mirar mejor y limpiar la herida, pensando que el hospital será su siguiente peldaño. Debe llamar a su marido, le pedirá que sacrifique al animal, piensa que es un peligro, que puede tener rabia. Él debe llegar al mediodía, antes que su hijo vuelva de la escuela. Mira la herida, los colmillos bien marcados, sale sangre de un agujero, no es mucha, se tranquiliza mientras se lava el brazo, luego se coloca agua oxigenada y un desinfectante, hace una compresa con gasa y venda el brazo. Cambia de parecer, no llamará a su marido, no lo molestará.

El perro está echado en el suelo de la cocina, debe tener hambre se repite la mujer que busca el alimento guardado en el lavadero. Abre la puerta que comunica con el patio trasero y lo llama: —Sultán, Sultán—, el perro gruñe y sale como apenado, ahora advierte que tiene una herida en el cuello donde los gusanos se amontonan, ella siente repulsión y coordina mentalmente llamar al veterinario, peleó, es la conclusión. Le llena el plato sacando la cuenta que estuvo dos semanas completas dando vueltas por ahí, agrega agua en otro recipiente y lo rebalsa, el reflejo de la luz sobre el líquido da en los ojos del perro que salta impulsado como un

resorte, hacía atrás, mostrándole los dientes, el perro huele el miedo y ataca, la mujer se desmaya un instante antes de morir.

FELIZ CUMPLEAÑOS

Eduardo maneja con precaución, respetando todas las señales, a veces teme por su vida, por los irresponsables al volante. Sigue el ritmo de una canción que la radio trasmite evocando recuerdos. Tararea y silba, no recuerda bien la letra pero habla del amor que no se encuentra. Vuelve de jugar al golf, es la rutina de su vida de algodón.

Mañana cumple cuarenta y aún está soltero, con menos oportunidad de cambiar ese estado. La soledad lo ataca leve, solo en algunas noches lo desvela, cuando el cansancio del trabajo no fue suficiente. No tuvo la suerte de hallar un alma gemela, una mujer semejante, cierto es que tampoco la buscó, prefirió que ellas se acercaran y vaya que lo hacían, el dinero familiar era un imán. Jamás pretendió una profesional, pero la mayoría venía con el libreto escrito. Se mostraban inteligentes llenándolo de sabiduría. No pretendía una belleza o una linda modelo, esas solo ofrecían servir de adorno y acompañarlo en vacaciones.

En la radio sonaba una canción desconocida. No estaba virgen, de ese tema se había encargado su tía Gertrudis, la hermana de su madre. Ella lo llevó a la casa de una amiga y desapareció, no supo en qué momento ni con que excusa lo dejó ahí con Inés, seis meses de viuda. Años más tarde se daría cuenta que fue un complot. No, no estaba virgen, existieron más mujeres que deseaban mantener una relación y comprometerse, no tuvieron éxito. Hubo otras que se ofrecían en libertad, el famoso touch and go. En algunas ocasiones pagó servicios que se ofrecían, en ciudades extrañas y con extranjeras. Pero en cada uno de esos momentos, siempre estuvo presente Inés.

Está llegando a su departamento, la cochera está abierta. Baja la bolsa y le parece pesada pero es el último esfuerzo. El encajonamiento y luego la oscuridad del pasillo. La llave en su mano, el giro y la soledad. Esa noche revive la primera vez. Diecisiete años, terminando la escuela

secundaria. Ella lo condujo al dormitorio, estaba intimidado, pero la acompañó. Tenía una ansiedad nerviosa, deseaba ese momento y no sabía qué hacer, ella sí, eran cuatro décadas. La misma edad que Eduardo cumpliría el día siguiente. Su trato educado, su explicación científica, su vida expuesta con resignación por el deceso de su esposo, el hecho de estar recién bañada, oler a jazmín, y escuchar que le decía cerca de la oreja: –Déjame a mí–, mientras le sacaba la camisa.

Jamás la olvidaría, fueron cuatro encuentros con la viuda, programados con detalle, para preservar su intimidad y no despertar sospechas. Cuatro encuentros para despertar el sexo y la obsesión. Hasta que ella cortó la relación. Él juró que la amaba, que se casaría con ella. Inés no se alegró, rechazó el ofrecimiento, aludió a la familia. Él dijo que su madre no sería, ni haría problemas. Inés siguió con la diferencia de edad, él, que solo eran excusas tontas. Ella le explicaba que estaba confundido, él que había sido usado. Inés habló de inmadurez y repitió: –No, cientos de veces.

Con el último no, lo acercó a la puerta y se fue de viaje. Eduardo no volvería a pisar la casa. Lloró muchos días, ya nada sería lo mismo. La universidad lo recuperaría, con la experiencia hecha manipulaba a sus compañeras.

Habían pasado ocho años. Eduardo, flamante abogado, camina hacia los tribunales. Lleva un maletín y algunos expedientes bajo el brazo. Va distraído pensando en algunas causas y sus posibles soluciones. La diagonal de la plaza acorta el camino. Una mujer mayor ayuda a un niño a subir y bajar del tobogán, esa imagen lo devuelve a su niñez, le recuerda a su madre hamacándolo, a su tía Gertrudis corriéndolo por todos lados, haciéndole creer que no podía atraparlo. Sus miradas se encuentran en la media mañana de invierno que tiene una temperatura cálida y contagia tibieza. La saluda con ternura, bajando un poquito la cabeza, como asintiendo, como diciéndole con su corazón, muy linda su vida. Y sigue al rumbo fijado, a la cita con su ocupación, pero algo en su interior le quita tranquilidad, ¿Habrás olvidado algún papel?

El día transcurrió y a la tarde evocó a la mujer de la plaza. Un cierto parecido con Inés. Dedujo que la mujer tenía razón con el tema de

la edad. Frenó el impulso de llamar a su tía, rara vez lo hacía, pero el motivo de fondo era la viuda. Debía llamarla, después sería cuestión de encontrar el momento para hacer la pregunta, como a la pasada: –¿Qué es de la vida de tú amiga Inés?

Su tía fue la primera y única en oír sus reclamos por el desplante, escuchó la insistencia de explicaciones racionales y el desprecio que había sufrido su corazón. Gertrudis nunca hizo comentarios, ni se enojó, ni le brindó consuelo, solo dijo:

–Ya se te va a pasar.

Ahora la estaba llamando, para escuchar que ella está aquejada de la cadera por el nervio ciático y siguió con la lista de sus dolencias:

–Desde la punta de los pelos hasta la planta de los pies.

Eduardo quería cortar la comunicación, le preguntó si fue al médico solo para escuchar, como si estuviera leyendo en un diario, la página de profesionales y especialistas de la medicina. No había forma de introducir la palabra Inés, la palabra viuda. Optó por lo sano, comprometió su visita para el fin de semana, allí obtendría la información. Nunca concretó esa cita.

Se despertó sin recordar que era el día de su cumpleaños, ya no lo esperaba como antes. Las circunstancias de la vida lo habían alejado de festejos, los únicos encuentros familiares se producían en las fiestas, navidad o año nuevo, dependiendo del criterio común de los que concurrían. Igual, para él, semejaban copas vacías.

Era un día cualquiera, uno más en su ajetreada hueca vida. El agujero de adentro, hoy estaba agrandado. Comió limpiando las sobras del día anterior. Llegaban los mensajes saludándolo y los deseos que todo fuese espléndido. Agradecía la atención expresando que pronto los vería. La última comunicación llegó a la tarde, cuando ya estaba sin ganas de atender, era su tía Gertrudis, el feliz cumpleaños tenía una sorpresa, lo esperaba en la plaza con el regalo.

Apareció cerca de las cinco de la tarde. Desde lejos vio a su tía sentada en un banco, apresuró el paso, no recordaba cuando fue la última vez, pero calculó cinco años. Sí recordaba que le preguntó por la viuda,

y que al silencio le siguieron evasivas y risas nerviosas, preguntas irónicas: —¿Cómo, no la olvidaste? Claro, como podías olvidar si fue la única. —Después contó que le había perdido el rastro pero eso olía a mentira. Ahora podía aprovechar este encuentro y el motivo para preguntar y esperar una respuesta sincera. Ella se levantó cuando él estuvo a dos pasos, se abrazaron, besaron, Soltó emocionado: —¡Tía querida!

—Feliz cuarentena, le dijo ella, —Acá está el regalo—. Un sobre de papel madera sin nada escrito en el exterior.

—¿Qué es?

—¿Cómo, qué es? Un regalo sorpresa que solo vas a conocer cuando vuelvas al departamento.

Lo invitó a tomar un café. La charla giraba sobre el posible contenido del sobre. Amenazaba con abrirlo ahí mismo, pero su tía demostraba enojo. Volvía a la sorpresa, al sobre cerrado e intercambiaron promesas. Él esperaba llegar al departamento, a cambio ella debería contarle algo sobre Inés.

Y le dijo, había muerto de un cáncer el año pasado. La noticia dejó un sabor amargo, trató de disimular el dolor que sentía y mantuvo una actitud despreocupada conversando de cosas triviales. La hora pasó lenta, se despidieron de la misma manera en que se saludaron.

Lagrimando caminaba de regreso con el sobre en el bolsillo del saco jugando a adivinar que había adentro. La mayor posibilidad era un pasaje en avión, imaginó diferentes destinos. Otra, era un cheque jugoso, algún ahorro que pasaba a sus manos. La tercera idea, su tía lo nombraba heredero, era una copia del testamento, todos sus bienes para el sobrino preferido, pero ese pensamiento no tenía asidero, salvo que lo relacionara con la muerte, sí, quizás la muerte de Inés podría ser una causa, el temor de su tía a morir, de ahí la cuestión de dejar todo en orden.

Ya estaba en el hall de entrada, el ascensor no respondía, decidió tomar las escaleras, subir tres pisos y de paso hacer ejercicio. La llave iba en su mano, entró rápido, el saco quedó en el perchero. Fue al baño, necesitaba orinar. Después retomó su actividad. Organizarse para el día siguiente, el trabajo no se detenía. A la noche recordó el regalo con cul-

pa, *el sobre, que idiota soy*, y fue a buscarlo. Estaba cerca de acostarse y la cama resultaba el mejor lugar para abrir, leer y acabar con la intriga.

Adentro había una carta póstuma, era de Inés, la viuda. Comenzaba relatando lo difícil que había sido mantenerse alejada. Él pensaba en todo el sexo que se había perdido. *¿Pero por qué me escribe? ¿Porque en mi cumpleaños? ¿Es ella la que me deja la herencia?* Su tía debía conocer el motivo y tenía la carta desde hacía bastante tiempo. *¿Por qué no la entregó antes?* En una parte le relataba cuando lo vio en la plaza, le recordaba que ese día no la reconoció, estaba encanecida, pero eso era algo propio de su familia, tanto en los hombres como en las mujeres, antes de los cincuenta ya estaban cenicientos. La característica de las canas también era notable, de un color gris, que los distinguía. Le seguía contando que estaba al tanto de su vida por Gertrudis y hacía referencias a muchas situaciones por él vividas, como si ella hubiese estado ahí. Luego seguía con el relato de su enfermedad y el diagnóstico terminal. A Eduardo algo se le estrujaba por dentro. Al final le pedía un gran favor, si acaso no la había olvidado, porque sabía que no se había casado, le pedía que ayudara a su hijo Gabriel, para que terminara de estudiar, le quedaban pocos años. Dejaba referencias del muchacho, algunos datos, inclusive del dinero que hacía falta, direcciones, teléfono y se despedía confesando que esa carta solo se entregaría cuando ella falleciera. Trazos desaparecidos mostraban al final. *Siempre te quise*. Era como si la mano hubiera temblado o quizás era la enfermedad, dudó Eduardo.

Eran las diez de la noche cuando se dirigió al teléfono, cargando la imagen de la tía Gertrudis, en su cerebro palabras de enojo, la viuda y la carga que me quiere poner. —Hola, hola, Tía, no, no me digas nada, podías haberme ahorrado la mala sangre; ¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo puede ser? ¿Es mi hijo?...

LLAMADOR

Al colorado le dicen Pirincho, tiene diez años, pecoso, bocón, con dientes de conejo que le sobresalen cuando ríe. El otro es un año más chico, pícaro, tiene la viveza a flor de piel, lo apodan Patán, elabora comentarios jocosos con suma facilidad y su carcajada es contagiosa, como si tuviera un eco. Crea el ambiente para hacer travesuras. Los dos están acostumbrados a vagar con apariencia de salvajes. A Patán le gusta lucir la honda en el cuello, lleva el bolsillo del pantalón lleno de piedras. Van juntos por la vieja huella de carretas, un pasadizo polvoriento, al costado del sembradío, del otro lado del monte virgen, caminan hasta hallar el claro desmontado que exploran desde hace varios días y dónde incursionando en la aventura, encontraron un sendero. Ahora buscan un lugar para dejar las dos jaulas que llevan tapadas con trapos, desde hace unos años sueñan con atrapar el pájaro estrella, en la aldea es una leyenda que narran los abuelos, dicen que muy pocos pudieron escuchar su canto, nadie pudo verlo. Pero don Chito les enseñó como era el silbido y también lo describió como su abuelo lo hiciera con él, plumaje naranja, alas amarillas, una estrella roja en el pecho y un penacho azul a modo de vincha, a quien lo atrape lo espera una fortuna.

Oswaldo tiene catorce años y la maldad lo rodea con su red. Doña María, su madre, cree que le hicieron un daño, que está embrujado, pero el muchachito se niega a visitar a la curandera. Oswaldo viene siguiéndolos a la distancia, conoce a los pibitos y su intención es asustarlos aunque también se le ocurrió robar las jaulas o abrirlas para que escapen las aves, por lo último duda sobre el bien y el mal.

Las pequeñas jaulas tramperas quedaron colgadas en ramas gruesas, ambas tienen alpiste y agua, un pájaro mezcla colores marrones y tiene puntas de las alas amarillo, se parece a un jilguero. El otro fue atrapado hace poco, es una hembra cruza de canario, los dos cantan, se diferen-

cian porque uno emite un canto monótono y triste, Pirincho dice que es su lamento por estar presa y el otro, esa especie de jilguero cambia de ritmos, parece un llamado, parece un quejido, algunas notas suenan alegres, por ahí desafina, para quien no sabe de pájaros, puede parecer un canto de amor, en este caso solo es un silbido de traición.

Pirincho y Patán llegaron al límite conocido del monte, los rumores hablan de serpientes y pumas que se acercan a la aldea, creen que son cuentos para asustarlos y juntos disimulan el temor, esta vez la exploración es hacia la izquierda, los arbustos no son tan enmarañados, se puede andar por lo bajo, y dejar señales para no perderse.

Pirincho busca mariposas para la maestra que las colecciona, ella le dio lecciones para atraparlas y le regaló una red, Patán no puede parar sus carcajadas cuando lo ve correr detrás de alguna, él tiene la honda cargada en sus manos, y se queja porque le va a espantar sus presas, sueña con cazar una charata, la pava del monte, dicen que son sabrosas y él quiere llevar una para su familia.

Osvaldo dobló rastreando las huellas de los chicos y sabe que está cerca, oye un pájaro que canta lindo, como si ensayara una melodía, su silbido penetra el aire, sus ojos buscan y encuentra la jaula, duda si libera al ave, pero sigue camino, todo muy rápido, el sachá jilguero al escuchar la presencia, se vuelve silencio.

Todavía es temprano, el monte se llena de ruidos raros, Pirincho dejó de perseguir mariposas, ya tiene algunas pero sabe que son semejantes a otras que ya le llevó a la maestra, Patán desapareció de su vista, pero no puede estar lejos, ojalá haya cazado algo, no quiere gritarle, puede arruinar la cacería. Se queda quieto, cerca de un arbusto, pero la impaciencia lo apodera y llama sin obtener respuesta, no se alejaron mucho, Patán tampoco lo ve, pero puede orientarse hacia la voz, callado va a su encuentro, Pirincho está de espaldas cuando recibe el pedrazo en el trasero, pega el grito sorprendido pero es tapado por la carcajada.

Emprenden el regreso con las manos vacías, a mitad de camino en medio de la huella ven como una sombra rápida se esconde detrás de un arbusto, se miran a los ojos y descubren que están asustados, en voz baja discuten sobre lo que vieron y coinciden en que es un animal, un puma.

Sería un error meterse al monte o separarse, Patán tiene un verijero que usa para desvestir las presas, le da la honda a Pirincho y avanzan a la par, a dos metros del arbusto se paran, no ven movimiento y toman velocidad. Osvaldo calculaba el momento para salir al cruce y asustarlos. La acción es tardía, choca con ellos, los tres caen, ruedan por el suelo, el polvo se levanta por todas partes. Patán con la confusión y susto alcanzó a clavar dos veces el cuchillo, se paró al instante y continuó la carrera, Pirincho lo sobrepasa a los cincuenta metros, agitados siguen corriendo hasta la huella de entrada y de ahí a la aldea.

Al otro día, el viejo Chito los acompaña, los muchachos confían en él, va narrando sobre un chico salvaje, desnudo, que alguna vez vieron en el monte. Pronto llegan al lugar, los rastros están frescos, sangre seca, huellas de puma que arrastra algo se pierden en la espesura del monte, recuperan las jaulitas, se las devolverán al viejo. Pirincho les da libertad a los pájaros llamadores y emprenden el regreso.

Desde aquel momento, en la ventana de Doña María, todos los días canta el pájaro estrella, su melodía llena la mañana, piensa en la ausencia del hijo y sus ojos... se pierden en el camino.

LUCES CELESTIALES

El pueblo de Valle Viejo estaba convulsionado. La asamblea convocada por el Intendente tenía un solo tema a tratar, como si fuera el título de una película: Los extraterrestres.

Comenzó a la hora fijada, a pesar de la crítica uniforme que todos realizaron, esa era la hora de la siesta, sin embargo los pobladores llegaron puntuales, hasta los perros se acercaron al ver la confluencia humana.

El gimnasio de la escuela estaba colmado y el reloj de la iglesia correspondió con las tres campanadas. Quince horas en el hemisferio sur.

En el palco armado para la ocasión, cuatro personas: el juez, el comisario, el sacerdote y el intendente asomaban mostrando el torso como estampas de próceres.

Abajo se palpaba un ambiente hostil y deliberativo. El juez había llevado su martillo de madera y el apoyo donde golpear. Haciendo uso de su herramienta llamó a silencio. El intendente acomodó el micrófono inalámbrico, sopló y se entusiasmó; continuó probando: –Hola... hola... y el uno, dos, tres, trivial. Sus manos lo sostenían como si fuese un cantante melódico. El parecido a Sandro y las imitaciones que realizaba lo habían vuelto popular, esa condición le permitió llegar a la intendencia. Una señora le pidió que cantara “Rosa Rosa”. El gesto de mover la cabeza afirmó la negativa.

Después de exponer sobre las extrañas luces que se venían observando en los cerros distantes a cuarenta kilómetros, dio apertura al debate. Afirmó, con total certeza, que eran objetos voladores tripulados por extraterrestres. Recordó que a ese sitio los indígenas lo consideraban un lugar sagrado y nadie se atrevía a acercarse.

No se trató de un debate. Las discusiones arrancaron en un completo caos, el juez se cansó de dar golpes y optó por quedar cruzado de brazos. El sacerdote quiso officiar de mediador y el comisario imponer su autoridad, nada de eso fue suficiente. El intendente usaba la paciencia esperando que las deliberaciones se agotaran y pudiese sacar algo en limpio, pero era tal el histerismo que hubo constantes interrupciones, provocados por los frenéticos asambleístas.

–Orden, orden, por favor–, pedía el intendente. Para continuar explayándose sobre la conclusión a la que había llegado, después de escucharlos. Dos posiciones distintas eran el motivo de la controversia. Unos querían tomar contacto, hacer un comité de bienvenida que se dedique a organizar lo correspondiente a la invitación. La otra facción veía un peligro, una invasión y preferían darles la despedida, preparar al pueblo para su defensa.

Aprovechando su experiencia de artista consagrado determinó dividir el salón con esas dos posiciones. Cambiaron de lugar pero el hacinamiento impedía distinguir los límites de las facciones en disputa. Optó por lo más simple, que levantaran la mano, primero los que estaban por la idea del comité de bienvenida, el resultado fue una mayoría abrumadora. Entre los que no levantaron la mano se encontraban los más violentos, identificados con pandillas, pendencieros, los practicantes del deporte de los guantes, algunos fornidos y policías, cuestión que había preocupado al comisario quién los inscribió automáticamente en una lista negra.

La voz cantante del primer y mayoritario grupo la llevó Don Fulgencio Barría, un amante de la paz y el medio ambiente. Con sus noventa y cinco años era uno de los hijos del fundador del pueblo de Valle Viejo. Asentamiento instalado luego de que vencieran a los indígenas en la histórica batalla del burro negro, en honor al animal que montaba el comandante Napoleón Soto. Don Fulgencio empezó hablando de los pajaritos que volaban y las florcitas del campo. Extravió el motivo y tuvo que ser ayudado por un asistente para retomar la propuesta. Formar el comité de bienvenida, acercarlos la invitación a los extraterrestres y planificar la integración, a algunas mujeres se les aflojó el elástico de la bombacha.

–¿Es una moción?– Preguntó el intendente.

–Sí–, fue la respuesta.

Todos levantaron la mano por la conformación del comité. Ninguno quería integrarlo. A la hora de solicitar voluntarios para ir al encuentro, se miraban entre ellos como diciéndose, *Andá vos*. Solo uno levantó la mano y ese era el loco del pueblo. *A fojas cero*, pensó el juez mirándolo y el intendente ratificó ese pensamiento. No pudo rechazar al postulante porque se vio interrumpido por personas del grupo Pro Defensa de Valle Viejo quienes hacían acusaciones en general.

–Manga de cagones, eso son todos ustedes–, se escuchó con claridad la voz de Benjamín Soto, bisnieto de don Napoleón, campeón local de tiro al blanco.

Lo que ocurrió a continuación fueron pequeñas escaramuzas, bravuconadas de ambas partes, pero nadie se animó, en ese momento, a enfrentarse de modo real. El sacerdote intentaba calmar el ambiente y propuso rezar el padre nuestro, contuvo la situación pero no todos sabían la oración. Después del “Que así sea” se produjo mayor confusión, querían impugnar la asamblea, argumentaban que no tenía validez. –Plebiscito– exigían iracundos. Todos hablaban a la vez. La oportuna intervención del comisario, que ya tenía preparadas las esposas para los revoltosos, resultó una salida cuando solicitó un cuarto intermedio.

El intendente asintió, prefería eso a que siguiera descarrilándose la asamblea. Llamó a la reflexión a los dos sectores, para buscar cuáles serían las mejores alternativas y de ser posible, elaborar algún plan y sus detalles de ejecución. La continuación de la asamblea popular sería al día siguiente y fijó la misma hora de inicio, escuchó el murmullo generalizado sobre la sagrada siesta. Al final se fueron discutiendo hasta que el salón deportivo quedó vacío.

–Pensar, pensar–, repetía Germán que estaba reunido con cuatro de sus amigos, todos egresados del colegio secundario el año anterior y con buenos promedios.

Cristina, “la china” Medina, tenía inteligencia estratégica. Mientras preparaba el mate, recordaba un programa de televisión que mostraba antiguas civilizaciones sumerias, a Gilgamesh el inmortal, a los Anu-

nakis y a la interpretación de unas tablillas de arcilla con escritura cuneiforme. Un relato sobre el origen y la creación del hombre. Los Anunakis eran seres extraterrestres venidos a este mundo para llevarse el oro, mineral necesario para poder reparar la atmósfera de su planeta.

Comenzó la ronda de mate, estaban como concentrados, como buscando ideas y lo miró a Luis, ella vio en la cara las secuelas de la alergia que le había causado el amoxidal hacía unos días atrás y con eso terminó de cerrar un plan para presentarle a los cuatro fantásticos, así habían bautizado a los integrantes de la mesa de la asamblea.

El día siguiente, en el tercer campanazo, se reinició la asamblea y el disenso. Los primeros en hablar fueron los del grupo minoritario, los que estaban por la defensa del pueblo. Habían fijado una táctica y era la de golpear primero, si lo hacían bien, pegaban dos veces. El objetivo principal era hacer cambiar de opinión a varios y emparejar o ganar la puja. Benjamín Soto, que había llegado montado en un burro pintado de negro, para causar efecto, usó la palabra y de forma pausada explicó que reformulaban la postura. A la defensa le agregaban el ataque, y justificó exponiendo la sentencia del gran maestro del ajedrez, Capablanca: “La mejor defensa es el ataque”. Siguió hablando, pero su tono bajo y lento, comenzó a generar sueño en los presentes, debido al horario y a la falta de la siesta.

Benjamín despertó del aletargado discurso cuando escuchó el primer ronquido, Carlos, “el feroz” Santillán, invicto, promesa del ping pong, dormía dando el mal ejemplo del grupo Pro Defensa y Ataque del Pueblo de Valle Viejo. Esa situación incómoda lo hizo levantar la voz, al límite del grito. Había que armarse, declarar todas las armas que poseían, era necesario saber con qué se contaba para ir a la pelea, mientras otros miembros, en sincronización, se encargaban de distribuir entre los presentes unas planillas.

En un movimiento audaz, el loco del pueblo se subió a la tarima, tomó el micrófono para avisar que la música podría ser un arma, solo había que descubrir cuál era el ritmo adecuado para liquidar a los extraterrestres. El comisario le colocó las esposas sintiendo la intensidad del

deber cumplido y designó a un subordinado para que lo llevara a dormir la siesta. Todos aplaudían.

Los del grupo por la bienvenida tenían pocos argumentos, delegaron la responsabilidad en los cuatro fantásticos, hecho que fue agradecido por los involucrados.

Eran las cuatro de la tarde, cuando Luis irrumpió en la asamblea, tenía el rostro con ampollas y lamparones rojos, sus labios y ojos hinchados, la ropa desgarrada, despeinado, con algunos mechones apuntando al cielo.

Rengueando con dificultad se abría paso por medio de los concurrentes en dirección al palco de las autoridades de la asamblea. Le dieron el micrófono y pasó a narrar una historia fantástica, su lucha con un extraterrestre y la posterior comunicación telepática que había mantenido con él...

Narró que el encuentro fortuito fue a la mañana cuando cazaba perdices, no se movía una mosca en el salón. La lucha no fue tanta, le habían dejado un mensaje grabado en su cerebro. Pedían disculpas por no hacer contacto directo, su estructura física era radioactiva, y de acercarse, enfermarían a los seres humanos, causando contaminación y muerte. Su nave interestelar estaba con desperfectos y para repararla necesitaban oro, solicitaban la colaboración del pueblo para volver a su mundo. Y fijaban para el otro día, el lugar y la hora para recibir el mineral, a cambio, dejarían un recuerdo de su paso por este planeta.

Esta declaración y el estado deplorable que presentaba Luis, cambiaron totalmente el sentido de la Asamblea, los estupefactos concurrentes habían olvidado la hora de la siesta. Tenían que decidir si brindaban o no la ayuda y evaluar que podría pasar si se negaban. Sí el recuerdo que dejarían sería clave para el futuro del pueblo como una atracción turística mundial. Serían reconocidos y considerados por toda la humanidad. Este era el extraordinario encuentro esperado por los científicos y líderes mundiales. Por suerte se daba en Valle Viejo. Los ayudarían por unanimidad.

La mínima desconfianza provenía del grupo de la defensa y ataque, pero ahora eran poquitos, la noticia provocó deserciones. Ellos irían

armados, custodiando lo que se recaude y preparados, por las dudas los extraterrestres los estén llevando a una emboscada.

El Intendente se imaginaba con la banda presidencial, en su corazón latía la Patria, más aún, él representaría al mundo sin elecciones.

En la iglesia el sacerdote no podía conciliar el sueño, el oro estaba por todas partes. Cavilaba sobre si los extraterrestres tendrían el mismo Dios. Caridad, solidaridad, pobreza, eran puntales en su formación jesuítica.

El Juez no creía en extraterrestres, su formación en leyes lo había vuelto demasiado humano, existencialista y al borde del ateísmo.

Durante toda la noche se dedicaron, casa por casa, a buscar todo objeto que contuviera oro. Dos bolsas, de esas que llevan cincuenta kilos de harina, se llenaron al terminar el recorrido. El comisario se vio tentado cuando el millonario del pueblo colocó adentro de una saca dos lingotes de un kilo cada uno. Rogó tener una oportunidad para quedarse con uno, pero se arrepintió cuando escuchó que Rico Mc Pato decía compungido: –Espero que les alcance para reparar la nave.

El sacerdote trajo otras dos bolsas llenas y pidió acompañar a Luis en la entrega, esa era su única condición, tenía la intención de preguntarles a los extraterrestres dónde vivía Dios. El intendente le recordó el peligro, la enfermedad, la contaminación. Era probable que Luis ya estuviera condenado a muerte. El religioso cambió de parecer expresando que si algo lo ataba a este mundo era su grey y disfrazó su falta de fe. Dios está en todas partes concluyó.

El lugar del encuentro era en la Curva del Chavo, llamada así por el accidente fatal que tuvo un hombre que se apellidaba Bolaños. Era un doblez traicionero, en pendiente, cerrada a cuarenta y cinco grados. A la izquierda un precipicio y a la derecha un sendero que desembocaba en una parte de cavernas. La hora fijada, seis de la tarde, hacia el poniente.

Veinte kilómetros los separaban del pueblo, justo la mitad del trayecto a los cerros y a la sierra nevada. La caravana se había convertido en una procesión. El pueblo se transportaba en lo que tuviera a mano, a pie, en monopatín, a caballo, en bicicleta, en auto. El intendente, el sacerdote y Luis que parecía ausente, iban al frente, todos creían que su

tristeza se debía al destino de muerte. El religioso le brindaba consuelo, lo animaba, le mencionaba el bien que estaba haciendo a la humanidad, lo comparaba con un santo cuando le decía que jamás, nadie, olvidaría su sacrificio y le cantaba el salmo de David. Atrás, luego de una fuerte discusión por la ubicación, viajaban en sus lustrados patrulleros, los uniformados con el comisario a la cabeza, vistiendo ropa de gala. A ellos le seguían los poquitos que habían quedado del grupo Pro Defensa y Ataque, llevaban sus armas escondidas. Arriba del burro pintado de negro, Benjamín Soto los dirigía, sus instrucciones precisas; Qué no esperaran órdenes, a la menor cosa sospechosa, bala. El resto de los habitantes marchaba al final, la mayoría con prismáticos y anteojos de sol.

El juez decidió no concurrir, supuso que nadie notaría su ausencia, prefirió extender la siesta y sacarle lustre a la balanza de la justicia.

El cálculo del trayecto fue exacto. La hora, la señalada. Pronto los avistaron, eran tres extraterrestres que estaban parados antes de la curva y el declive. Frenaron a prudente distancia, aproximadamente cien metros, desde allí los veían, altos, flacos, cabezones, su piel era de un verde oscuro, permanecían uno al lado del otro. El comisario procedió a entregar el carro grande del supermercado con las bolsas llenas, parecía un acto ceremonial. Luis seguía sin hablar, cojeando, tomó el carro y emprendió con esfuerzo el trayecto final. El intendente, asegurándose que no lo escuchaba, comentó:

–Va como vaca al matadero.

Nadie se rió, todo era un silencio, el sol comenzaba a perderse detrás de los cerros, el brillo del ocaso encandilaba la vista. Todos siguiendo la espalda de Luis, vieron que el más alto de los extraterrestres levantaba la mano al estilo nazi, todos respondieron el saludo, el comisario lo hizo a la perfección y con satisfacción. La misión estaba cumplida. Luis retornaba lento cojeando, los extraterrestres se perdieron en la pendiente, para el lado de las cuevas.

Todos querían saber de la comunicación telepática, qué habían dicho los extraterrestres, pero Luis manifestó no sentirse bien, dijo:

–Mañana cuento todo.

Lo llevaron al encuentro con sus padres, su madre lloraba sin parar, su padre estaba serio, pronto llegaron a la vivienda. Luis quiso cenar, parecía recuperado, quería que su madre hiciera tallarines caseros y su padre la salsa de carne. Ninguno se negó, parecía el último deseo.

La cena estuvo magnífica, tomó vino del bueno, como si fuese una persona mayor, un adulto y lo sintió así. Miró el reloj, ya eran las diez de una noche oscura, sin luna.

—Me voy a dormir, estoy muy cansando, por favor no me despierten—, anunció.

Besó a sus padres. En el dormitorio, acomodó la cama puso almohadas de relleno en su lugar, se despidió de su cuarto y salió por la ventana sin hacer ruido, Germán había dejado el auto estacionado a dos cuadras, caminó nervioso, el bolso ya estaba en el baúl, las llaves escondidas bajo el asiento. Arrancó y tomó rumbo a las sierras, todo funcionaba bien, marcador de combustible en full. Tardó diez minutos en hacer los veinte kilómetros, los faros del auto iluminaron las tres figuras que al escuchar el vehículo salieron a su encuentro. Cargaron las sacas mientras escuchaban que Luis decía son como ciento cincuenta kilos.

—¿Alcanza? El gramo esta como a mil pesos.

—Sobra para reparar la nave—, respondió Germán.

Arriba del auto siguieron camino a la gran ciudad, de ahí serían miles de kilómetros, pero valía la pena. Cristina, “la china” Medina, el cerebro, recordaba los cascos de moto, los mamelucos pintados y la actuación magistral de Luis:

—Vos tenes que ir al teatro, actor—, ella iría a medicina, Germán a ingeniería, Agustín, el primo, solo quería jugar al fútbol, llegar a primera.

El sueño que muchos creían imposible se había cumplido. Abandonar el pueblo de Valle Viejo, poder seguir estudiando.

En los días siguientes, el pueblo estuvo convulsionado con la desaparición de los jóvenes. Se los habían llevado los extraterrestres, era la versión que más circulaba. Con el pasar del tiempo la búsqueda perdió interés, los carteles con sus rostros se despintaban en las palmas y comercios donde habían sido pegados.

Las luces en el cerro se seguían viendo con más frecuencia, nadie quería acercarse. Algunas damas de la clase alta opinaban que el oro no había alcanzado y era necesario volver a recolectar. La mayoría no estaban dispuestos, ya no tenían más. Lloraban en silencio por los anillos, cadenas, pulseras y los relojes heredados. Don Ambrosio extrañaba sus muelas. Todos le preguntaban al intendente por el recuerdo que habían prometido los extraterrestres y eso lo tenía complicado, debía inventar algo, antes de las elecciones. Ya se le ocurriría alguna idea.

Una mañana de invierno, por la calle principal, entró una Land Rover, cuatro por cuatro, en sus puertas lucía el logo y nombre de la empresa Barrik Gold Inc. El gringo que bajó en el Municipio hablaba diez idiomas, entre ellos el castellano. Pidió hablar con la autoridad y pasó derecho al despacho. El intendente para atenderlo, dejó el crucigrama sin resolver. Escuchó como el gringo informaba; Que la empresa minera tenía la concesión de la explotación de las sierras, habría trabajo genuino para los habitantes de Valle Viejo, precisaban terrenos para armar oficinas y asegurarse el abastecimiento de provisiones. El intendente recordó a los fundadores del pueblo cuando sostenían que en esos cerros había oro y plata, pero su mente seguía resolviendo el crucigrama. Arriesgó y preguntó:

—¿Instrumento de madera fuerte con el que los cereros alisan las velas?

El gringo lo miró con los ojos desorbitados. El intendente lo miró al gringo esperando la respuesta: “No la sabe”, pensó y cambió de tema. Contó del sitio sagrado de los indígenas, de la desaparición de los cuatro jóvenes y de los extraterrestres, alertándolo por las luces que se veían. El tipo largó una carcajada, no paraba de reír, —Sorry, Mister, nosotros estamos haciendo el cateo desde hace un año. Las luces son los fognazos de las explosiones, dinamita y reflectores de alta tensión que usamos para iluminar mientras trabajamos de noche. El helicóptero en que transportamos el cateo también tiene luces potentes.

El intendente, con la boca abierta lanza la carcajada y no para, el gringo no entiende nada pero también se contagia de la risa.

NOCHE NEGRA Y SIN ESTRELLAS

Antonio volvió a orinarse en la cama, el ardor en las laceraciones y el calzoncillo mojado, así se lo hacen saber. Las heridas recientes todavía no cicatrizan, como también demoran en desaparecer los amarillos, violetas y negros que produjeron viejos golpes. La paspadura no le molesta, forma una cáscara debido a las incontables meadas nocturnas.

La madre se levanta pensando que su hijo se meó y lleva el cinto en la mano. Para Antonio, que ya está despierto, los pasos que siente sobre el piso de madera son semejantes a los ruidos que lo llevan cada noche al terror, a esa opresión que le cierra el pecho, como si le cargarán piedras cada vez más grandes, cuando el sueño se transforma en pesadilla y despierta para cerrar los ojos tapándose, aferrado a la colcha, porque los fantasmas oscuros lo atacan, lo tiran de todas partes como si quisieran llevarlo a la rastra y él lucha sin gritar.

La madre descarga su frustración con la excusa de las sábanas y el colchón, pero en el fondo, con cada cintazo, golpea sus propios fracasos, al hombre que la abandonó, a la pobreza, a los sueños malogrados. No sabe qué más hacer y golpea, golpea hasta que se cansa, ya no tiene Dios, así que no ruega ni reza, no cree en milagros, cuando ella los necesitó no se realizaron.

Sus gritos son destemplados, repite *ay mamita querida* en los dos minutos aproximados que dura el castigo, arrinconado contra la cama, doblando los brazos y protegiéndose la cara con las manos.

Luego del suplicio queda el dolor, se apura y atraganta con el magro desayuno, con los ojos rojos carga su mochila y sale disparado a la escuela, atraviesa la puerta del averno. Su mirada no abarca el horizonte de libertad, algo lo impulsa a esconderse. En su camino ha descubierto una construcción sin movimiento, una chapa oxidada tapa la única abertura y está corrida, por

allí, con facilidad, introduce su cuerpo flaco. Sin miedo recorre la obra, puede mirar el cielo, las paredes interiores a medio levantar, avanza hasta el fondo, donde calcula, por el poco espacio, que allí será el lugar del baño, se sienta en unas maderas que se apoyan sobre una lata y se predispone a pasar el resto de la mañana, solo debe estar atento al movimiento que se producirá cuando los alumnos retornen a sus hogares, las horas pasan en pequeños juegos que lo aburren. Su cuaderno y el manual pasan a ser parte del día, intenta aprender pero aun le duelen las marcas de los últimos cintazos.

Los ruidos del mediodía no lo despiertan. Luego de tanto desvelo Antonio duerme tranquilo.

Su madre lo espera con la comida, impaciente, porque el mocoso maldito no viene, intuye que se entretuvo por ahí, o que pudo haber quedado demorado por mal comportamiento, aunque a veces, ella teme a la denuncia por maltrato. Se hace tarde, pasa una hora y sale a buscarlo, el establecimiento escolar está cerca, llega preguntando por su hijo, la burocracia de los turnos provoca demora en avisarle, en ese intervalo sus temores de culpa se aceleran y traspira, se alivia al confirmar que su hijo estuvo ausente, sale con bronca agradeciendo, se jura que es la primera y última vez que le sucederá esto.

En la obra, Antonio despierta y corre a su casa, no hay nadie, la entrada está cerrada, ágil sube arriba del techo escalando la reja de la ventana, mira el cielo, el miedo ya se ha instalado en su ser. Baja por el otro lado de la casa, saltando sobre un montón de arena y escombros. El colchón está apoyado sobre una pared mirando al sol, le recuerda la noche y tiembla, más que no querer mearse desea que los oscuros dejen de molestarlo, tiene suerte, entra por la puerta trasera que está sin llave. Sabe que el cinto descansa arriba del ropero, trepa una silla para ubicarlo, tiene esa tonta idea de esconderlo.

La madre llega enojada, muy enojada, sus lágrimas son de odio, sus ojos de fuego, la comida se enfrió en la olla. Se sienta a esperar pero le falta algo en la mano, es la fría hebilla y va en su busca. Ve la silla, tantea y su voz grave rompe el aire, nace junto al impulso de molerlo a golpes, ahora sus pasos resuenan en el parqué, rumbo a la habitación oscura, al camastro vacío donde Antonio duerme para siempre, ya sin miedo, su noche negra y sin estrellas.

EL VELORIO DEL SEÑOR MALO

Cuando el señor Mario Malo murió, nadie se sorprendió. Todos esperaban ese desenlace. Esa circunstancia fatal.

El señor Malo hacía honor a su apellido, una genuina marca registrada, de nacimiento. Algunos, con buena intención, le sugirieron la posibilidad de cambiárselo. Esos pocos osados fueron víctimas directas de su maldad. Era de esos que patean al caído, una porquería. Ni los perros lo toleraban cuando lo veían pasar, gruñían y le mostraban los dientes. Eso sí, nunca lo mordieron.

Era famoso y se tejían miles de historias de su accionar nocivo y dañino. Doña Estela, su esposa, era todo lo contrario, la antítesis de su marido. Una abnegada mujer. Con la muerte de Don Mario se sacaba un enorme peso de encima. Hasta los hijos, en la distancia, se alegraron con la noticia, no viajarían por ese motivo, no era merecedor de sus presencias.

—No habrá velorio—, le dijo Estela a su amiga Marta que la acompañaba en los trámites obligatorios que se habían iniciado debido al occiso.

El deceso fue a la madrugada, amaneció frío como el día. Ella no se dio cuenta porque dormían en camas separadas. A las nueve de la mañana, al ver que no se levantaba, lo encontró duro, y se alegró, —Al fin—, dijo, con toda su alma.

El médico certificó el fallecimiento sin mirar el cadáver, los empleados de la funeraria lo llevaron para prepararlo. Estela les comunicó que no iba a ser velado, obvió confesar, que a su esposo, Don Mario Malo, no lo quería nadie.

En el pequeño pueblo se rememoraban sus anécdotas y en el humor de la plebe comenzaron a circular rumores. Debían cremarlo y a las ce-

nizas llevarlas lejos. Tendrían que hablar con el comisionado y avisarle también a Doña Estela, manifestaban las voces anónimas.

Sin el señor Malo, el pueblo sería otro, indicaba el optimismo de la buena gente, se acabaría la maldad. No contemplaron que al espacio generado, un tibio e incipiente imitador pronto lo ocuparía, encargándose de echar al aire la primera fechoría. La noticia se propagaba como una epidemia. Serían millonarios, el señor Malo había dejado una fortuna para todos los habitantes del pueblo, doña Estela se encargaría de repartirla en forma equitativa. Les costaba creer, don Malo también era mezquino, pero al final, el vivo comentario pudo más, y todos usaban la frase: “A caballo regalado no se le miran los dientes”.

El alboroto era contagioso, todo era alegría. Para las once de la mañana, más de la mitad del pueblo esperaba por doña Estela. La gente seguía llegando, amontonados afuera de la vivienda, hasta los forasteros se sumaban, no solo en calidad de curiosos, también ellos creían tener derecho a la herencia y habían contratado varios abogados. A la multitud se agregaban los vendedores ambulantes colocando sus precarios puestos de venta, artesanías con el muñeco de don Malo y comidas ligeras, ocupaban las veredas. Los niños revoloteaban jugando a cualquier cosa. Las bulerías al mediodía eran semejantes al de una fiesta patronal.

Doña Estela llegó a esa hora, después de las formalidades burocráticas, se encontró con la muchedumbre y no entendía nada. Las vecinas más allegadas se le acercaron, ninguna derramaba lágrimas, los abrazos que acompañaban el pésame parecían felicitaciones. Una mujer, al ver tanta gente, opinó sincera:

–Debemos velarlo Estela, hay que hacerlo.

Otra, concurrente de la iglesia, ratificaba el velorio y agregaba: –Hay que hacerlo Estela y rezar para que Dios perdone sus pecados, traeremos al Cura Pedro para que oficie la misa y haga el responso final.

El coro iba in crescendo cuando un joven de buen corazón se llevó la autorización de Estela, y partió raudo a la funeraria, “Habemus velorio, habemus velorio, habemus velorio” repetía enloquecido con cada paso.

La carroza fúnebre, tirada por dos caballos, llegó quince minutos después, No traía coronas ni palmas. Rápido de reflejos, el imitador

echó a rodar una versión: La voluntad final del señor Malo era que no le llevaran flores, a medida que se conocía ese deseo, la gente asentía y repetía: *Sí, es verdad, al señor Malo no le agradaba la fanfarria.*

Al féretro lo acomodaron en medio de la calle, frente a la casa. La comitiva femenina llegó hasta la Iglesia, el cura Pedro pensó en negarse al pedido, razones no le faltaban, rumiaba enojado:

–Ese individuo nunca puso una moneda para la caridad.

Pero viendo que las mujeres insistían y mostraban devoción, terminó aceptando el convite, organizó en minutos como sería la liturgia. Separó tres mujeres, que ya vestían de negro, para la tarea de lloronas, eligió otras dos para repartir estampitas y a las demás les dio unas bolsitas chicas de terciopelo rojo para la recaudación de la limosna. Fue a cambiarse y apareció con una sotana negra, de estreno. Una cruz grande ocupaba sus manos.

El cura Pedro era vitoreado mientras recorría los últimos metros para llegar adonde estaba el cajón, tocaba a todos los concurrentes que le pedían la bendición. Pronto las lloronas estaban profiriendo gritos y aullidos de dolor. –Porque te fuiste–, resultaba la oración más trillada, se turnaban para echarse arriba del féretro. El imitador al ver este despliegue, pensaba en una telenovela y rezaba para que se le ocurriera alguna maldad.

Una silla salió del salón comedor de la casa y la ubicaron cerca del cajón. Allí sentaron a doña Estela que permanecía impasible y atónita. El religioso le dio el pésame y comenzó su sermón con el característico por mi culpa y enganchado con la justificación del diezmo, había que cumplir con la palabra del señor, del polvo venimos al polvo vamos, somos un polvo, reenganchó sobre el mal ejemplo del occiso para no volver a repetirlos, para que no se extiendan, y se entusiasmó. Ordena que abran la tapa del cajón, expresa que todos deben verlo por última vez y pedirle a Dios que lo lleve bajo su gloria y así conseguir que Don Mario Malo descansa en paz para siempre en la gloria del señor. Así, el religioso dio inicio a un gran desfile.

Doña Estela seguía todo con asombrosa atención, sentada en la silla soñaba que era una niña en un cumpleaños soplando las velitas de la

torta. Su marido no merecía este homenaje, esta hermosa despedida. Sospechaba algo raro, como si hubiera alguna pieza que no encajara. El rompecabezas estaba en su esplendor, advertía un brillo distinto en los ojos de las personas, no podía saber si era producto de alguna lágrima sin caer o si a ella le estaba fallando la vista.

La ronda pasaba primero por el cajón, después por el cura y al último por doña Estela. Al muerto lo acariciaban, le besaban la frente, se persignaban, hacían como si oraran. Al sacerdote lo abrazaban, lo felicitaban por el sermón, le daban la mano, le volvían a pedir la bendición, algunas solteras aprovecharon el momento para insinuarse, pero el acoso tenía mucho público y la cercanía con el sacerdote poco tiempo, por lo cual desconocían el resultado de su intención. La especie de procesión en círculo parecía interminable. A doña Estela la mimaban, la besaban, y le hablaban al oído, ella mostraba signos de cansancio y de incredulidad, en su cabeza embotada daban vueltas algunas palabras repetitivas que acompañaban el pésame: Herencia, ¿A cuánto ascendía, se repartiría después del entierro?

Cuando la última persona presente en el funeral terminaba el recorrido, apareció el Comisionado de Fomento, lucía un traje azul impecable, su secretario cargaba sobre los hombros una enorme placa grabada. La gente cambió su humor, parecía el fin del carnaval, el entierro del rey momo, el murmullo se hacía voz... *Este es un vivo, vino a buscar votos para la próxima reelección, es un atorrante.* El máximo funcionario de la comunidad se dio cuenta de la situación desagradable y cambió el sentido de la ronda, se acercó a doña Estela y también le susurró algo al oído, la besó cerca de la boca. Luego siguió con el cura Pedro, el efusivo abrazo contenía pensamientos: *Este chupa cirios se quería quedar con todo el crédito.* Luego se paró a la cabecera del cajón abierto, sacó un pañuelo de su bolsillo y se largó a llorar, parecía una catarata, miraba de reojo a la gente observando cual era el efecto que causaban sus lágrimas. Así acalló, de a poco, a la muchedumbre y produjo el silencio sepulcral, las lloronas sintieron algo más que envidia. Sostenía el pañuelo y se lo restregaba contra los ojos, seguía llorando, carraspeaba en el intento de dar un discurso y largó la memorable e inolvidable perorata: *Nunca en el pueblo habría una persona más buena que el señor Malo, un ciuda-*

dano ejemplar que pagaba sus impuestos, la oratoria fluía tanto como el llanto, los datos de su gestión eran enumerados, uno a uno, la calidad de vida había sido mejorada gracias a hombres como el señor Malo fue el cierre final, y vio como la gran mayoría asentía con las cabezas y aplaudía. Se sintió realizado, pleno, seguro de la próxima contienda electoral, enérgico pretendió culminar la trascendental despedida, cerrando el féretro.

Fue un instante, el señor Malo se levantó a mitad de cuerpo, quedando sentando adentro del cajón, emitió un sonido, que en el silencio fue como una explosión y a modo de fumigación despidió por su boca, gotas de agua yodada que salpicaron a todos los que estaban alrededor. El Padre Pedro creyó que era el milagro de la resurrección de la carne pero se asustó al verse rociado de sangre. La estampida que se desató lo encontró corriendo calle abajo, codo a codo con el Comisionado, detrás de ellos, los seguía casi todo el pueblo.

Días más tarde, el viejo Isósceles narraba los acontecimientos: Le explotó el marcapasos. La supuesta sangre que expulsó solo eran restos del líquido usado por la funeraria en la limpieza del cuerpo. El cura Pedro, estaba muy asustado, empujaba y hacía caer a los feligreses en la carrera del desbande, dicen que gritaba:

—Los últimos serán los primeros.

Los valientes fueron tres, tres que no huyeron como ratas, la feliz viuda porque se desmayó. Tito el paralítico y Juanchi.

El viejo Isósceles, que estuvo cerca del cajón, seguiría contando: “El único que lloró fue el comisionado, y con indignación recordaba, que el funcionario al correr había perdido el pañuelo, ahí descubrieron que estaba empapado en jugo de cebolla”. Isósceles insistía para que le creyeran, sostenía que el comisionado, cuando le susurró en el oído a doña Estela, le había echado los galgos y que en ese momento le pidió que no repartiera la herencia del señor Malo porque se quería quedar con todo. Llamaba a no votarlo porque si no seguirían siendo pobres.

Juanchi, a los quince años, en el pueblo era tratado con honores, con algunos privilegios, un pequeño héroe, él único que no escapó en ese

día histórico. La épica de los acontecimientos del velorio del señor Malo pasaría a ser una leyenda.

El viejo Isósceles solo se llevaría un secreto a la tumba, aunque más de una vez sintió cerca al fantasma de la profanación. Era la primera declaración de Juanchi, cuando el paralizado se acercó, ...

—No pude huir, no pude gritar, el miedo me paralizó, me cagué los pantalones.

CONQUISTADOR

Pedro Irala, el adelantado, volvía huyendo. Había perdido el rumbo. A la noche lograría orientarse. Cuando el humo de la pólvora se disipó, sus camaradas estaban malheridos. Los abandonó sin compasión, como hubiesen hecho con él. Corrió rogando a la Macarena que no lo persiguieran los salvajes.

Luego de varias horas de intensa carrera, se encontró en un sitio despejado. Un viejo quebracho ofrecía sombra y su grueso tronco daba lugar para apoyar la espalda. Relajado pero exhausto, Irala se recuesta y advierte unos pequeños frutos en el árbol, parándose extiende el brazo para tomar uno y al arrancarlo siente en la mano un dolor intenso. Rápido, corta la carne con una daga, luego chupa la herida y escupe sangre y saliva, repite el proceso intentando sacar la posible ponzoña. Ruega a la Macarena que solo sea una serpiente.

El rayo de sol que se filtra entre las ramas le hace acordar a Valladolid, su comarca, al Ebro en verano. No sabe si es el cansancio o si le está haciendo efecto el veneno. Lentamente toma el fruto caído a su costado y lo acerca a su boca, siente su dulzura. Irala murmura: —Néctar de dioses—. Arriba del árbol, la víbora ha recuperado su sueño en otra rama.

EL SECADOR DE CABELLO

La sala de espera de la Clínica del Sol está atiborrada. La infraestructura, con el paso de los años, quedó chica para la atención que hoy demanda. La población creció a ritmo demográfico normal de pueblos que se van transformando en ciudades. Otrora modelo, hoy la clínica se debate como Hamlet con la calavera.

Pancho, el gordo, parecía recién bajado del caballo, caminaba con las piernas abiertas como si estuviera escaldado. A medida que avanzaba, su imponente masa de sebo hacía que los demás le abrieran camino de forma natural. Inclusive aquellos que estaban en la fila le cedían el lugar. Cubría el espacio de tres personas normales. Ciento sesenta y dos kilos marcó una balanza industrial la última vez que se pesó. Calculaba que ahora se mantenía ahí. La cabeza quedaba chiquita en ese cuerpo voluminoso.

En sus tiempos supo ganarse el apodo de sopa fría. Pasos vacilantes lo llevaron a la mesa de entrada. La secretaria no lo dejó hablar, lo consultó veloz sobre la obra social y el problema que lo aquejaba, preguntó a que médico quería ver. El gordo Pancho la miraba con sorna, ella lo conocía bien, sabía quién era él y que solo se hacía atender con el Dr. Pedernera, además, a la tilinga, tampoco le interesaba conocer qué le pasaba, estuvo a un segundo de confesárselo. Terminó diciendo: –Turno ya para el Dr. Pedernera–, y le alcanzó la credencial.

Pancho estaba jubilado por incapacidad, lo habían sacado de taquito de la municipalidad. El exceso de peso y el problema del sueño terminaron con su vida laboral. Pero estaba bien, quizás mejor que antes.

La secretaria, mientras llenaba formularios, le preguntó con voz melosa:

–¿Qué le anda pasando don Pancho?

Estuvo a punto de arrojar un: *Qué te importa*, pero le dijo en voz baja: –Tengo un problema en los huevos.

La mujer, entrada en años, tragó saliva, apuró la escritura y sentenció: –Espere por acá Don Pancho, ya lo va a atender el doctor.

Nadie se levantó de las sillas que ocupaban, coincidían que esto era algo inútil. El gordo se tambaleaba como siguiendo un ritmo musical. Ya se había acostumbrado al desprecio, a las miradas de lástima, a los gestos burlones que los niños no podían evitar aunque en muchos de ellos infundía temor.

En su hogar estaba reforzada la cama, el sillón de tres cuerpos para mirar televisión y un metalúrgico le había fabricado una silla especial para usar en la cocina.

Habrían pasado quince minutos cuando lo llamaron al consultorio número tres. Seguro que era un privilegio exclusivo del Dr. Pedernera, hacerle un lugar entre turnos anteriores. Al gordo, verlo andar causaba un malestar que comenzaba en los ojos y bajaba por la nuez de Adán directo al estómago.

El médico lo estaba esperando en la puerta, el gordo no pasaba fácilmente por la abertura y si lograba franquearla de costado sería con mucha dificultad, después tendría que salir. El doctor no quería perder tiempo. Lo llevó a la guardia que estaba al fondo del pasillo y mientras caminaba adelante, como guiándolo, iba inquiriendo y cerrando los interrogantes:

–¿Qué te anda pasando?

–Estoy paspado mal, abajo y a los costados de las bolas, entre las piernas.

Ya en la guardia, corriendo una cortina para evitar miradas intrusas, le hizo bajar los lienzos para examinarlo. Miró las llagas que se le habían formado y comentó:

–Esto está mal, ¿hace cuánto que andás así?

El gordo habló de dos semanas, en realidad llevaba tres aguantando, echándose talco.

–Acá, Pancho, hay una infección, tendríamos que hacerte análisis pero es seguro que va a aparecer todo lo que ya sabemos, vos sos diabético, no te cuidas y así las cosas no van. ¿Querés internarte?

El gordo traspiraba pero respondió rápido: –No doctor, si es posible, no—. En su mente tenía la imagen del lechón programado para el fin de semana.

–Ojo Pancho, que si no cicatriza con los remedios y las indicaciones para bajar la glucemia puede haber problemas mayores—, y para asustarlo agregó: –Te podemos llegar a cortar los testículos.

El gordo venía de vuelta en muchas cosas y la obsesión del lechón lo había dejado en trance. Respondió: –No hay problema doctor.

Pedernera se rió entre dientes, llamó a la enfermera para las curaciones, le dejó las instrucciones para usar la gasa y la receta de los fármacos.

–Acá está mi número de teléfono particular por cualquier cosa. Tenés que volver dentro de cinco días—. Se despidió con un apretón de manos.

Al gordo lo esperaba afuera un transporte acondicionado para casos como estos. Lo ayudaron a subir por la compuerta trasera. Cuando llegaron a la casa entró por el portón del garaje, era su única entrada.

Adentro, todo había sido reformado. No había puertas internas, solo espacios huecos que le permitían moverse entre la cocina, el living y el dormitorio. Hubo que diseñar un nuevo baño y el gordo lo prefirió en el living, cerca del televisor. Era un solo ambiente separado por una especie de mampara corrediza. El inodoro, más que inodoro, parecía la bañadera.

Marta, su esposa, mantenía la figura. Comparada a Pancho parecía una bulímica anoréxica. Ella ya no le repetía que se cuidara, había superado esa etapa en aras de la convivencia. Sufría en silencio.

El gordo pasó derecho al sillón, al control remoto, daba instrucciones:

–Acércame un vaso de agua así tomo los remedios, preparame un San Ramón, tráeme la botella de cerveza y el jarro.

Marta solo dijo: –Aguantá, voy a hacer unas compras, ya vuelvo, cenamos juntos. Y se fue.

La propaganda televisiva mostraba una beldad en bikini con cuerpo, rostro y dientes perfectos. Era un comercial de una tintura capilar y ella movía su cabellera sosteniendo un secador de pelo en la mano. El gordo captó la imagen y la luz se encendió en su cerebro.

Eso fue suficiente, reunió las fuerzas necesarias para levantarse. Fue derecho a la heladera. Preparó todo, la cerveza, el San Ramón al microondas, colocó las cosas arriba de la bandeja y volvió al living. La mesa ratona era alta, era una ventaja a propósito. Allí quedaron las cosas, el gordo siguió su periplo al baño, derecho a una repisa donde el secador de pelo le decía: *Aquí estoy*, lo tomó, buscó el alargue y lo enchufó. Su mente trabajaba rápido, probó el funcionamiento, calor o frío, no había intermedio, si lo acercaba demasiado quemaba la piel, probó en frío y decidió que era lo más adecuado para el experimento. El aparato tenía tres velocidades, se conformó con la primera, tiraba poco aire pero se convenció que iba a funcionar. Cálculo como sentarse, cómo manejarlo con el cable porque le costaba agacharse. Se bajó el pantalón y los calzoncillos, las gasas de las curaciones estaban manchadas pero la pomada debía tener algún efecto anestésico, la molestia estaba desapareciendo. Se sentó de golpe porque una vez que tiraba el cuerpo para atrás era imposible mantener el equilibrio, cayó redondo en el sillón. Desde allí volvió a probar el secador, éxito total, el aire lo refrescaba. El San Ramón lo tentaba, la cerveza le exigía que la probara. Lanzó a sus pies el secador funcionando, este cayó sobre el pantalón y el calzoncillo, lo sostenía del cable e intentaba acomodarlo con los tobillos, algo que no le resultó difícil y le causó alegría cuando recibió la primera oleada de aire fresco en los testículos.

Devoró el sándwich en segundos, cargó el jarro de cerveza y pegó el trago. Sintió que el secador se le movía, tiró del cable y cometió la torpeza de moverse y mover las manos en el impulso de querer agarrarlo. Un chorro de cerveza cayó sobre el secador, el gordo tuvo la sensación del cosquilleo, como un pellizco. Recordó al instante como Marta le pedía que lo arreglara porque funcionaba mal. Ese fue el último pensamiento, el cortocircuito y la descarga eléctrica pasaron por los genitales, por la

boca del estómago y estalló en su cabeza. Los ojos se le dieron vuelta, quedaron mostrando la parte blanca de la órbita. El gordo Pancho estaba inerte.

Marta abre la puerta y no puede encender la luz, la casa está a oscuras. La caja de fusibles y llaves térmicas están ahí cerca. Mueve la tecla del disyuntor y la energía se restablece. Avanza quejándose de los precios, de la inflación, de la carestía, de los bajos salarios y descubre que es todo lo mismo: –Gobierno de mierda– dice.

La casa está en silencio, *gordo inútil*, piensa, pero se encuentra con el espectáculo, Pancho, su marido, ahora querido, está muerto. El secador de pelo está quemado en su exterior y aún echa humo. –Pobrecito, quería repararlo y yo criticándolo–. No repara en la desnudez de su marido. Corre y desenchufa todo.

Desesperada sale disparada al teléfono, llama a emergencias, luego a su hija para darle la noticia. Siente un ahogo, pánico, una necesidad de escapar y sale fuera de la casa. Ruega que la ambulancia llegue pronto mientras toma grandes bocanadas de aire y las expulsa despacio, sollozando.

Adentro de la casa el gordo se está recuperando. Todavía tiene el cable enredado en la mano. Agarra el secador y lo lanza contra una pared. El fogonazo del corto circuito le quemó la zona herida, ahora además del ardor, le duele. La bronca lo ayuda a reincorporarse, no puede agacharse y los pantalones le estorban, haciendo malabarismo con los pies, se los saca junto al calzoncillo. Tiene la lengua paralizada, seca, con sed de agua se dirige a la cocina.

A Marta le pareció escuchar ruidos adentro de la casa. La electricidad, el secador de pelo, duda: *¿No se estará incendiando la casa?* Entra deseando no ver humo, ni fuego. Ve al fantasma pero no alcanza a evitarlo, choca con la humanidad de Pancho. La desapareja colisión contra el tejido blando de la panza, la hacen rebotar. El stress la invade, siente que se va a desmayar, las piernas le flaquean y termina cayendo de espaldas, el cráneo pega en el porcelanato y se abre. Pancho observa perplejo cómo se va extendiendo la mancha de sangre. Escucha el ulular de una ambulancia y una puntada dolorosa abre su corazón, es un infar-

to. Alcanza a poner una mano sobre su corazón, como queriendo detener lo inevitable. Cae muerto arriba de la humanidad de Marta.

Afuera tocan el timbre, golpean la puerta. La impaciencia se apodera de la enfermera, el chofer apaga la sirena y con el vidrio bajo le comenta:

–Debe ser algún bromista, los de siempre.

A ella la conciencia la reprende, es una emergencia. Mira el reloj y comprueba que falta poco para terminar el turno, ningún vecino está afuera, ni curiosos. Nadie a quien preguntarle si estará equivocada la dirección. Se apura en subir al vehículo, el chofer maniobra y acelera, vuelve a conectar la sirena y comenta:

–Así, con el ulular, llegamos más rápido.

TRAETORMENTAS

El relámpago es la consecuencia del rayo que se despide con el trueno, cae vertical, viborea a la tierra o muere ramificado en su propio cielo.

Sorprende la velocidad con que llega la tormenta. No la vio, estaba a sus espaldas. El hombre trabaja en el ocaso, cuando el sol del verano se pone lento en el horizonte. El calor del cuerpo genera sudor en la ardua tarea de estibar las bolsas de granos. Siente el cambio del aire, como una brisa fresca, y gira para encontrar en el cielo una pared negra que alumbra intermitente el campo, cada vez más cerca.

Se apresura a dejar el galpón cerrando los portones. Solo diez kilómetros lo separan del rancho. No va a esperar. El caballo está encerrado en un corral chico, luce nervioso, enérgico, falta ensillarlo, la duda lo asalta, puede dejarlo encerrado bajo techo, quedarse o volver caminando, deja la tranquera abierta y monta en pelo de un solo tirón.

Ha hecho ese trayecto infinidad de veces. En pocos minutos enfrenta al viento. Concibe la oscuridad y en minutos, con los ojos entrecerrados siente las primeras gotas. Se le quiere escapar el sombrero, lo sujeta la tira de cuero que le marca insistente el cuello, bajo el mentón. Es que el soplo viene del sur y hacia allá está el rancho. Talonea los flancos para apurar a la bestia, de frente la furiosa tormenta trae la cerrazón. Parece un jinete apocalíptico. El caballo ya no le responde, deja escapar cortos bufidos. No hace falta rebenque, sujeta las riendas manteniéndolas cortas, usa las dos manos y encorvado lo azuza, no quiere ni puede detener la marcha, el matungo quiere correr y sí desata esas ansias el abrupto terreno los puede hacer caer.

La bola de fuego se arrastra, quemando a su paso todo lo que encuentra, el paisano ve a la luz mala, El pingo se para de manos, lo ciega

el resplandor, como un sol los alcanza. El caballo advierte que perdió al jinete, el jinete ya no siente al caballo. Ambos se sacuden las cenizas.

Ya pasó lo peor, ahora todo está en calma, sobre verdes pastizales, en aguas claras, trota brioso un nuevo centauro que cavila en su interior: *La tierra no es del hombre, es el hombre quien le pertenece a la tierra.*

DEFENSA DEL CONSUMIDOR

Mañana de Lunes, primer día de trabajo. Rubén se levanta tranquilo, dispuesto a la rutina semanal. Es casi una máquina en funcionamiento, un reloj suizo, la prolijidad, la limpieza, el orden. Se cepilla los dientes. Le disgusta ver sucio el recipiente donde van los cepillos. Lo vacía, lo limpia, lo seca, le pasa un papel para dejarlo brillante y transparente, lo levanta, lo observa a la luz para distinguir hasta el último detalle. Vuelve a dejar todo en su lugar, como corresponde. Hace un gesto de satisfacción. Su esposa no entiende que está harto de decirle siempre lo mismo. Por eso se levanta temprano, su ánimo comienza a ensombrecer. Pierde valiosos minutos gracias a su querida y amada mujer, maldita la hora en que la había conocido. Si no fuera por el hijo mutuo, ya le habría pegado una patada, y a la calle.

–Hola mi amor, –¿ya estás levantada?

–Sí, te preparé el desayuno.

Se sienta despacio, es un ritual, se pone los lentes, examina la cucharita pensando en los invisibles microbios. La esponjita metálica descansa en la bandeja donde están los implementos de limpieza. La acción sigue al pensamiento. Friega la cucharita mientras consulta:

–¿Te fijaste, querida, si llegaron facturas?, ya deberían estar.

–Sí, querido, llegó la del gas y de los celulares.

Once horas, intervalo en la atención del súper kiosco.

–Hola, hola, sí, llamo porque quisiera que me expliquen la diferencia del consumo. ¿Cómo hago para distinguir entre el gas nacional y el importado? ¿Cuál es el boliviano, cual el árabe o de qué país de oriente viene? Ah, de Venezuela no envían gas. Otra cosa, ¿De qué son esos 2,17 pesos que figuran como contribución? Por qué a mí, nadie me preguntó si quería colaborar y no deseo hacerlo. ¿Cómo? ¿Qué la queja la haga

por escrito y la presente en la oficina? Muy bien, gracias—. ¿Qué tenga buen día? Imposible con ustedes. Corta la comunicación maldiciendo.

Martes, nueve horas. Rubén está abriendo el candado del súper kiosco, corre las rejas. Los clientes vienen de a uno, raleados. Son los habituales. Compran caramelos, cigarrillos y alguna otra pequeña cosa. El negocio esta surtido. Charla sobre temas que preocupan, la inseguridad, la gente extraña que parece haber invadido el pueblo. *¿Qué hacen acá? ¿De qué viven? –Subsidios –¿Subsidios?*

—De los impuestos que pagamos religiosamente los boludos. Igualmente todos estafan, vivo controlando las facturas que llegan a fin y principio de mes. Nos roban—. Cuenta, a todo el que entra, que mañana a la tarde irá a consultar con un abogado, no tiene más remedio. Sus manos aprietan el resumen de los teléfonos celulares:

—Hola, hola, señorita. ¿Cómo dice? Que no me pueden reintegrar, que van a compensar el próximo mes. Sabe usted cuantas veces vengo reclamando por mis derechos. Sí, ya sé, un peso con treinta centavos para ustedes no es nada, para mí representan gotas de sudor. Ustedes no conocen el esfuerzo que realizo. Llamé ayer a la tarde, no sé si usted me atendió, espere, acá lo tengo anotado, Ana Fernández, ah, ahora está ocupada, ah, no puede atenderme. Mire, primero le quiero aclarar que estoy cansado de hacer reclamos, acá me dan unos números de constancia sobre mis quejas, así me dijo esa Ana y anoche me di cuenta que me estaba tomando el pelo, que no soy un hincha pelotas, solo soy un cliente que tiene problemas con la empresa para la que ustedes trabajan. Una multinacional que le importa poco y nada nuestro país. Para ellos solo somos un número con el signo pesos al lado. Sí, ya sé, me meten la mano en el bolsillo todos los meses, por un error. Sí, siempre es un error, pero están trabajando con mi plata, sí tomamos en cuenta la tasa de interés, me tienen que devolver dos centavos con veinticinco céntimos más. Sí, ya sé, No es culpa suya, todo se remite a la oficina contable, al departamento de facturación, a los archivos técnicos y al resumen del cierre del consumo pero eso a mí no me importa... ¿Qué me dice? Que me vaya a quejar a la Iglesia, me cortó, me cortó y no le pedí el nombre, la puta madre que lo parió.

Miércoles. Deja a su mujer atendiendo el comercio. Rubén está en la armería. El Colt treinta ocho con tambor le hace recordar a las películas de vaqueros. Se entusiasma con el arma. El armero asegura que funciona a la perfección, el precio es conveniente. Diálogo sobre la inseguridad, de los foráneos y las facturas de impuestos. El vendedor no lo contradice.

—Tiene usted razón, (el cliente siempre tiene razón), también estoy armado—, dice. Rubén mira a su alrededor, sonríe de compromiso por el chiste malo.

—Se ve gente rara, hay que cuidarse en estos tiempos—, prosigue el armero. Luego promete observar sus boletas, las facturas de servicios y si comprueba diferencias le avisará por teléfono, le interesa el tema del abogado y el juicio colectivo.

Antes del mediodía está de regreso para el reemplazo. La esposa toma el camino a la casa, es hora de preparar el almuerzo. Rubén saca medidas para armar un pequeño estante debajo de la caja registradora. El revólver debe estar al alcance de la mano, para poder sacarlo con comodidad, en caso de tener que usarlo. Terminado el trabajo, ensaya simulacros, velocidad para la acción, dónde pegar el tiro, herir, no matar, solo anular al delincuente. Pero duda, si van a asaltarlo estarán armados. Esa cuestión lo acobarda, ellos tiran a matar. *¿Esa era la ficción? ¿Cómo saber? ¿Algún patrón? ¿Identificarlos por las caras?* Rubén piensa que debe estar alerta ante rostros desconocidos, ver si están mal vestidos, sucios, con los pelos parados, pero ahí debe tener cuidado, las modas han extinguido el peine, ¿quien usa hoy un pañuelo o peine en el bolsillo? Desestimó la idea, era una boludez, su mente seguía en forma automática pergeñando sobre lo mismo, solo debe tener el ojo atento a los gestos y al movimiento. No sabe si dejarlo con seguro o no, el botón de la traba del gatillo es chico y esa dificultad lo puede demorar. Un segundo para resultar herido o muerto antes de poder defenderse. La decisión le parece dura pero debe dejar el arma preparada, lista para levantarla y gatillar. También debe extremar el cuidado para cuando en el kiosco esté su esposa con su pequeño hijo.

Jueves; —Hoy, querido, llegó el resumen de la tarjeta de crédito.

Diez de la mañana, de tanto apretar las teclas se le está borrando la impresión digital del dedo índice. Marca un cero ochocientos gratuito, la voz suave de una mujer joven le comunica con amabilidad. *Le informamos que este llamado será grabado para una mejor calidad del servicio. A través de la opción uno, usted podrá conocer sus saldos, realizar transferencias o movimientos de cuenta. Si desea utilizar la opción uno, digite uno y luego la tecla asterisco, ingresando su fecha de nacimiento sin puntos ni guiones tendrá acceso al menú. A través de la opción dos, podrá conocer el estado de su resumen, parcial o total, de sus tarjetas de crédito, conocer los saldos y los consumos ingresados a la fecha y el día de vencimiento; a través de la opción tres, usted podrá dejar un reclamo, las sugerencias o quejas que tenga respecto al servicio. Si las opciones no responden, aguarde un momento y será atendido en forma directa por un asesor. Disculpe, nuestros asesores están atendiendo otros clientes, puede seguir esperando o volver a llamar... Sabía que operando desde... tutututuuuuuuuuu* –Hola, hola, la puta madre, se volvió a cortar, con lo que cuesta entrar al sistema, ahora se cortó la comunicación, qué mala suerte, por Dios. Es así con todo, para encajarte algo te franelean hasta hacerte brillar. El trámite siempre es sencillo, una sola firma, sin garantías, pague después... A la hora de los problemas no aparece nadie... –Hola, hola... Ahí había enganchado pero se corta...

Seis de la tarde, su mujer lo reemplaza. Estudio Legal.

–Doctor, a todo el mundo le sacan, pero como son pocos pesos, chauchas, centavos, nadie reclama, así se roban millones. Así recaudan extras, estafando, como la mayoría no se queja es un negocio paralelo para ellos, y para ellos que somos nosotros. Nos toman por boludos. Son 0,25; 0,16; 0,48; 1,12\$ y nadie se molesta en solicitar que se los reintegren. Claro, porque se pierde tiempo y se gasta más en reclamar. Todos hacen la misma estafa, los servicios, los bancos, el cable televisivo, hay que hacer algo Doctor, es una injusticia, adelante con la demanda colectiva.

Viernes. Rubén explota en cualquier momento. Su humor obnubilado, con cada día, la semana se volvió densa. Le cobran interés por un día, cuando él pagó a término. Habla solo, *sino te das cuenta te cagan, el resumen marca cero con veintitrés centavos, Sí te fijás, es el costo de un*

caramelo. Rubén se ha emperrado, el 0800 es gratuito, pero su tiempo no. Dejaba de atender su negocio para hacer estos reclamos, a veces los clientes se amontonaban pero él les hacía señas que aguantaran mientras no soltaba el teléfono. Lo esperaban, impacientes. Su súper kiosco tenía de todo. Mientras atendía se quejaba a viva voz, y avisaba:

–Cuando llegues a tu casa mirá cualquier factura.

Un foráneo espera malhumorado su turno y coincide: –Podrido me tienen, todos los meses es algún vivo.

Ariel un amigote se queda a conversar, lo convence de distraerse un poco y lo invita a pescar a la Laguna, irán todos conocidos. Rubén accede, pero se les unirá el sábado a la tarde. A la noche rememora, le comenta a su esposa que se va de pesca, ella debe atender el kiosco, coordinan la acción, él volverá a la noche para cerrar.

Sábado a la mañana.

–Hola, hola. ¿Defensa del consumidor?–, puta madre, otra voz grabada. *Usted se ha comunicado... Si su reclamo es municipal apriete uno; si es provincial, presione dos; si es nacional, pulse tres; si es internacional, cuatro; si es interplanetario, cinco. Por cualquier otro reclamo pulse nueve y lo atenderá uno de nuestros operadores y no olvide de anotar, para su seguridad, el número de reclamo que se le asignara. Si su queja es por servicios básicos, luz, agua, gas, aire, presione uno. Si se trata de recolección de residuos, saneamiento o impacto ambiental, pulse dos; si es de índole administrativa, tres; si es por servicios de terceros o privados, cable televisivo, teléfonos, bancos, control de precios, apriete el número cuatro...* –Hola, hola. Se cortó, se cortó o cortaron. Cortaron, deben tener identificador de llamadas, hijos de mil...

Mediodía, Rubén tiene todo preparado, la caja de pesca y la caña, más una conservadora con hielo y cervezas. No va a pescar, practicará tiro al blanco. Cerró la puerta esperando a su mujer. Los golpes en la puerta los da un desconocido de pelo largo, se coloca el arma adentro del pantalón, la culata calzada al cinto, siente el frío metal. Al acercarse se ve sorprendido, su mujer llega en ese momento y espera detrás del individuo sospechoso que habla y sostiene un billete de diez pesos en su mano.

–Por favor, cigarrillos Le Mans cortos.

Abrió la puerta con una sola mano y se quedó a un costado esperando, no se movió, le dijo a su esposa que lo atendiera. El muchacho salió apresurado, sin mirar ni saludar. Rubén, cuidando no ser descubierto, mete el revólver en una mochila de mano donde también lleva protector para mosquitos, su cuchillo y el equipo de mate. Carga la conservadora en el auto y se despide, a las nueve volverá.

Los otros llevaban carnada y bastantes provisiones para el caso que no haya pique. Ellos suelen quedarse también los domingos. Él optó por acompañarlos solo la tarde del sábado, Los sobornó con las cervezas, todos firmaron el poder de representación para la demanda colectiva. Ahora los amigos pescan, él hace tiros a una lata. Se quejan, el ruido espanta a los peces. Se ríen del reclamo, gritan a viva voz en coro: cero veinticinco, uno con doce... (0,25; 1,12; 0,16; 0,48; 1,23). Era una escena grotesca, consideraban que Rubén estaba enloqueciendo y le seguían el ritmo,

–El abogado va por los daños y perjuicios, por el daño a la integridad, moral y mental, la indemnización que solicitará será millonaria–, dice Rubén.

Pero esas palabras y discurso causaron una carcajada general.

Está de regreso temprano, raro, la puntualidad es una virtud en él. Su mujer le pregunta cómo anduvo la pesca y obtiene una respuesta:

–Feliz, feliz–. Repite Rubén, –firmaron todos.

Ella se va, él se queda hasta última hora, cierra y se dedica a limpiar el arma. La desarma y lubrica siguiendo el manual de mantenimiento, el kit que acompañó la compra contiene lo necesario. El revólver brilla como para exposición. Cuando vuelve a colocarlo debajo de la caja registradora, lo mira y algo le dice que debe llevárselo. La levanta, su peso es ideal. Sus manos fuertes, la encuentran liviana y cómo a toda cosa, de la que él es dueño, su amor se posa en ella, comenzó a amarla.

Domingo, siete de la mañana; El súper kiosco está cerrado. Hay que ser como Dios, que descansó el séptimo día. La mujer advierte que hay algo extraño, Rubén parece estar despierto, pero no contesta a sus pala-

bras, aparta la colcha y la sábana, su marido tiene síntomas de sufrir un ataque de presión, le corre baba al costado de la boca torcida, sus ojos miran fijo al techo. Lo zarandea con desesperación, en seguida se da cuenta que ella nada puede hacer. Llama a emergencias médicas.

El diagnóstico de esquizofrenia llegó esa tarde junto con la ambulancia y el chaleco de fuerza. El enfermero piensa jugar a la quiniela y comenta con su acompañante:

–El veintidós a la cabeza. Viste que el tipo repite números, hay que estudiarlo, en una de esas nos sacamos la lotería.

La policía ha descubierto los cadáveres de unos pescadores, muertos a balazos, a orillas de una laguna, se cree que es inminente la identificación de los culpables.

FIN DE VIAJE

Todas las vías se fueron quedando sin trenes. Toda la vida se fue quedando sin pueblos. A la quietud natural del lugar, le agregaron el silencio. Olvidaron las palabras. Apenas un balbuceo aislado entre las hienas sarcásticas. Un anciano, sentado en una silla, se mimetiza con las sombras del patio. El ocaso de la tarde tiene color de óxido, de herrumbre. Recuerda...

El hombre viejo es hoy un jubilado ferroviario. Fue el inspector del último viaje, cuando bajó en la estación, una mano siniestra le troqueló el boleto del corazón.

BAR EL INFIERNO

Adentro del bar, Peralta bebe, copa tras copa, la caña dulce le quema la garganta, solo así apaga el fuego, solo así endulza su amargura.

Ebrio, inestable, se dirige al baño, desafiando el equilibrio natural de las cosas. La pelirroja quiere sacarle unos pesos, se le cruza insinuante en su camino, en ella no hay arte de seducción pero se muestra provocadora. Peralta no ve bien, tiene estrías rojas sobre el blanco ocular. Se mea encima, busca no tropezar, le parece que no llega al baño. Aparta a la mujer con rudeza y dobla siguiendo el penetrante olor a orín. En el sucucho no hay luz, ni papel, ni jabón, ni espejo. No le importa, no se fija en el charco que pisa, solo trata de embocar en el agujero y logra su cometido, a medias porque algo ha quedado en su pantalón. Una bocanada de aire fresco, que proviene de un agujero en la pared, le devuelve algo de cordura, evalúa que quizás sea hora de tomar el camino a su casa. Es la hora en que la madrugada va desfigurando a la noche, postergando con tinieblas la mañana y desafiando los ojos de aquellos neutrales que marchan temprano a sus trabajos.

Peralta siente brasas en el pecho, no recuerda si pagó los últimos tragos. Sale tratando de caminar erguido, es solo un mal intento, disimula, sus piernas no lo quieren sostener, él cree no estar tan borracho. Todavía le quedan algunos billetes de la quincena recién cobrada, no distingue los rostros de los próceres, su valor. Entrega unos, color violeta, desteñidos, confiando en el cantinero que hasta le da vuelto. La colorada necesita plata, juntar para el alquiler mensual, a Peralta parece sobrarle, la subsistencia la impulsa, no quiere más tragos, el alcohol la está destruyendo, de a poco, por fuera y en su interior. Se acerca al mostrador buscando la complicidad del cantinero, a quien guiña un ojo y le hace señas con sus manos, a espaldas de Peralta. De frente, el cantinero seca un vaso con un repasador sucio en la mano, ojeroso asiente, confirma, da como permiso para el asedio. A

Peralta le cuesta meter el vuelto en el bolsillo, su cansancio a esa hora es hastío, se detesta, no quiere seguir bebiendo. La colorada lo aborda con una gran sonrisa, teme tocarlo, nunca se sabe cómo será la reacción y si el tipo querrá, y sí luego, podrá hacerlo, pero ella precisa esas monedas y conoce de lidiar con alcohólicos. Le habla con voz suave, cerca del oído, tiene minutos para conseguir su objetivo, antes que cierre el bar, Peralta es su salvación, es el último noctámbulo que queda. Atrás de la barra hay un cuarto con una cama de una plaza y un colchón derruido. Peralta no opone resistencia, lo llevan como lechón para el pueblo. Ella es una llamarada roja. La mujer se asegura, la perinola muestra su mejor cara, toma todo. Para los dos, es el último acto. Peralta se saca la camisa y se tira de espaldas cubriendo toda la cama. Ella va a buscar una palangana, agua, algo para limpiar y secarse; Cuando vuelve, Peralta emite ronquidos entrecortados, la colorada alcanza a ver, sintiendo repulsión, la piel como mal tatuada, sobresalen bordes imperfectos de carne, como cicatrices sanguinolentas, duda en despertarlo, decide rápido, agarra algunos billetes y se va. El cantinero le dice que no habrá problema, que él levantará a Peralta cuando termine con la limpieza del local. Tiene el cálculo, quince minutos para acomodar las pocas mesas, pasar la escoba, trapear el piso, al baño lo hará a la tarde, lo asquea y hay que desinfectar. Finaliza pasando una rejilla al mostrador.

Peralta siente que lo zamarrean, no sabe dónde está, abre los ojos con miedo, el cantinero está acostumbrado a esta especie de hombres que beben sin control, a Peralta lo conoce, sabe que no es de hacer lío, pero nunca se confía, de nadie. Lo va ayudando, guiándolo a la puerta del frente, lo empuja leve y cierra rápido El Infierno.

Afuera están asomando los primeros rayos del sol, lastiman los ojos de Peralta que está en la vereda sobre sus pies, aunque apoya una mano en la pared, que le sirve para tomar impulso y echar a andar, hasta alcanzar un ritmo. Camina tambaleante. El trayecto es corto, vive cerca, algunos niños, con guardapolvos blancos, indican que van camino a la escuela. Los ve, eso es suficiente para despertar al monstruo que vive en él, le recuerdan a sus hijos, a su mujer, entonces se larga a gritar desaforado, como aquella noche, y sucede, como hace muchos años, en que junto al recuerdo lo invade el olor a carne quemada.

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Enero de 2015

